HIPÓCRITA... Y REY.

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DEL ILMO. SR.

D. MANUEL SANCHEZ-ESCANDON Y MORQUECHO.

MADRID.
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
Valverde, 16, *bajo*.
1871.

PERSONAJES DEL DRAMA.

La Reina Carlota de Saboya.
La Princesa Ana.
Luis Onceno de Francia.
Cárlos el Temerario, Duque de Borgoña.
Tristan.
Juan Cottier, médico del rey.
Francisco de Paula, ermitaño.
Cárlos, Delfin de Francia.
Comines, secretario del Duque.
Oliveros Dains.
Campobasso, aventurero italiano.
Enrique, noble borgoñon.
Un caballero.
Un paje.

Nobles dignatarios de Inglaterra, Bretaña y Borgoña, Prelados, Capitan y soldados, Guardias escoceses, Pajes, Escuderos, Pueblo, Acompañamiento monjes y nobles para una peregrinacion, etc., etc

---

La accion pasa en Francia por los años de 1400.

ANÁLISIS.

Un drama como el que vamos á examinar, ofrece sérios inconvenientes; pero no obstante, tomamos la pluma llenos de va fé y confiando en la benevolencia de nuestros lectores.

El génio, esa fúlgida llama que resplandece en los cuadros e Murillo, que centellea en la cúpula del Vaticano en Roma, ue anima las creaciones de *Fhidias*. El génio, esa mano poerosa que estrechó á dos mares en un abrazo. El génio, esa rmonía que eleva el espíritu á la mansion celeste, en las omposiciones de *Bellini* y *Beethoven*. El génio, esa inspiraion de la poesía *Lord Byron*, *Milton* y *Lamartine*. El génio, en fin, es la palanca que conmueve las entrañas de la tiera, el astro que alumbra las generaciones en el trascurso de os siglos, la aurora eterna de la civilizacion, el bálsamo que ocía el alma dolorida de mágicas fruiciones. Por último, el énio es el ángel regenerador de las costumbres sociales y el spejo de las épocas pasadas, donde los pueblos aprenden. ues bien: entre las manifestaciones del génio, ninguna más locuente, ninguna más trascendental que la poesía dramáti-

ca. Cuando en la escena se presentan obras como la que nue
tros lectores van á ver, late el corazon con júbilo, porque
nuestros ojos se ensanchan los horizontes del arte dramátic
porque el sol de la escena pátria alumbra más intenso sob
las tumbas de *Calderon, Moreto* y *Lope de Vega*, y estáti
en el zénit, no llega á su ocaso.

El drama *Hipócrita y... Rey* del Illmo. Sr. D. Manuel Sa
chez-Escandon y Morquecho está llamado á verificar u
revolucion en la escena española; y no se crea que al habl
así vamos movidos por la parcialidad. No; la obra del señ
Sanchez-Escandon tiene en sí las pruebas más irrecusabl
de nuestros asertos, puesto que se basa en un acontecimien
histórico, en el reinado de un soberano de Francia, que b
jo el manto de la hipocresía cometió los crímenes más espa
tosos, y si bien aumentó los florones de su corona, llenó de l
do su manto real. Luis Onceno, esa gran figura que trajo á
escena el génio de Casimiro de la Vigne y que Valero le d
vida en las tablas, es el protagonista de la obra del Sr. Sa
chez-Escandon. El asunto no es nuevo; pero tratado por el po
ta, es otro el Luis Onceno de la obra del Sr. Sanchez-Esca
don, y decimos que otro, porque el vate francés nos presen
un rey diabólico, un rey sanguinario, ébrio en los goces de
corona, cometiendo por la ambicion toda clase de crímene
mientras que el poeta español dibuja un tipo astuto, saga
sanguinario, severo y dominado por el fanatismo.

El fanatismo, horrible tirano que ha hecho doblar la ce
viz á los monarcas más altivos y ha derrocado los tronos m
poderosos; azarosa calamidad que ha hecho besar á los pu
blos la cadena que los oprimia, ante un rey despótico y cru
fatal palanca que ha impulsado al hombre á los crímenes m
horrendos, hasta el punto de regar con sangre los temp
y los altares donde despues se postraba á orar. Una prue
de ello, las sangrientas contiendas entre católicos y reform
tas en París, conocidos en época posterior con el nombre
los Hugonotes.

Ningun pueblo más fanático que el francés; por eso el eta ha ido á buscar su argumento en el reinado de Luis nceno. Por detenido que sea el exámen que hagamos, no adremos suficiente espacio ni tiempo para admirar las be-zas en que abunda esta nueva produccion, las brillantes uaciones que coronan la obra y la sublime filosofía que traña. Felicísima ha sido la eleccion de los tipos de la obra, guiendo en su eleccion á Casimiro de la Vigne. Junto al rácter ya descrito de Luis Onceno, resalta la caballerosi-d, lealtad, ardimiento y bravura de Cárlos el Temerario, ique de Borgoña, víctima inocente de las intrigas del odioso onarca y su favorito Tristan. Pero hay un tipo en la obra l Sr. Escandon, á semejanza de la de Casimiro de la Vigne, gno de que fijemos en él nuestra atencion y que más ade-nte veremos, y este es el de San Francisco de Paula.

Pasemos ahora á hacer un exámen detenido en compara-on con la obra de Casimiro de la Vigne, arreglada al teatro pañol por Gorostiza.

Acto 1.° La escena principia en el Castillo de Amboise, y primer diálogo pasa entre Ana y el Delfin.

No sabemos qué admirar aquí, si la sencillez de la conver-cion que sostienen los dos hermanos, ó la fluidez del verso: Es tan dulce, tan inocente, tan consolador el diálogo que traba, que los versos dan una prueba de ello. (Escena 1.ª, to 1.°, versos 4, 5, 6, 7 y 8.) ¿Hay palabras más elocuen-s y más sencillas? Creemos que no. El autor pone en boca de tos, hermosos pensamientos, delicadísimos, que revelan á andes rasgos la fantasía del poeta, al querer retratar con s palabras la inocencia de los ángeles. (Página 4, ver-s 12, 13, 14 y 15.)

El Delfin expone al público la enfermedad del rey de ancia y habla de Cárlos diciendo: (Pág. 5, versos 16, 17, , 19, 21.) Ingenioso recurso por medio del cual el autor scribe las bellas cualidades de uno de los más interesantes os de su drama, haciéndole desde este momento simpático

al espectador. Como se ve, desde el primer momento se de
arrolla interés y se reviste la obra desde su principio de
atractivo que busca el autor en la familia, haciéndose inte
prete de la inocencia; no así en la primera escena del dra
de Casimiro de la Vigne, el cual presenta una escena conm
vedora, como es la crueldad de Tristan al mandar imperios
mente á Ricardo que se meta en su cabaña, puesto que de
pues de las ocho de la noche, de órden del rey, nadie pue
abandonar su mansion, impidiéndole que vaya en busca
un religioso que auxilie al enfermo. Observa el lector que
el espectador comienza á agitarse con escenas horribles y
familiariza con el sanguinario tipo de Tristan; el Sr. Sanch
Escandon, más delicado en su produccion, distrae el áni
del público en los arcanos de la familia, en los secretos
hogar, hiere las fibras de su corazon, le embriaga, espre
monos así, en las delicias de la inocencia y la virtud, para lu
ge hacerle sentir los golpes del vicio y las intrigas del crím

Escena 2.ª—Dichos, la reina. Si tierna y amorosa es
primera escena, en esta el amor maternal y filial están esp
sados con toda maestría; veamos si no la décima que se ha
en la página 8, versos 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14.

Escena 3.ª—La reina y Cottier. Este último aparece con
dente de las desgracias de la reina, oye de la princesa u
confesion en la cual ésta la revela que ama á Cárlos. Desc
be la reina sus torturas y dice: (Pág. 9, versos 16, 17,
19, 20 y 21.)

¿Habrá mayor elocuencia? Qué bien espresan estas pa
bras los tormentos de una esposa desgraciada, que siente
su alma el gérmen de una pasion, que si bien se le puede l
mar criminal, á los ojos de la razon no merece tal calificati
Hé aquí al poeta dando un voto de censura á la horrible su
cion de las leyes; hé aquí al autor exponiendo, digámoslo a
el principio de gran tema que va á discutir, y este es, co
fácilmente se comprenderá, la esclavitud social que aun en
nosotros existe.

El autor acude á este resorte para luego desarrollar escenas magistrales, luchas heróicas y golpes de efecto que más adelante veremos y comentaremos á su vez: réstanos ahora decir que la reina al amar á Cárlos no es criminal, puesto que Cárlos y Luis Onceno son para ella el reverso de la medalla. ¿Qué extraño que el corazon de una mujer sensible, al comparar las feas y sanguinarias cualidades de su esposo, á quien está enlazada para siempre, con el porte caballeresco de Cárlos, ame, pero ame en el martirio, como una desgraciada mujer, no faltando á sus deberes como reina? El Sr. Sanchez-Escandon, profundo conocedor del corazon humano, presenta aquí un tipo que se echa de menos en Casimiro de la Vigne, que en el trascurso de las escenas 2.ª, 3.ª y 4.ª, por más que en ellas despierte interés, se ve el arma y la sangre en la alevosa herida del pobre aldeano que por solo mirar al régio alcázar fué traspasado por la saeta de un ballestero.

Casimiro de la Vigne es fiel narrador en el acto primero de los azares que sufre el pueblo en aquella época de despótico mando. Expone los horrorosos hechos de un favorito que por halagar á su decrépito soberano, comete toda clase de tropelías; el Sr. Sanchez-Escandon, por el contrario, si bien hace sentir las iniquidades del rey á un pueblo que besa la cadena de su monarca, lleva la borrasca al seno de la familia real. Hace que la reina abrigue amor por el duque de Borgoña, amor que tambien lo oculta su hija Ana, unida á su vez por razon de Estado á un hombre que no ama. Véase la elocuencia de los versos 11, 12 y 13 de la pág. 12, y la contestacion que al final de la escena da Cottier á la reina.

Escena 4.ª—Escena necesaria al desarrollo del drama.

Escena 5.ª—Veamos ahora por la vez primera al rey y á Cárlos frente á frente. La astucia ante la franqueza y la hipocresía ante la lealtad. El carácter flemático del uno contrasta admirablemente con los arranques impetuosos y nobles del otro. (Pág. 14, versos 24 al 29.)

Digna es de admiracion la sencillez de estos dos últimos

versos, versos que llevan en sí una tempestad próxima á estallar entre dos hombres que se odian y contenida á despecho d ámbos. Véase el lenguaje astuto y respirando hiel de Lui Onceno, en la página 16 y en sus 19 versos primeros, y lo 23 versos de la página 15 en boca de Cárlos son una prueb de su arrogancia y de su nobleza. Hé aquí el retrato de lo dos personajes.

Escena 6.ª—Precioso monólogo en que el duque se presenta á los espectadores tal cual es, noble, generoso, valiente. Este arranque muestra la elevacion de su carácter. (Pág. 16 versos 1.° al 6.°) En esta escena el corazon del bravo guerrer dedica un recuerdo á Ana; pero ¿cómo espresa el autor la espansion de un alma enamorada? (Pág. 16, versos 11 y 12. Más adelante se da una respuesta á su pregunta. (Pág. 17 versos del 3 al 10.) Profunda filosofía resuelta en esta estrofa

Escena 7.ª—Una escena de amor está comprendida al cita las palabras que Cárlos pronuncia animando á Ana para que resista con entereza la tiranía de su padre al hacerla esposa de un hombre que no ama. (Ultimos versos de la escena 7.ª, pág. 18.)

Escena 8.ª—La abnegacion de una madre, el heroismo con que lucha ante el amor de Cárlos y el amor á su hija, ha sido perfectamente interpretado por el autor en los versos 18, 19, 20 y 21 de la pág. 21. Aquel ¡ay! dicho en ocasion tan oportuna por boca de una madre que hace supremos esfuerzos para matar de una vez la pasion que la tortura, ¡qué elocuente es! Ese ¡ay! es un poema. Ella bendice al hombre que ama su hija; ¿puede hacer más? ¿Puede exigírsele mayor sacrificio? No. Los amantes se separan, y Cárlos, haciendo un poderoso esfuerzo, dice: «Ana..... hasta nunca.»

Ana le contesta á media voz con un solo adios. Todo lo que hubieran dicho en un año de sufrimientos lo dicen en un momento; pero en un momento desgarrador. (Ultimos versos de la página 22.)

¡Cómo espresa el génio del vate el triunfo de una idea no-

ble y generosa en un hombre tan noble y generoso cual se describe al duque de Borgoña!

Escena 9.ª—La madre y la hija á solas. Dos mujeres que aman; la una con el peso y la resignacion de su edad y sus deberes, y la otra con la pasion volcánica é impetuosa de la juventud; la una ocultando los arcanos de un alma dolorida ante la inocencia de su idolatrada hija, y la otra dando á su combatido espíritu la más dulce espansion, halagada por el cariño de su madre y fortalecida por sus sanos consejos. Ningun cuadro más grande que el que presenta el Sr. Escandon. Dos mujeres, esclavas de las leyes sociales y de Estado, unidas á esposos que no aman y que sienten en su corazon la llama de una pasion ardiente. Pero estas dos mujeres no son dos rivales que se disputan á un galan, sino una madre y una hija. Una madre que todo lo sacrifica, una hija que todo lo revela. Sublime, incomparable está el poeta en tal escena. Escena que lleva en sí una gran verdad, y es lo horrible del matrimonio cuando este se verifica por otro impulso que no sea el del amor.

Fíjese el lector en los versos 5, 6, 7 y 8 de la pág. 22; en ellos verá el arranque de una mujer dotada del fuego de la juventud, y luego compare lo arrebatado del estilo de ésta, con la gravedad y severo acento de la madre cuando dice: *Ana, esa debilidad nunca fué digna de tí*, y vea el lector la bellísima descripcion del amor en boca de la reina. Los seis últimos versos de la pág. 22 y los 21 de la 23 abundan en preciosos pensamientos. Ana, que no sabe fingir, presenta á su madre todas las torturas de su alma; la reina, que ve retratados sus padecimientos en los de su hija, pronuncia:

«Calla..... Calla..... me haces daño.»
«Fácil es aconsejar
á quien tranquilo se halla;
la que como yo batalla,
esa... no puede olvidar,»

murmura Ana llena de sentimiento. ¡Pobre madre! Oye de los

labios de su hija que ella está tranquila; tranquila, cuando tant sufre. «No, aun existe quien calla... y padece más.» En efect por terrible que sea ese pesar, cuando este se comparte con u pecho amigo, y sobre todo con el de una madre, parece qu hay algo de consuelo; pero cuando el dolor tiene que mori oculto y hasta se hace preciso contener las palpitaciones del co razon, ¿puede haber mayor tormento? Ana se asombra; el qu padece es egoista y se cree que no hay nadie que despues de é sufra más. La reina esplica en los dos últimos versos de la página 23 y en los 13 de la 24 la diferencia que existe entre s amor y el de su hija. ¡Con qué elocuencia se espresa el autor Pero la sublimidad es grande en los últimos versos de esta escena. ¿Tiene leyes el corazon? No. Entonces dice bien el poeta «¿de qué tiene que llorar la mujer cuando es honrada?» Qu importa que la mujer casada luche con una pasion, si esta, encerrada en el círculo de sus deberes, trueca el amor en martirio, donde la virtud se alza victoriosa sobre las borrasca de la vida y el honor incólume, permanece limpio á las tentaciones de una pasion que, á despecho suyo y tal vez par su tormento, siente en el corazon una débil mujer. Persistamos en este asunto, porque, intérpretes de los pensamientos de autor, hacemos frente á los asertos de la crítica, que creerá ve en estas dos mujeres dos tipos de maldad. No; escribir un drama que entretenga á un público más ó menos numeroso, e obra fácil, si la produccion se adorna de golpes de efecto y s salpica de sabrosos diálogos; pero darle al espectador un drama profundo, filosófico y moral, es tarea harto difícil. El seño Sanchez-Escandon desea presentar EL VICIO Y LA VIRTUD e pugna, y EL DEBER Y LA PASION; hé aquí su secreto. Y ¿cóm puede lograr su intento? Solo de una manera, y esta es pone en lucha abierta, en desigual combate, los estremos que ha d enaltecer ó ha de censurar.

Y para ser más gráficos, nos espresaremos de otro modo.

La reina, que, como ya sabemos, se halla unida á Luis Onceno por RAZON DE ESTADO, comprende desde el primer momen

o de su matrimonio que tiene por esposo un mónstruo astuto
sangriento. La fatalidad le pone de manifiesto un hombre
omo Cárlos, que está adornado de todas las cualidades que
rman el mayor antagonismo de Luis Onceno. El corazon de
a mujer, ávido de impresiones y émulo de lo bello, palpi-
a ante aquel sér verdaderamente ideal. El alma, hasta enton-
es dormida, quiere salir de sus cárceles, y, á pesar de la lu-
ha que la mujer sostiene, rompe sus prisiones, y pura, eté-
ea, impalpable, corre á abrazar otra alma, que se encuentre,
o en las exigencias de la vida cortesana y sí en las vastas re-
iones del infinito. ¿Hay cadenas para el espíritu? No; enton-
es, ¿cómo poder volver á su centro, al éxtasis del alma que
ompe la estrechez de la materia, para cumplir los fines del Al-
ísimo; en una palabra, para amarse? ¿Y qué? ¿Porque una mu-
er, víctima de una multitud de concausas que la hacen abor-
ecer al esposo que la sociedad le diera, sienta en su pecho la
lama de otro amor, ha de ser criminal? No, esto es lo que
osotros sostenemos y lo que prueba el autor en su bellísimo
rama. Si confesamos la debilidad de la mujer hasta cierto
unto, como no podemos menos, ¿es extraño que en un deli-
uio amoroso se deje arrastrar por los accesos vertiginosos de
na pasion para luego despertar de esta especie de letargo,
spantada ante el cumplimiento de sus deberes, á los que enér-
gicamente no falta? Luchas como las que el autor describe
on tanto acierto, han pasado, pasan y pasarán, y lo mismo
on teatro de ellas la dorada estancia del palacio que la paji-
za choza.

Escena 10.—Escena de transicion en que sale el rey y des-
aparece Ana.

Escena 11.—El rey, la reina. Quéjase el primero á la se-
gunda de la tristeza que se advierte en el rostro de la prin-
cesa, y al mismo tiempo acusa la apatía de la reina. Esta
responde: (Pág. 26, versos 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.)

No se puede desplegar más energía en el acento de un es-
poso ofendido.

Escena 12.—La última escena del primer acto de tan nota ble produccion raya á una gran altura; llévase á efecto entr el rey y Tristan, mejor dicho, entre dos tigres, que se dispu tan la soberanía de sus ruines almas. El favorito, autómata d los mandatos de su rey: el rey, esclavo de los crímenes de s favorito, ámbos abyectos, ámbos miserables, ámbos revolcán dose en un lago de sangre.

Digna de envidia es la maestría con que el autor hace qu se entiendan estos séres, en una palabra, en un gesto, en un mirada.

Está, pues, tan oportunamente pronunciada por Luis, re de Francia, la segura realizacion del crímen, que el espec tador de este instante tiene íntimo convencimiento que se v á acometer. El favorito, profundo conocedor del fanatismo qu domina á su soberano, le dice más adelante:

Tris. Por ser tan útil la hazaña,
Debe complacer á Dios.

El rey ya acaricia con júbilo el éxito de su empresa. (Pá gina 30, versos 15, 16, 17 y 18.)

Luis. El buen Cárlos
De Borgoña y mi hija Ana
Y él que diera su corona...

Rasgo sublime. Sigamos leyendo esta escena, de por sí ta interesante. (Ultimos versos de la pág. 30 y últimos del acto

Inútiles serian nuestros comentarios en la conclusion d este acto: su efecto hablará más alto que cuanto pudiéramo decir.

El final del segundo acto de Casimiro de la Vigne y es tienen cierto parecido, solo que el del poeta de que tratamo da á conocer de un modo particular, al cometer friamente asesinato del esposo de su hija, las ambiciosas miras que im

ulsan á Luis Onceno á crímen tan nefando, mientras que e la Vigne trata con Tristan la muerte del conde de Nemour, iovido el rey porque este personaje estorba á sus proyectos, no tiene el vate francés la feliz ocurrencia de revestir este rímen con el negro velo del fanatismo. No hemos sido sistemáticos en la exposicion del primer acto de Casimiro de la 'igne, porque al hablar en el acto cuarto de *Hipócrita y Rey* e la salida de San Francisco á escena, lo vemos en oportuno mil ó paralelo entre el San Francisco del Sr. Sanchez-Escanon y el SANTO de Casimiro de la Vigne.

ACTO SEGUNDO.

La tarea que nos hemos impuesto comienza ahora, pues en l segundo acto es donde el autor raya á la altura más digna e encomio, dejando para el tercero y cuarto golpes sorpren- entes, que en el trascurso de este exámen veremos. La es- ena del segundo acto es en el palacio de Perona. Represén- ise una sala de consejo. Oliveros Campobasso y Enrique orgoñones platican con la mayor naturalidad.

Dice Campobasso: (Versos 2, 3, 4 y 5 de la pág. 34.)

AMPOBASSO. Cruzamos un tiempo, amigo,
En que al punto que zozobra
La nave de nuestra suerte
Queda convertida... en horca.

Bien deja comprender el poeta en estos cuatro versos, pro- nciados por un guerrero, la época de disturbios por que atra- saba la Francia. Mucho abunda el autor en rasgos como tos, que sin abrigar la presuncion del hombre erudito en storiosas pruebas tangibles de profundos conocimientos en ta materia. Si posible nos fuera relatar todas las bellezas la obra del Sr. Escandon, quedaria el lector, á no dudarlo, mplacido al ver brillar sobre la cumbre de nuestro Parna- imaginaciones tan fecundas y laureadas como las del no. Sr. D. Manuel Sanchez-Escandon y Morquecho. Nos ntentaremos con citar las bellezas más culminantes como sta ahora llevamos hecho.

Escena 2.ª—Dichos, menos Oliveros. Lo momentáneo de

su conversacion nada de particular encierra más que esa pr
cision y naturalidad que venimos admirando. Como supon
mos que la lectura de este exámen será con conocimionto
la obra, nada decimos de ella.

Escena 3.ª—La salida de Comines en esta escena, como
el lector, es oportuna en estremo.

Escena 4.ª—Comines. El rey, Oliveros. El rey pide nuev
á Comines. El diálogo, sencillo, discreto é intencionado.

Escena 5.ª—Un nuevo crímen en proyecto vé el especta
dor que se va á llevar á cabo con la mayor sangre fria.
rey y sus vasallos se entienden. Luis dirige una mirada
cinturon de Oliveros y dice con serenidad, rasgo que prue
el carácter del rey:

«Despues..... ¡Dios dirá!»

Con qué rapidez, con qué maestría, tino y acierto hace
autor pesar estos golpes sangrientos, no dando lugar á q
el público presencie intrigas horrorosas. No nos cansamos
encomiar estos recursos del autor, puesto que ellos abren ca
mino en la poesía dramática para que en el teatro se evit
esas explicaciones criminales y desmoralizadoras, que co
vierten el escenario en escuela del delito, que no siendo e
sino el templo de la moralidad y el más hábil censor de l
costumbres perniciosas de nuestra sociedad el cantor de l
hechos que engrandecen los anales de todas las naciones,
el espejo donde aparecen las generaciones pasadas ante l
presentes. Creemos no pasar desapercibido á nuestros lector
la belleza del pensamiento de la pág. 39, escena 5.ª, versos
y 12:

«Aprecia como soldado
Más que su vida... su honor.»

Palabras que explican sencillamente las aspiraciones gl
riosas de un militar de aquella época. Como ya sabemos, c
un nuevo crímen creemos que va á manchar su manto re
Luis Onceno. Fíjese el lector en el momento en que el rey
asoma á la ventana y pregunta á Oliveros.

ɪɪs. ¿Qué torre es esa? (Pág. 40, verso 22 y pág. 41, 5.)
ımbien el remordimiento acosa las almas más monstruosas los corazones más empedernidos. El remordimiento, ese ¡ay! la conciencia que hace al hombre temblar en medio de los ıceres del mundo. El remordimiento, ese latido inexplicable e asorda la existencia del criminal. El remordimiento, esa lsacion misteriosa que despierta la fiebre del delito y ruge la cabeza del pecador como una tormenta. El remordi- iento, ese fantasma que señala la tumba y tras la tumba la ernidad y en la eternidad lo infinito. Aunque se cierren los ɔs, se vé; aunque se tapen los oidos, siente sus pasos detrás él, lentos, sordos, horribles, mortales. El remordimiento tie- una voz entre el sepulcro y la vida que oye el delincuen- como los ecos lejanos del rugir de las olas; el remordimien- tiene oleadas, oleadas que se van hácia él llevando en su ɛnte los rayos de la Justicia del cielo, y que se quedan im- esos en la retina para que no se olviden ni aun en el sueño. ımbien tiene el remordimiento oleadas, que vienen desde el pulcro con la velocidad del meteoro luminoso, cerniéndose bre ellas la sombra de la muerte, y el criminal las vé llegar quiere huir, y huye, pero en su fuga le alcanzan las olas y ɔtan su frente con cieno y sangre. Todo esto lo expresa el . Sanchez-Escandon en la escena 5.ª al ver ante él un fan- sma inmóvil, y que no obstante parece que bate sus pesadas ıs de granito entre dos épocas. ¡Una torre! En esta torre oye cir el rey á su vasallo que un conde tuvo prisionero á un ɔnarca. Aquella torre inerte que cerca de Perona se alzaba gante hasta las nubes, mudas para el viajero que pasaba r sus cimientos; aquella torre habló á Luis Onceno. Si el y de Francia, el soberano poderoso se hubiera visto un ins- nte debajo de ella, hubiera huido. ¡Qué sublime está el au- r en estos cortos versos, que explican el remordimiento de ı rey! Tambien los reyes tienen remordimientos; el brillo de corona, su voz imponiendo su mando no son bastantes á focar la voz del remordimiento.

Escena 6.ª—Ha tenido el autor una idea feliz en escoge
metro cadencioso y de novedad en la escena del consejo,
le hace más agradable al espectador. La fluidez con que c
re el verso, los altos conceptos en que abunda, le hacen
de las más culminantes de la obra. Veamos si no en boca
Cárlos los versos 7, 8, 9 y 10 de esta escena, pág. 41, y
siete primeros de la pág. 42.

¡Qué valentía respira el acento de Cárlos ante Luis! No l
vados de un espíritu de parcialidad rogamos á nuestros le
tores que pasen sus ojos por el discurso que en satisfacci
de agravios y en representacion del duque de Borgoña pr
nuncia Nemur en la sala del trono del castillo de Plexis
las torres ante Luis Onceno. Compárense ambos, y si bien
verdad que el discurso de Nemur está lleno de preciosos ra
gos poéticos, no puede competir en arrogancia con el de Cá
los del Sr. Sanchez-Escandon.

Véase ahora el lenguaje astuto del rey en los versos re
tantes de la escena en contestacion á los asertos de Cárlos.
Acude á un ingenioso recurso, y es el turbar la ceremonia
consejo en los últimos versos de la escena.

Escena 7.ª—La respuesta de tal interpelacion se la
Tristan, que aparece como un espectro sanguinario. Su e
cuente acento explica del siguiente modo la muerte de Ba
jeau al rey: (Pág. 45, desde el verso 11 al 13.)

«Los seguí; de allí un momento
Trabóse el combate rudo:
Cada lanza, cada escudo
Saltó en pedazos al viento.»

¡Qué valentía, qué bélico entusiasmo despiertan es
versos!

El espectador, al decir el poeta *ya rienda suelta el co-*
cel, etc., *salieron con arrogancia como centellas tras él*,
tendidos los bridones á escape volador de tal manera, que c
percibir ante sus ojos intrépidos guerreros, que como dice
autor, se lanzan como centellas al combate. Si sublime está

eta en esta descripcion, veámoslo cuando dice: *cada lanza, da escudo salta en pedazos al viento.* Hé aquí en dos versos plicada toda la confusion y todos los lances de una batalla. is adelante dice: (Pág. 46, segunda cuarteta.)

«Saltaba ardiente y bravío,
del mismo viento celoso.»

A semejanza de la pródiga naturaleza, que ofrece á la con- ieracion del hombre filósofo mil y mil pruebas de la exis- icia de Dios, ya en el valle perfumado de flores vistosas, en la peñascosa montaña, ya en el mar tormentoso, ya, r último, en los laberintos de la selva, así la musa del se- r Sanchez-Escandon sorprende á cada paso la imaginacion l que lea, con cuadros preciosísimos, descritos con muy po- s palabras.

En esta escena, tan hábilmente llevada á cabo, encontra- os más adelante lo que sigue: (Pág. 47, sus doce últimos rsos.)

«Caro pagará este apuro
El de Borgoña, ¡pardiez!
LUIS. ¿Le ódias?
TRISTAN. ¡Con rencor profundo!
Más que vos mismo, señor.
Sí; le tengo tanto horror
Que no cabe ya en el mundo.»

Estos últimos versos, que citamos á nuestros lectores, son prueba más convincente de nuestros asertos anteriores. La ıma creadora del Sr. Sanchez-Escandon es incansable en inventiva.

Escena 8.ª—Oliveros cuenta al rey que Cárlos está al cor- nte de todo, y para expresar la noble indignacion del du- e, se vale de este bellísimo pensamiento el autor: (Pág. 48, rsos 8, 9, 10 y 11.)

Escena 9.ª—Dichos, Comines, soldados. Escena de transi- n corta, y bellas preparaciones para ir mostrando las esce- s que siguen.

Escena 10.—El rey, Comines, los guardias. Luis de Francia, ofendido al saber que es prisionero de Cárlos de Borgoña, dice: (Versos primeros de esta escena, hasta el 8.°)

LUIS. ¿Qué es, en fin, lo que sucede?
¡Cómo! ¿A mí prenderme puede
Aquel de quien dueño soy?
¿Qué desacato villano
Es este que me rodea,
Para que esclavo se vea
De su siervo un soberano?

Escena 11.—Trasladamos íntegro el bellísimo soliloqui de Luis Onceno.

«¡Consejos!.... ¡Libertad! Es lo que ahora
Necesito no más Verme lejano
De estos sitios. El aire que respiro
Me ahoga, me asesina. ¡Carlos, Cárlos!
¡Yo en tu poder!....»

¡Luis Onceno prisionero del duque! El criminal quiere siempre huir; pero, ¿de quién huye? De su delito. Es decir: ¿yo, re de Francia, prisionero del duque?.... Vano alarde que lueg el pusilánime monarca trueca en cobardía, cuando dice: ¿ cómo de este trance podré salir en bien? ¿Cómo me salvo? Sigue á la cobardía el fanatismo, y prorumpe el rey en est plegaria:

«Oh vírgen de Clery, Madre y Señora,
Perdona mis errores: sé mi amparo;
Tú eres buena, muy buena, yo te imploro,
Por tu nombre divino que idolatro,
Y pues todo lo puedes, dame un medio.
Cárlos me va á juzgar. ¿Qué es lo que hago?»

¡Sublime pregunta en boca de Luis Onceno! Presos su pies en el lodo de sus crímenes, ¿quién le puede favorecer para que huya del rayo? ¡Sólo Dios!

Examinemos con detencion esta elocuente pregunta: *¿Qué es lo que hago?* ¿Esta interpelacion es del pecador? Entonce

ié divino es el pensamiento: ¿Qué es lo que hago? ¿Puede ırse nada más consolador que estas palabras en boca del que aparta de la senda del Señor y vuelve á ella arrepentido? si es el rey el que interroga, ¿hay algo más horrible que la tivez ficticia del crímen, invocando el auxilio de la paloma n mancha? ¿Hay algo más gráfico que deje al espectador onvencido del fanatismo del rey? Creemos que no. El monógo concluye de esta manera. Despues de hacer el rey una ausa como si esperase la voz del cielo, continúa: *Implorar su iedad ¡seria inútil!* Ved al rey, que en otras ocasiones pareó de mármol al dictar una sentencia de muerte; ahora ved- luchando con el fantasma del remordimiento y caer exánie pronunciando:

«¡Ay! mis fuerzas se agotan. Anhelo respirar otro ambiene. Un helado sudor baña mi rostro....» y al recibir el fresco alago del viento oreando su frente febril, dice: «¡Ah, cielo anto!»

Escena 12.—Segunda vez se encuentran frente á frente stos dos hombres. El uno, astuto, sanguinario, hipócrita; l otro, franco, leal y generoso: (Pág. 52 versos once y doce.)

Pronuncia Cárlos como si fuera ante la conciencia manchaa de Luis Onceno el ángel del esterminio. ¿Qué represénta árlos en este momento? La muerte. Todo lo arrostra el deto menos la muerte. Por eso el que al final del primer acto cariciaba la idea de anexionar el ducado de Borgoña á su iadema, ahora se doblega bajo el peso de su conciencia, y ébil y cobarde se arrodilla, implorando compasion. Cárlos esponde con este precioso pensamiento: (Versos 13 y 14, ág. 53.)

¿Qué puede la hiena ante el leon, que rey de las selvas sorda el viento con sus rugidos? ¿Qué puede el miserable eptil ante el águila audaz, que señora del espacio al estener sus alas en las nubes, tapa con ellas el disco del Sol? Luis s la hiena que abre los sepulcros para revolcarse entre angriento cieno, mientras Cárlos el altivo leon que sacude su

melena al pisotear la serpiente que venenosa se enrosca en su cuello. Luis es el reptil, que en las entrañas de la tierra centellean sus ojos, devorando su presa, mientras Cárlos es el águila, que se cierne sobre la tormenta. Luis ve llegada su hora y dice: (Pág. 53, versos 17 y 18.)

«Soy padre, y si me matas, á mis hijos
Envuelves en el duelo y el quebranto.»

El recuerdo de Ana resplandece como iris de perdon en la mente del duque, y disipa la borrasca. Cárlos es otro. El nombre de su adorada Ana es un seguro talisman que viste al leon con vellon del inocente é inofensivo cordero.

Así lo prueban los siguientes versos: (Ultimos cuatro versos de la pág. 53.)

Digna es admirar la bélica alocucion: es donde el autor da á conocer de lleno el carácter de Cárlos. Alocucion que abunda en preciosos pensamientos, entre los cuales uno de ellos es el siguiente: (Ultimos versos de la pág. 56.)

Donde el estilo es sublime, digno de un poema épico, es cuando en la misma alocucion dice Cárlos: (Versos del 5 al 15, pág. 57.)

Lo armonioso del metro, la breve descripcion del cuadro del combate hace ver al espectador al hombre indomable, al alma noble, al corazon valiente, á los altivos séres dignos de llevar la corona de Francia, que él sostendria con el vigor de sus juveniles años, con la arrogancia de su carácter, con su conducta bizarra; por último, con el amor de Ana. Corona que sobre la arrugada y sombría frente de Luis Onceno es una carga pesada, que doblega su cerviz ante las tinieblas del sepulcro.

El acto segundo concluye así:

Luis. Con él nosotros en sangrienta lucha
Por nuestro honor purísimo volvamos
Hijos invíctos de la heróica Francia.
A la lid.

Oliveros, Tristan, escoceses, responden: «A la lid.»

LUIS. Á combatir por Cárlos.

El carácter generoso de Cárlos, ageno á toda ficcion, no se a en la ironia con que Luis pronuncia estas palabras. El pectador, por el contrario, al ver alejarse enlazadas las dos andes figuras del drama del Sr. Sanchez-Escandon, pre-ente alguna funesta consecuencia; pero Cárlos ignoraba que cernia sobre su cabeza la pálida sombra de la muerte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

UNA SALA EN EL PALACIO EN PARÍS.

Escena 1.ª—La reina, el doctor, ó sea Cottier. Empieza est acto con la naturalidad de los dos anteriores. La esposa des-graciada en el acto primero aparece del todo santificada e estas preciosas quintillas que ella pronuncia. (Pág. 59, verso del 11 al 21.)

«Ya el ánimo satisfecho
Tranquilamente reposa;
Duerme callado en mi pecho
Aquel amor, ya deshecho
Por la madre y por la esposa.
Hoy Cárlos no es para mí
Mas que un hijo. Sin recelo
Su vuelta al castillo ví,
Y desde que habita aquí,
¡Siento en el alma un consuelo!»

El autor, que con tanta maestría viene manejando la obra no podia consentir que el espectador dudase de la virtud d la reina.

Escena 2.ª—Dichos, Ana, el Delfin. Escena que se hac necesaria para el desarrollo de la obra.

Escena 3.ª—Ana, el Delfin. Conversacion cariñosa ent

s dos hermanos, segun la siguiente quintilla: (Pág. 62, del erso 9 al 14.)

«Pero, hermana, si se mira
Con alguna detencion,
Tu semblante angelical
Dice que hay otra afeccion
A más de ese amor filial
Oculta en tu corazon.»

El amoroso hermano descubre el secreto que guarda en su cho la hermosa Ana, y yendo más adelante de los versos ie hemos citado, dícense los dos: (Pág. 64, del verso 9 16.)

«¡Amar! ¡Nada hay más bueno!
Que es la vida sin amor
Fuente sin agua y con cieno,
Flor sin frutos y mar lleno
Del huracan destructor.»
«Y antes que en amargo duelo
Mire su ilusion marchita
Y llegue á dudar del cielo,
Déle tu amor un consuelo
Y la fé que necesita.»

Repetimos de nuevo que es pasmosa la profusion de bellísias ideas que se escapan de la pluma del Sr. Sanchez-Esndon.

Escena 4.ª—Precioso monólogo de Ana, en donde dicen á ıa el poeta y Ana:

«Muéstrate cual eres, alma;
Late feliz, corazon.»

Escena 5.ª—Ana, Tristan. Tambien los ángeles en la tier- tienen sus sufrimientos y pasan por pruebas terribles. Así mo Daniel entre las llamas del horno enrojecido veia brir las puertas de oro del paraiso, así Ana ante la presencia Tristan, que aparece en el momento en que su corazon se a á entregar á un éxtasis de amor feliz y aparece como

para atormentarle, así Ana, repetimos, sonrie al ver tras la re-pugnante figura de Tristan la amorosa aureola del amor de Cárlos. (Últimos versos, escena 5.ª, pág. 67.)

Apenas pronuncia Tristan aquellas palabras, aparece Cárlos.

Escena 6.ª—Dichos, el duque. Todos los mejores dramas de nuestro teatro abundan en estas escenas, y siempre el ga-lan ofendido sale dando gritos de rabia, y á poco se traba un combate hasta que uno de los dos muerde el polvo, que por lo comun, merced á la munificencia del autor, es el rival del fa-vorecido amante. El Sr. Sanchez-Escandon, que no es amigo de tajos y cuchilladas en la escena, y más que todo enemigo de lo comun y lo trivial, reviste la salida de Cárlos de cierta novedad. Lejos de lanzarse impetuosa sobre el infame Tris-tan y quitarle la vida, sale y dice poco á poco y con acento convulso por el furor que le domina: (Primeros versos de esta escena.)

Responde Tristan sereno y de un modo que no deja de ser original:

Tristan. ¿Quién os pide, señor, una respuesta?

Mil veces en esta escena quiere romper su cólera Cárlos, y mil veces cede; pero vean nuestros lectores lo sublime que está Cárlos, cuando dice Tristan que callará el secreto de los sor-prendidos amores á Luis Onceno, porque adora á Ana: (Los cuatro últimos versos de la pág. 68.)

Escena 7.ª—Solos quedan los dos amantes, y Cárlos es-plica al espectador la causa de su aparente calma, que pare-ce contradictoria á su carácter impetuoso, en los siguientes bellísimos versos primeros de esta escena:

Ana. ¡¡Oiste!!
Cárlos. ¡Sí!.... ¡y me admiro
De mi espantosa calma!
¿Qué fuerza oculta en mí, cuando te miro,
Con férreos lazos me sujeta el alma?

¡Qué altura en el estilo! Luego hablan de amor, y sucede

á la tormenta el iris de bonanza; así lo da á entender Cárlos en estos versos llenos de pasion y ternura: (Versos 2 y 3 de la pág. 70.)

Y Ana le responde, finalizando con esta espansion de un alma enamorada la presente escena:

«Cuanto en gloria te falte, así otro tanto
Crecerá mi cariño en recompensa,
Eclipsando esta dicha con su encanto
La gloria de los ángeles inmensa.»

Escena 8.ª—Escena en que el rey aparece. El autor consiguió engañar al espectador cuando Tristan dijo á Cárlos:

«Yo en su presencia
Nunca altanero requerí la espada.»

Por breves momentos le considera este un caballero y cree en sus palabras, que prometen á Ana no revelar nada al rey. Júzguese de su espanto al ver de repente, y cuando menos lo esperaba, á Tristan conduciendo al rey á la presencia de los dos enamorados. La astuta serpiente sorprende en el nido á las inocentes palomas, y el autor á su vez sorprende al público con un gran efecto, y como si este quisiera solazarse á su ansiedad, sale el monarca ocho versos antes de terminar la escena y dice, cuando Ana concluye de hablar, con ironía:

«Pláceme, á la verdad, tanto cariño.»

El terror embarga á los enamorados, y Ana sale á una indicacion de su padre, quedando por tercera vez frente á frente los dos héroes de la obra.

Escena 9.ª—¿Conque os amais? pregunta el rey irónicamente á Cárlos. ¡Cuántos misterios encierra esta pregunta! ¿Conque es decir, que apesar de ser ambos el reverso de la medalla, estamos íntimamente enlazados? ¿Conque es decir que apesar del mútuo rencor que nos profesamos, tú amas á mi hija? Mal dicho. Cárlos no odiaba á Luis Onceno; su alma generosa no sabe odiar. Sí, le responde Cárlos con entereza. La amo; hay un ángel que te salvó en Perona, y que bate entre los dos sus trasparentes alas, que realza la virtud ante

el vicio, que es el que ha desvanecido entre la luz de mis glorias las tinieblas de tus crímenes. Escena terrible es esta, hábilmente manejada por el poeta. Cárlos todo lo olvida, Luis todo lo recuerda, y le dice en los primeros versos de la página 72:

«Pero si la amabas tanto
Con ese fuego que pintas.
Si ella pagaba tu afecto
Con una pasion tan viva,
¿Cómo esplicas tu conducta
Pasada? ¿Cómo la esplicas?»

y más adelante, y complaciéndose en los tormentos de Cárlos continúa en los tres últimos versos: (Pág. 72.)

Entonces Cárlos le pregunta asombrado ante tanto rencor

«¿Eres hiena, ó eres hombre?»

Magnífico pensamiento. Luis Onceno es una hiena horrible ante sus ojos, que arrastra manto de reyes y ciñe corona En el fulgor satánico de sus pupilas, ve la mirada amorosa de su adorada Ana y lo perdona, pronunciando los versos 20 21 y 22, pág. 73.

La hiena breves momentos vencedora se acobarda ante l noble presencia del leon, y se esconde detrás de Tristan, qu ha acudido á la voz de su señor. Allí el rey se considera libr de sus garras, y como si tratara de gozarse en los sufrimientos de Cárlos, dice:

«Sufre..... como yo sufria.»

Creemos inútil narrar otras mil y mil bellezas en qu abunda la inspirada produccion del Sr. Sanchez-Escandon pero nuestro trabajo va siendo pesado y tememos molestar l atencion de nuestros lectores.

Escena 10.—Desdichado Cárlos; tan generoso, tan noble, se ve juguete del inexorable destino; bien dice el autor: s corona ducal está cubierta de espinas, y su gloria se desvanece como un fantasma del pasado. Su desesperado amor, s esperanza marchita solo se pueden olvidar entre los frios plie

ues del sudario de la muerte. Salen Ana y la reina, y corre ι escena entre estos personajes; díceles Cárlos que el rey se iega á todo y que su infelicidad es inevitable. Pero quiere ırle en trance tan horrible una prueba de pasion á su adora- ı Ana y pronuncia:

«¡Y yo escuché sus palabras
Con calma, y de mis pupilas
No salió un rayo encendido
Que le trocara en cenizas.»

Siempre noble, siempre generoso. (Versos 9, 10, 11 y 12, ág. 75.)

Escena 11.—Escena de poco interés entre Cottier, Cárlos Ana.

Escena 12.—Dichos, el rey del brazo de Tristan.

LUIS. ¡Magníficos servidores!
TODOS. ¡Ah!
LUIS. No me puedo quejar.
Algo vale no ignorar
Que se vive entre traidores.

(Versos primeros de esta escena.)

Salida magistral, que deja confundido al espectador. Cuán ombatida se vé la virtud. Júzguese del espanto de aquellas íctimas, míseros juguetes de la venganza de Tristan.

Cottier oye con calma su sentencia de muerte de boca del ey, la muerte más horrible que su imaginacion de hiena uede sugerirle en aquellos momentos, y como vé el lector, ıya en lo ridículo. El generoso Cárlos, al sentir la voz del y que llama á sus guardias para que se cumpla la senten- a, dice defendiéndole con su cuerpo: (Versos 20 y 1, pá- ina 78.)

Un crímen más, murmura el espectador atónito; pero no, ıe el autor, acudiendo siempre á los recursos de su ingenio, one en boca de Cottier estas palabras: (4 de los 10 últimos ersos, pág. 78.)

«¿No advertís, desventurado,

Que al separarnos los dos
Quedais condenado vos
A muerte?

EL REY (*con terror*). ¡Qué! ¡Condenado!»

Ya hemos dicho en otro lugar que nada hace temblar criminal más que la muerte. Ante la palabra *condenado*, Lu Onceno se trueca en otro hombre. Su terror, su cobardía, ambicion, su fanatismo y la otra vida rugen en su coraz como desbordados torrentes. Pero oigamos de nuevo al docto (Pág. 78.)

¡Con cuánta novedad reviste siempre el Sr. Escandon l escenas más culminantes de su obra! ¿Se acuerdan nuestr lectores del terror que embargó el espíritu del pusilánin monarca al oir de Oliveros que la torre que ante sus ojos destacaba habia sido prision de Cárlos el Simple bajo el rein do de Heriberto? Pues bien: en esta escena el poderoso rey Francia tiembla ante el acento pausado y sereno del docto y al llegar á sus oidos la palabra de que en una hora pue dejar de existir, siente en sus venas el frio glacial de la tun ba y dice espantado:

«En una hora.»

En una hora voy á morir, dá entender con estas palabra En una hora voy á dejar de ser rey, voy á perder mi coron mi cetro, mis Estados, el oro, la vida, en fin. Cottier, que c noce el corazon del rey, prosigue: (Versos del 10 al 19, p gina 79.)

«¡Si tal!
Por vuestra fortuna avara
Se os conocen en la cara
Los estragos que hace el mal.
Y si á separarme acierto
Un punto..... de vuestra estancia,
No hay remedio, Luis de Francia,
Podeis contaros por muerto.»

¡Jesús! exclama el monarca cayendo desmayado. ¡Miser

vanidad! hé ahí pintado por la fecunda pluma del Sr. Es-
ndon el tormento de un alma envuelta en los crespones os-
ros y sangrientos del pecado ante la imágen de la muerte.
sús, cuánto no indica esta palabra; es inútil comentarla,
rque á la sana razon de nuestros lectores no se oculta lo
e podriamos decir. Luis vuelve en sí y accede á que cum-
do el luto por la muerte de Cárlos de Baujen se celebren
nupcias de los enamorados. Despide á los circunstantes,
nos á Tristan, encargándole que no se aleje mucho de
uel sitio, como si temiera la amenaza de Cottier, esto es,
e en una hora puede dejar de existir. El rey los ve partir;
cabo de poco tiempo vuelve á despertar la hiena sanguina-
y dice:

«Si á serme inútil un dia
Llegaras... ¡Guárdete Dios!»

Escena 13.—Tristan y el rey. La presencia de Cárlos es-
ba al monarca y con su favorito trama en esta escena el
do inícuo de darle muerte. Luis dice al verse solo con Tris-
. *Ven*. Da un paso hácia adelante. ***Más cerca***, repite el
y; Tristan se coloca á una distancia conveniente. *Aquí á*
lado, vuelve á insistir el soberano. Vé el lector el tacto y
estría con que en esta escena, como en la del acto primero, en
e se trata del crímen del esposo de Ana, toca el autor todos
resortes imaginables para que el rey y el favorito se en-
ndan sin esplicaciones sangrientas y enojosas, que como
hemos dicho una y mil veces, evita el poeta. (Ultimos ver-
s de la pág. 85 y restantes de la escena.)

TRISTAN. Pronto dejaré corriente
El asunto.
EL REY. Sin demora

Pausa: el rey despues de unos momentos de ansiedad se
elve rápidamente hácia Tristan y le dice:

«¿Pero tú me has entendido?
TRISTAN. Yo no sé si habré incurrido
En error (*dudando*).

LUIS. ¡Qué torpe! (*Echándole una mirad de inteligencia.*)»

Tristan le comprende, sonrie satisfecho, y dice, acariciand la espada con la mano izquierda: *Ahora.* Luis, poseido d un vértigo de alegría, exclama: ¡Bien, compadre, sin tardanz

Escena 14.—El rey se postra á orar.

Escena 15.—Corre entre el rey y la reina. Es de poco in terés.

Escena 16.—El Delfin se presenta despavorido á noticiar su padre que los *reformistas* han dado el grito de insurre cion rodeando la real morada, y que Tristan y Oliveros aprestan á la defensa, para lo cual se vale el poeta de est bellísimos versos puestos en boca del Delfin:

LUIS. ¿Pero qué hace mi gente?
DELFIN. Prevenidos están: ya los aceros
Blandiéndose, en la noche centellean.
Y Tristan y Oliveros
Órdenes vuestras recibir desean;
Miradlos.

Escena 17.—Dichos, Oliveros, Tristan, soldados. (Pág. del 5 al 11.) Dice Luis:

«Que al punto salgan
Mis soldados; la tea flameadora,
La espada, y á matar esos rebeldes;
Mis órdenes cumplid, y no les valgan
Heréticos alardes, que la noche
De san Bartolomé tenga en la historia
Fiero recuerdo, inmarcesible gloria.»

Luis Onceno, impulsado por el fanatismo, siente remoza su sangre helada: esto espresa el autor cuando dice: (14 y 15.)

«Oliveros, Tristan. Un arma, quiero
Probar desde hoy al universo entero,
Que no ha menguado con la edad el brio.»

Y Luis Onceno empuña el arma porque dice que qu

atar; la pide con el deseo imperioso del niño que exije un guete, del hombre que, acosado de una enagenacion mental, iere anegarse en un lago de sangre. El fanatismo es un astorno de la imaginacion, es una verdadera locura del espíritu. Luis fuera de sí al oir decir á Oliveros que el arma e se le va á dar es de fuego, exclama entusiasmado: (Página 92, versos 13, 14, 15 y 16.)

«¿De fuego dices? Tráela al instante,
Que ardo en cólera ciego
De castigar con arma fulminante
Tan feroz osadía.
¡Loor á su inventor!»

No puede estar mas feliz el autor al describir los trasrtes de júbilo de un alma encenagada en el crímen, y mas un deslumbrado por el más horrible de los fanatismos, por fanatismo religioso. Llega á ser tanta la ceguedad de Luis nceno, que se complace en contar las víctimas que caen al omo matador de su arma mortífera; al divisar entre las tieblas de la noche los rogizos resplandores del incendio, pronncia: (Pág. 93, versos 10, 11 y 12.)

«Holocausto que se eleva
Y al alto cielo en nuestro nombre lleva
Una hecatombe de la causa santa.»

Escena última.—En esta escena final ordena el rey á Cárs que parta á Nancy, y dice á Tristan:

«Tú con él.
Salva su vida, Señor Dios de los cielos,»

urmura Ana arrodillándose. Protegedle, Señor Omnipoten, exclama la madre. Cárlos parte, pero teme que sea para la ernidad. Luis concluye el acto con estos versos, que esplin de lleno el alma fanática del rey:

«Venga en mi auxilio la sin par fiereza
Que á tantos héroes al combate guia,
Y vuestros pies aplasten la cabeza
De la serpiente vil de la heregia.»

ACTO CUARTO.

Llegados ya al final de nuestra tarea, solo me resta exa-iinar el acto cuarto. Este acto, que abunda en preciosas scenas, como ve el lector salpicadas de magníficos pensa-iientos, este acto, repetimos, es el mejor de la bellísima roduccion del Sr. Sanchez-Escandon, el que más merece uestro estudio.

Escena 1.ª—La reina y Ana oran por la salud del rey. En sta escena hay un sentido coro, que se oye dentro, que ıfunde al espectador un estado melancólico, al par que mís-co, predisponiéndolo, digámoslo así, para los culminantes ıadros que á su vista se van á desarrollar. En la escena de ue llevamos hablado, citamos varias cuartetas con un es-lo calderoniano fluido y correcto. La delicadeza que encier-ın es muy notable; la ternura que respiran estos versos ha-: latir el corazon del hombre mas frio á las emociones del ɔgar. El Sr. Sanchez-Escandon es el intérprete feliz de los isterios de la familia. (Pág. 97, versos 6, 7, 8, 9, 10, 11, 2, 13, 14, 15, 16, 17, 26, 27, 28 y 29.)

Escena 2.ª—Dichos. Cottier por la izquierda. Escena accesoria al desarrollo de la obra.

Escena 3.ª—San Francisco de Paula. El Delfin. Oliveros, etc. Un enfermo agoniza, un pecador va á comparece ante el *Tribunal de Dios*, y San Francisco de Paula, tip evangélico, pastor del alma estraviada, aparece en la hor suprema. Felicísimo ha estado el autor en sacar á este sant personaje en momentos tan críticos. La hija, la madre, todos en fin, se arrodillan á la presencia del venerable santo, y Sa Francisco dice con acento de humildad: (Pág. 100 los 8 últimos versos y los 20 primeros de la 101.)

Hasta ahora no hemos podido verdaderamente admirar l Musa del Sr. Escandon. La hemos visto juguetona en las de claraciones de amor, épica y sublime al describir una batalla, filosófica en muchos puntos, siempre tierna y amorosa e las afecciones de familia; hasta ahora no ha dejado ningu vacío en nuestra alma. Pero donde está envidiable el seño Sanchez-Escandon, es en la creacion del tipo de San Francisco de Paula. Casimiro de la Vigne, ese primer poeta franc moderno, padre del romanticismo, tiene tambien un Sa Francisco en su Luis Onceno. Santo que lo vemos desde principio de la obra compartir amistosamente en las conve saciones de los aldeanos, en las intrigas palaciegas; p fin, en todos los lances de su obra se presenta. No, no es e la mision del santo, no es así como lo comprende el señ Sanchez-Escandon en su drama *Hipócrita y Rey*. San Fra cisco aparece en un momento supremo, ruborizándose de l loores que se le prodigan. Sublime está el Sr. Sanchez-Es candon en las primeras palabras que habla el santo. ¡Cuán humildad no desprende su lenguaje! Sobre todo, lo que m nos llama la atencion, es la descripcion de Dios; dice el sant

«Que es sombra eterna y oscura,
Y es luz que nunca se apaga.»

Profunda filosofía; perdónenos el Sr. Sanchez-Escandon si n atrevemos á comentar su pensamiento. Palabras tan elocuent

boca de un santo y en momentos tan sublimes, elevan el ma á Dios, truecan el teatro en un templo y coronan el éxito la obra. Pasemos la escena 4.ª; pero antes debemos conrnar que se fije bien el lector en el rey cuando dice:

«Por la vírgen, por su hijo,
Decid que vais á salvarme.»

Y contesta el santo:

«A intentarlo vine aquí...
Cumplirlo... le toca á Dios;»

E insiste Luis con este bellísimo pensamiento: «Sí, pero os via á vos para que lo hagais...» Es decir, vos que teneis derpara resucitar á un muerto, ¿cómo no podreis dar vida á moribundo? Luis tiembla de pavor á la idea de la muerte, por consiguiente cree que la sola presencia del santo puede lvarle, puesto que el lector verá que dice: (Versos 13 y 14, g. 103.)

«El que resucita á un muerto,
¿No da vida á un moribundo?
Sí, sí, lo podeis hacer.»

Al rey sediento de riquezas y próximo á morir, al hombre nático, en fin, solo puede contestar un santo, como lo hace autor por boca de su San Francisco:

«*Buena es la fé*
Pero malo el fanatismo.»

Escena 5.ª—El rey. San Francisco. La confesion. Hé aquí escena donde el génio del Ilmo. Sr. D. Manuel Sanchezscandon raya á una altura inesplicable. Ha revestido el poe esta escena de tanta novedad, que solo leyéndola una y mil eces se pueden comprender las bellezas que encierra.

No obstante, nosotros cumplimos con un sagrado deber umerando aquí todo lo que en nuestros cortos alcances mezca nuestra atencion y que de seguro no pasará desapercido á nuestros lectores. Dice el santo con voz solemne: (Veros 7, 8 y 9, pág. 104.)

Y responde el rey: «*De mucho.*» Y luego como si se aver-

gonzara y tratando de llevar sus crímenes al grado mayo de hipocresía, continúa: (Versos 11, 12, 13 y 14, pág. 104.

«Es decir, de deslices naturales...
Forzosos muchas veces...
Pero que por pecados los condena
La santa religion. ¡Los más veniales!»

El santo le exhorta á que los confiese, puesto que la misericordia de Dios es inmensa. Despues de una pausa elocuent dice Luis:

«No me atrevo.»

En fin, creeriamos inútil ir comentando palabra por palabr esta escena, siendo así que á la despejada imaginacion d nuestros lectores no se les ocultará. El rey se vá confesand poco á poco y de una manera particular, y el santo llega u momento en que, condolido de tanto y tanto crímen, dice: (Versos 5 y 6, pág. 106.)

«Del cielo el anatema soberano
Caerá sobre tu sér eternamente.»

Luis de Francia no quiere arrepentirse. Luis de Franci quiere vivir. Vivir en el brillo de su corona. Por eso pide a santo que aumente los dias de su existencia, pretension ridícula y en la cual esplica perfectamente el autor el odioso fanatismo que albergaba su espíritu. Luis pide al santo que hag un milagro, y el santo, lleno de evangélica energía, pronuncia este precioso pensamiento con que finaliza la escena:

LUIS. ¡Un milagro, señor!
SAN FRANCISCO. ¡Oh, ruin miseria!
¡Contra el alma tan fuerte,
Y tan débil despues contra la muerte!
LUIS. ¡Ay!
SAN FRANCISCO. ¡Reza, pobre loco!
¡Borra con la oracion tu enorme culpa!
Este será el remedio más seguro.

Apresurando los hechos, nos colocaremos ahora en el momento en que San Francisco confunde á los culpables, na

ndo, como inspirado del cielo, la curiosísima historia del *amante*, de la cual saca tanto provecho el autor. Durante santo usa de la palabra, la escena es un *sepulcro*, cuadro berbio, creado por la gigante fantasía del Sr. Sanchez-Esndon. No nos detenemos á enumerar sus bellezas, puesto que narracion del santo, sublime, poética, conmovedora, pronda, filosófica, en una palabra, es uno de los más culmiantes pasajes de la obra del Sr. Sanchez-Escandon. Necesao es alabar la facilidad con que el poeta sale airoso de todas s circunstancias en el éxito de la obra. La historia del diaante SANCY, en los últimos momentos del drama, no es un etalle, no es una narracion supérflua, como parece á priera vista, no; la historia narrada por el santo en tan suremos instantes, es el medio que lleva el pecador á Dios le hace encomendar su espíritu. Así, pues, al describir el anto la agonía de Cárlos, de aquel hombre noble y generoso, riste víctima de las ambiciones bastardas de otro hombre que ambien está en el trance fatal de la muerte, se logra que uis Onceno reconozca sus crímenes, y la religion puede restar sus auxilios al pecador que abandonó su senda y brirle el camino de la bienaventuranza. Citaremos aquí, pa-a dar por terminado nuestro trabajo, los versos 3, 4, 5, 6 y , página 114:

SAN FRANCISCO. Pecador, teme á Dios.
UIS. ¡Ah, mi corona! ¡Dádmela, con ella
Quiero morir, sentirla entre mis manos
Ya que no tiene fuerzas mi cabeza!

Bellísimo pensamiento, en el cual muestra el autor las miserias de este mundo, y que no admite comentaciones.

Hay un rasgo precioso, y es que en el momento en que el rey ve la corona sobre la bandeja y el Delfin la toma, el rey da un grito dominante y dice:

«¡No, no la toques, dádmela, aun es mia!
¡Pronto no lo será! ¡Suerte funesta!»

5

Este grito que el rey da y que quizás será el último, ¡cuánto no indica! Luis muere y el Delfin se ciñe la corona.

Réstanos, para acabar, decir que la obra del Sr. Sanchez-Escandon está llamada á formar época en la república de las letras, por sus altos fines morales, filosóficos, políticos y sociales.

F. M. Y S.

FE DE ERRATAS.

GINAS. VERSOS.

9 15 Donde dice: fuí al altar, léase: Fuí ante el altar.

19 17 y 18 Dicen:

¡De una madre! una dama... Ah
Mal conviene tanta nobleza con tan torpe hazaña.

Debe leerse:

De una madre... una dama. ¡Ah! mal conviene
Tanta nobleza con tan torpe hazaña.

23 14 Por te imploro... Léase... y lloro.

28 1.° En vez de Cuando haya... léase: Si marcas

30 12 y 13 Luis. No hay más nuevas?
Tristan. Ninguna más por ahora

Léanse:

Luis. No hay más nuevas?
Tristan. No señor
Luis. Que no!... Muy de prisa hablas
Trístan. Ninguna más por ahora
Luis. Bien y con verdad franca.

ACTO SEGUNDO.

41 3 de la 6.ª escena dice:

En junta solemne, nos ves reunidos

Léase:

En junta solemne, nos miras reunidos.

muy poco cariño espresa.

ANA. Sois el Delfin.

DELFIN. (*Resentido.*) Si esa,
entre nos, intemperancia
no cesa, ¡Ana de Francia!
parias rindo á una princesa.

ANA. ¡Hermano! (*Tendiéndole la mano.*)

DELFIN. ¡Gracias á Dios
que se cumple mi deseo!
¿Ves? lo de... señor... es feo,
y poco espansivo el vos.
Para hablar nosotros dos
todo cumplimiento es vano.
Así, tu mano en mi mano,
formen unidas sus palmas
el lazo de nuestras almas
y el contento de tu hermano.

ANA. ¡Cuánto me quieres!

DELFIN. Por eso
debo saber...

ANA. (*Aparte.*) ¡Pobre niño!

DELFIN. Tú conoces el cariño
vehemente que te profeso:
¿no es razon si me intereso
por saber lo que hay en tí?
¿Qué es lo que te pasa, dí,
cuando estás tan afligida?
¿Qué pesar hay en tu vida
para entristecerte así?

ANA. Si alguna vez el dolor
que en mi frente se retrata
advierte que me maltrata
algun pesar interior,
es nuestro padre y señor
quien por su mala ventura
tal tristeza me procura,
está enfermo, hermano mio,
y su mal lento é impío

sabes que no tiene cura.

ELFIN. Hoy en sus ojos severos
se nota más la alegría.

NA. ¿Le has visto?

ELFIN. En la galería.

NA. ¿Con quién vá?

ELFIN. ¡Con Oliveros!
El grande, entre los barberos;
ni un instante le abandona.

NA. Respétale.

ELFIN. ¡Su persona
tan poco respeto inspira!..
¡habla tan hinchado... y mira
con una altivez burlona!..

NA. ¡Eres loco!

ELFIN. Soy contrario
de esa gente tan cruel.
¡Cuánta diferencia de él
á Cárlos!

NA. Tu partidario.

ELFIN. El Duque. ¡Si es necesario!..
Mírale bien, frente á frente:
su bizarro continente,
su porte digno y apuesto,
ponen ya de manifiesto
que es generoso y valiente.

NA. Sí. (*Fingiendo indiferencia.*)

ELFIN ¡Desde que vino acá
por los negocios de estado,
creo ver más animado
el sitio por donde vá!
Luego... el castillo... años há
se encuentra... así, tan triston!..
¡hay tan poca animacion,
que creo, mi hermana amada,
que más bien que en mi morada
estoy en una prision!

NA. Perdóname si te riño,

porque es justo que hoy lo haga.
¿Tan poco, Cárlos, te halaga
mi cuidadoso cariño?
¿Ese corazon de niño
que late tierno en tu pecho,
no se encuentra satisfecho
en el amor de tu hermana,
con el de madre?

DELFIN. ¡Ay Ana!
que hablas con poco derecho!
Ese puro amor que nace
en tu corazon por mí,
me consuela mucho, sí,
pero no me satisface.
Y aunque tu voz me rechace
viendo esta duda fatal,
te confieso por mi mal
que por más que lo procuro...
no me encuentro muy seguro
del cariño maternal!

ANA ¡Tú confundes su tristeza
con el desamor impío!
Nunca dudes, Cárlos mio,
con tan menguada bajeza.
Por ley de naturaleza
que Dios puso en este suelo,
no hay en el mundo otro anhelo
que al amor materno iguale;
para saber lo que vale
tienes que mirar al Cielo!

ESCENA II.

DICHOS. LA REINA del brazo de COTTIER, saliendo por el foro.

DELFIN. ¡Es ella! ¡mira, en su frente
no brilla el gozo jamás!

ANA. Oyela... y comprenderás
cuánto por nosotros siente.

OTTIER. ¿Os hallais bien?

INA. Sí; el ambiente
fresco y suave del jardin
logró despejar al fin
mi negra melancolía.
Reposemos.

A. ¿Madre mia?

INA. ¡Hija!

TTIER. Mirad, ¿y el Delfin?

INA. ¡Cárlos mio! Aquí, á mi lado
venid los dos. ¡Qué placer!
¡Si pudiérais comprender
cuánto os amo!

A. ¿Habeis bajado
al campo?

INA. Sí, me ha prestado
Cottier su brazo. Está hermoso
el dia. Traspuse el foso,
y cansada del paseo
dejo mi dulce recreo
porque no me da el reposo.

LFIN. ¿Y os sentís bien?

INA. ¿Cómo nó
si estais conmigo, mi encanto?

LFIN. ¿De veras... nos quereis tanto?

NA. ¡Hijo! ¿Qué si os quiero yo?
¿Quién á dudar te obligó
de mi cariño? ¡Responde!

A. La tristeza que se esconde
en vos contínua y fatal,
juzga mi hermano que mal
con vuestro amor corresponde.

NA. ¡Es cierto! ¡De esa manera
dudas de mí!

FIN. Yo, señora...

NA. ¡De tu madre que te adora,
Cárlos, con el alma entera!
¡No mereces que te quiera,

ingrato!

DELFIN. ¡Madre, perdon!

REINA. ¡Hijo de mi corazon!
¡Si ahora dudas de ese modo,
despues... dudará de todo
tu envenenada razon!
¡Qué existencia de amargura
te espera! ¡No, no, hijo cree!
un alma falta de fé
es una tiniebla oscura.
Cuando la luz noble y pura
se apaga de la creencia,
el caos de la existencia
sin consuelo, sin amor,
es contínuo torcedor
que desgarra la conciencia.

DELFIN. No, madre, dudar de vos
no quiero desde este instante.
Ana, de hoy en adelante
juro creer por los dos.

REINA. ¡Gracias! ¡Vé á pedir á Dios
perdon de tu error impío!
Testigo de su estravío, *(A Ana.)*
vé de su arrepentimiento
á serlo.

DELFIN. Voy más contento.
Un beso. *(Con timidez.)*

REINA. ¡Mil, hijo mio!

ESCENA III.

LA REINA, COTIER.

REINA. ¡Cottier!..

COTTIER. ¡Señora!..

REINA. ¡Cottier!..
¿Será castigo del Cielo?
¡Dudar mis hijos de mi!

OTTIER. No os desconsoleis.

EINA. ¿Y puedo
despues de haberlos oido
permanecer ni un momento
tranquila? No son bastantes
los dolores que padezco,
que me aguardaba este último
para desgarrarme el pecho.

OTTIER. ¡Valor! Son pruebas que Dios
manda á todos con empeño.
Resistidlas, que Él un dia
os dará su justo premio.

EINA. ¡Ya lo ves! Tú el confidente
de mis pesares secretos,
puedes apreciar por Él
mi eterna lucha y mi esfuerzo.
Niña aún, fuí al altar;
el hombre que era mi dueño
no pudo inspirarme nunca
otra afeccion que el respeto.
Desterrado por su padre,
suplicó á Felipe el Bueno,
Duque entonces de Borgoña,
que le hospedára en su reino.
¡Allí por primera vez
le ví! Los años corrieron
hasta el dia en que ocurrió
la muerte de Cárlos sétimo.
Yo era ya madre. Partimos
á la Córte, y de mi suegro
presencié triste, muy triste,
los funerales egregios!
Con nosotros iba Cárlos
de Borgoña. Era un mancebo
que empezaba á demostrar
su carácter hechicero.
Yo le miraba, y sentia...
¡no sé! una pena... un consuelo .

una cosa inesplicable,
¡pero profunda! ¡No puedo
recordarlo sin que el alma
se me desgarre aquí dentro!

COTTIER. Proseguid.

REINA. El rey mi esposo
con un fingido pretesto,
decretó que era preciso
estacionarme algo léjos
de la Córte; aquí ó en Loches,
con el príncipe heredero.
La soledad, la tristeza
de estos lugares, me hicieron
caer en este marasmo
con que lucho... y que no venzo!
¡En medio de mis pesares
se levantaba el recuerdo
de Cárlos en mí, llenando
su imágen mi pensamiento,
como coloso gigante
que se levanta á los Cielos
vencedor en las batallas,
y tan galan como apuesto!
¡Yo embelesada al mirarle,
nunca de mi estraño afecto
pude darme cuenta! ¡Ay!
yo le amaba... ¡sin saberlo!

COTTIER. Seguid, señora.

REINA. Una noche
reclinada sobre el lecho,
con su imágen en el alma
y en la mente su recuerdo,
contemplaba por la angosta
ventana de mi aposento
el horizonte, preñado
de rojas nubes de fuego;
la luna entre ellas envuelta,
respetó el oscuro velo

de la noche; no brillaba
en sus sombras ni un lucero!
De pronto llegó á mi oido
el galopar sordo y seco
de un corcél que se acercaba
cual en sus alas el viento.
Paróse al pié del castillo,
y tras un corto silencio,
resonaron de un laud
los melancólicos ecos.
No sé qué alucinacion
me sobrecogió un momento.
Corrí á la ventana, el lábio
dejó resonar un beso,
¡ay! ¡y casi sin sentido
caí, sobre el pavimento!

TTIER. ¡Infeliz!

INA. ¡Cuando volví
á la razon, los primeros
rayos del sol inundaban
mi fáz con débil reflejo.
¡Aquella rosada luz
de la aurora... me dió miedo!
¡me parecia un testigo
terrible de mis tormentos!
Volvíme al reclinatorio,
y de hinojos, y en el suelo
la frente hundida, pedí
perdon á Dios de mi yerro.
Y Él en su bondad inmensa,
supo otorgarme en el rezo
un bálsamo á mis dolores,
sino á mi remordimiento.

TTIER. Llorad, ¡oh reina! Esas lágrimas
que ora en vuestros ojos veo
son vapor del fuego oculto
que os enciende el sufrimiento.
¡Llorad! cuantas más vertais,

los pesares serán ménos.

REINA. ¡Y hoy es mayor todavía
mi pavor! ¡Hoy bajo el techo
mismo que yo me cobijo,
habita Cárlos! ¡Le veo
cerca de mí á todas horas,
mudo, insensible, severo,
sin que á sus ojos asome
el indicio más pequeño
de lo que siente!.. ¡mas ay!.
(*Con un arranque fuerte.*)
¡si á mí me basta con verlo
para tener á mis plantas
un abismo siempre abierto!

COTTIER. ¡No! vuestra heróica virtud
saldrá triunfante en el fiero
palenque que sosteneis
contra vuestros sentimientos.
Mostrad altiva ante el mundo
el semblante satisfecho,
que quien lucha como vos,
en el vencer lleva el premio.

ESCENA IV.

DICHOS. EL REY, EL DUQUE, COMINES y OLIVEROS.

REINA. ¿Quién?.. ¡Ay!.. (*Viendo á Cárlos.*)

COTTIER. ¡Por Dios, resistid!

REINA. ¡No puedo, Cottier, no puedo!

COTTIER. ¡Es preciso!

REINA ¡Sí, es preciso!

OLIVEROS. ¿La reina aquí?

CÁRLOS. Saludemos
á vuestra esposa.—¿Señora?..

REINA. Dios os guarde, caballeros. *(Retirándose.)*

LUIS. ¿Os retirais de la estancia
porque venimos?

REINA. Al templo

me dirijía, señor,
cuando asomásteis.

UIS. Por cierto
que es injusto vayais sola.
(*A Cárlos.*) ¿No es verdad?—¡Os falta séquito!

EINA. Para orar, la soledad
inspira recogimiento.

UIS. No obstante, si no os enoja
mi idea, señora, os ruego
que admitais la compañía...
de Comines y Oliveros.
Servidla, señores. (*En tono seco.*)

LIVER. COM. Vamos.

UIS. Dad vuestro brazo á mi médico.

OTTIER. ¡Señor!..

UIS. Id... y orad por mí.

EINA. ¡Oraré... por el bien vuestro!

(*Con intencion y mirando fijamente á su marido. Cottier la da el azo y se van de la escena seguidos de Oliveros y Comines.*)

ESCENA V.

El REY, el DUQUE.

ÁRLOS. (*Aparte.*) ¡Pobre mártir!

UIS. Ya al fin estamos solos.

ÁRLOS. Prueba das de valor á un enemigo.

UIS. Poco debo temerte cuando ahora
te busco á solas para hablar contigo.

ÁRLOS. Nó, tu razon de todo previsora
conoce mi lealtad, mi fé, la fama
que adquirí y que sostengo firmemente;
por eso nada más tu voz me llama
para que hablemos solos frente á frente.
La ley del hospedage inexorable
te hace, oh Rey, á mis ojos inviolable.

UIS. A un lado las inútiles razones
y como cumple á cada cual hablemos.

¿Qué decides en fin?

CÁRLOS. Lo que propones
reduce la cuestion á dos estremos.
De Borgoña, Bretaña é Inglaterra,
contra tí los ejércitos unidos,
asolar amenazan esta tierra.
¡Guay de la Francia sí la voz de guerra
resuena poderosa en sus oidos!
Fieles súbditos son los borgoñones
que acatan mi mandato reverentes,
y á donde yo dirijo sus pendones
marchan sin vacilar, como valientes.
Por mis tropas París está sitiado:
si avanzo un poco más en esta hazaña
rompo sin ley contigo lo tratado;
si retrocedo, me veré obligado
á dar cuenta á Inglaterra y á Bretaña.
A discutir en la contienda grave
he venido no más á tu castillo:
tú me propones que la guerra acabe,
como el medio más pronto y más sencillo;
yo accediera gustoso, mas no quiero
en vida de mi padre dar el fallo;
capitula con él, que es lo primero.

LUIS. ¡Un Rey... capitular... con un vasallo!

CÁRLOS. Modera tu carácter altanero,
que no hay tanta distancia,
por más que á tí el orgullo te emponzoña,
del Duque de Borgoña al Rey de Francia.

LUIS. Del Rey de Francia... al Duque de Borgoña.
Conde de Charolais, buscas en vano
más elevado puesto en la anarquía:
el que en un tiempo se llamó tu hermano
es hoy vuestro señor y soberano,
mal que pese á la infame rebeldía.
Griten los pueblos y romper las leyes
logren al cabo con furor acerbo;
yo nací hijo de reyes,

y tu rey moriré... cual tú mi siervo.
Y bien: la guerra que el país asola,
nó por mí, por vosotros provocada,
¿no hay medio de cortar... y en una sola
convertir nuestra causa amenazada?
¡Siempre eterna enemiga
de la Francia mostróse la Inglaterra!
Hoy, un derecho, á proclamar me obliga
Que Borgoña... es hermana de esta tierra:
Por eso quiere en justa, en santa liga,
rechazar con vosotros esta guerra.
Si una palabra tuya es lo bastante
para acabar la lucha fratricida
y al inglés arrogante
reducir á la paz apetecida
trocando en aliado al enemigo,
¿por qué seguir la guerra destructora?
Piensa en lo que te digo,
que algo busco en tu juicio... cuando ahora
te busco á solas... para hablar contigo.

RLOS. Si basta de un contrato obligatorio
el sagrado, y convienen las naciones
en escuchar en junta promovida
el peso justo y fiel de tus razones...

IS. Eso...

RLOS. Mi voz entonces te convida
á una sesion solemne
donde puede quedar la causa indemne.

IS. No sabes gobernar. Ya habrá otro medio
ménos ruidoso...

RLOS. No tan oportuno.
En tu mano está el único remedio
que puedes aceptar. Ese... ó ninguno.
(*Con entera decision.*)

IS. ¡Si es tan preciso... bien!

RLOS. ¿Lo has decidido?

IS. Sí.

RLOS. Pues mañana del castillo parto.

LUIS. No debe un solo instante ser perdido.
El Monarca español Enrique IV
está en el Vidasoa: allí me espera
para conferenciar; iré al instante:
mi entrevista con él será ligera...
Y en seguida la nuestra.

CÁRLOS. Un enviado
te advertirá el lugar que designemos,
cuando quede pactado.

LUIS. Le espero. Adios.

CÁRLOS. Adios.

LUIS. (*Aparte y yendo al foro.*) ¡Si este mancebo
fuera ménos altivo... y más prudente!...
¡Cuanto en malicia y reflexion le llevo,
me aventaja en fogoso... é insolente! (*Váse.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE solo.

¡Mezquino corazon! ¡Cuánta vileza
escondes en tu seno impenetrable!
¡Debajo de esa *hipócrita corteza*,
qué alma se alberga, fria y miserable!
Me guardaré de tí. Si tu venganza
me persigue sin tregua, como espero,
sabré burlar discreto la asechanza
con que me cerque tu furor artero.
—¡Misterios son que á comprender no alcanza
la mezquina razon, y mal infiero
cómo de un ser abyecto de alma impura,
nace otro ser de cándida dulzura!
¡Ana! ¡flor cuyo cáliz purpurino
guarda el aroma santo del consuelo!
¡Manantial, cuyo espejo cristalino
refleja en torno la bondad del cielo!
¿Será que Dios en su bondad eterna
en su justicia santa é infinita,

sobre tu frente la bondad alterna
que al alma impura de tu padre quita?
¡Sí; que en sus altos y sagrados fines,
quiere que por su inmenso poderío,
forme el mismo Satán los serafines,
renazca la virtud, del vicio impío;
á cuanto alienta con torpezas ruines
mostrarle su impotencia y desvarío,
y convertir sus armas destructoras
en armas de los séres salvadoras!

ESCENA VII.

EL DUQUE, ANA.

NA. ¡El Duque!
ÁRLOS. ¡Es ella!
NA. (*Retirándose.*) Perdonad...
ÁRLOS. Señora,
no os alejeis: la mano del destino,
que frente á frente nos coloca ahora,
acaba de mostrarse en mi camino.
NA. Yo no os debo escuchar.
ÁRLOS. En mi presencia,
¿qué temeis?
NA. Perdonad... pero no puedo.
ÁRLOS. No tendreis muy segura la conciencia
cuando mis frases esquivais con miedo.
NA. ¡Aquí estoy! ¿Qué quereis? (*Con resolucion.*)
ÁRLOS. (*Despues de una pausa.*) ¡Cuánto es hermosa!
¡Tan bella como ingrata la hizo el cielo!
Tumba callada donde el bien reposa
que yo soñaba con ferviente anhelo,
¡y hoy no me es dable quebrantar la losa!
NA. ¿Qué me quereis? Decid.
ÁRLOS. Pediros cuenta
de una vida dichosa de ventura
que á vos el alma os confió contenta,
y que habeis entregado á la amargura.

ANA. Dejadme. (*Retirándose.*)

CÁRLOS. ¡Nó! Primero que la estancia
abandoneis que mi querella ha oido,
quiero saber de vos, Ana de Francia,
la causa que motiva vuestro olvido.

ANA. Vos lo habeis dicho; vuestras mismas frases
me apoyan. Soy mujer... ¡y soy princesa!

CARLOS. ¿Y bastó esa razon á que dejases
olvidados tu amor y tu promesa?

ANA. Niña, sin voluntad, hija de reyes,
un noble de blason pidió mi mano,
y obedecí para cumplir las leyes,
á mi padre... á la par que al soberano.
De Pedro de Borbon me llamo esposa,
nó por mi voluntad; porque Dios quiso
que fuera así. ¡La lucha fué horrorosa!...
Pero al fin... sucumbir era preciso.

CÁRLOS. ¿Y cómo cede el corazon amante?

ANA. ¿Qué debí hacer?

CARLOS. En resistencia fuerte
luchar sin decaer... ni un solo instante,
contra el azar de la contraria suerte.

ANA. ¡Y de qué me sirviera, ¡ay de mí triste!
tiene mi padre el corazon de roca.

CARLOS. Cuando con fé la voluntad resiste,
¿qué fuerza... arranca un sí de nuestra boca?
(*Con toda la fuerza que el actor pueda dar*

ESCENA VIII.

Dichos: LA REINA que ha aparecido momentos antes.

ANA. ¡Me ultrajas!... haces bien. Quizás he sido
débil é ingrata al entregar mi mano.

REINA. ¿Qué dice? (*En el foro y aparte.*)

CARLOS. ¿Lloras?...

ANA. ¡Por mi bien perdido
que para siempre huyó!

REINA. ¡Dios soberano!

¿Es cierto lo que he oido?

ARLOS. ¡Lloras! Luego es verdad; luego aun alienta
en tu pecho el amor que me juraste...
¡luego... aun me amas!

NA. (*Rechazándole.*) ¡Cárlos!

ARLOS. ¡Qué mal sienta
en tu rostro el desvio!
¡Vuelve hácia mí tus ojos, amor mio!

NA. ¡No puedo más! (*Desesperada.*)

ARLOS. ¡Mi vida!.. ¡mi alegria!..
¿me amas? habla por fin... ¡calma mi anhelo!

NA. (*Con un grito desesperado.*)
¡Sálvame de este abismo, madre mia!

EINA. ¡Cárlos! (*En voz fuerte y bajando.*)

ARLOS. La Reina... ¡Maldicion del cielo!

NA. ¡Gracias, Señor! (*Alzando las manos al cielo.*)
(*Pausa.*)

EINA. ¿Qué es esto?
¿Por qué inclinais la frente avergonzada?
¿qué pone ese rubor de manifiesto?
Una mujer honrada...
un noble borgoñon... ¡un caballero!
¿por qué temblando esquivan la mirada
de una dama... una madre?—¡Ah!
¡mal conviene tanta nobleza con tan torpe hazaña!
¡Quien respetos no tiene
para el ajeno honor... el suyo empaña!

ARLOS. No es tanta nuestra culpa. Soy honrado...
y ella honrada es tambien.

NA. ¡Sí, madre mia!

EINA. ¡Pensais que lo he dudado!
Pues si tal no creyera..., desdichado,
¡aquí mi indignacion la mataría!

NA. ¡Ah, madre!...

EINA. Pero basta solamente
decir... «¡Yo no he faltado!...»
¡Nó! para estar en su deber segura,
para que una mujer alce su frente...

¡hasta en el pensamiento ha de ser pura!
Y el que ha nacido noble y caballero,
si quiere limpia conservar su fama;
debe morir.... primero
que atentar á la honra de una dama.

CARLOS. Mis disculpas rediman el delito.

REINA. ¿Y qué disculpas vuestra accion redimen?

CARLOS. Oid, señora, al pecador contrito...
que quiere confesar todo su crímen.

REINA. Hablad.

CARLOS. Bajo el influjo
de mi ardor belicoso, en mi primera
edad, la suerte á batallar me indujo...
y así cruzó mi juventud entera.
Hombre ya, no tenia
del amor otra idea en mi memoria...
que la del ciego por la luz del dia.
Para mí no existia
más fé ni más amor... que el de la gloria.
De vuelta de un combate sanguinario,
donde arrollando á la enemiga tropa
el renombre adquirí de Temerario
por los anchos confines de la Europa,
á vuestra córte fuí. ¡Pluguiera al cielo
que antes de haber pisado aquella tierra,
rendido hubiese en el sangriento suelo
la vida, por despojo de la guerra!
Allí ví á vuestra hija. Como el niño
adora la ilusion que le fascina,
yo la adoré... con férvido cariño,
sin resto alguno de pasion mezquina.
Ella, abriendo su pecho á la bonanza,
era libre... y me amó. Yo enagenado,
partí lleno de amor y de esperanza
á cumplir mis deberes de soldado.
¡Ay! ¡nó bien lejos me encontré, señora,
una bárbara ley de nacimiento
con mano impía la obligó traidora

á romper su sagrado juramento.
Volví á verla más tarde: mis enojos
temiendo fueran de su honor agravios,
ni una mirada sorprendió en mis ojos,
ni una palabra se escapó á mis lábios!
¿Es verdad?

NA. Es verdad. (*Bajando la cabeza.*)

EINA. Seguid.

ARLOS. ¡Ardiente
creció el volcan que mi alma devoraba!
Tres años he luchado horriblemente...
¡y mi lucha contínua no se acaba!
¡La amo! Su imágen nunca me abandona,
y por romper de su coyunda el yugo
diera mi ser, mi vida... ¡mi corona !
¡me hiciera esclavo, apóstata... y verdugo!
Llevado del amor que me devora,
se alucinó un momento mi conciencia;
iba á ser débil... tú viniste... ahora,
todo lo sabes; dicta mi sentencia. (*Pausa.*)

EINA. ¡No por amar á la que hija lloro
es justo, Cárlos, que te dé castigo!
Parte de aquí, respeta su decoro...
(¡ay!...) ¡y mi bendicion... vaya contigo!

ARLOS. ¡Gracias! ¡oh, gracias!...

NA. (*Echándose á sus brazos.*) ¡Madre!..

EINA. ¡Hija querida!
(*Aparte.*) Señor Dios de bondad, ¿estás contento?

ARLOS. ¡He desgarrado mi profunda herida;
mas ha encontrado un bálsamo en su acento!
Mañana mismo al despuntar la aurora
partiré del castillo: el sol naciente
lejos de aquí me alumbrará, señora,
¡y el cielo me dé fuerza suficiente
para calmar la pena que devora!
—Ana... ¡hasta nunca!

NA. (*A media voz.*) ¡Adios!

ARLOS. (*Ya en el foro.*) (*Aparte.*) Alma mezquina,

esclava del amor y de sus lazos!
si no puedes salvarte de tu ruina,
si has de sufrir así... ¡salta en pedazos! (*Váse.*)

ESCENA IX.

La Reina, Ana.

Ana. ¡Ya partió!
Reina. ¡Tanto le quieres!
Ana. ¡Tanto... que no cabe en mí!
Si vos no llegais aquí;
olvidando mis deberes,
sin fuerzas ya, sin valor...
—lo confieso arrepentida:—
perdido hubiese... la vida,
en este trance de amor.
Reina. ¡Ana!... Esa debilidad
nunca fué digna de tí.
¿De qué entonces sirve, dí,
la fuerza de voluntad?
¡Amor! Palabra fatal,
arrojada del Eden,
que nacida para el bien
á veces convierte en mal.
¡Ella la desdicha labra
de muchas tristes que gimen;
el primer paso hácia el crímen...
puede ser esa palabra!
Huye su oculta atraccion,
que así te persigue impía:
todo se alcanza, hija mia,
con firme resolucion.
Ana. ¡Harto luché y resistí!
Con desesperado anhelo,
mis preces alzando al cielo,
fuerzas á Dios le pedí.
En mi oracion fervorosa,
cuando cobraba esperanza,

lejana allá en lontananza
una sombra luminosa
mi ardiente imaginacion
ver dibujarse creia,
cuya presencia traia
alivio á mi corazon.
¡Y en vano esquivar pretendo
la mirada penetrante
de aquella imágen amante
que tenáz me vá siguiendo!
De Dios entonces imploro
la ayuda..., mas por respuesta,
sólo la sombra contesta:
«Ana... soy Cárlos... ¡te imploro!»
¡Y en esta desolacion
toda mi fuerza se agota,
y un mar de lágrimas brota
del fondo del corazon!
Y esto un dia... un mes... un año...
por donde quiero que voy
siempre me dice: ¡aquí estoy!...

INA. ¡Calla! ¡calla! ¡me haces daño!

A. Si comprendeis mi dolor,
¿cómo quereis, madre mia,
que esquive más todavía
la violencia de este amor?
¡Fácil es aconsejar
á quien tranquilo se halla;
la que como yo batalla,
esa... no puede olvidar!

INA. ¡Niña!.. ¡pensaste quizás
que eres solo tú la triste
que así sufre!.. ¡nó! ¡aun existe
quien calla... y padece más!

A. ¡Más aún!

INA. ¡Sí! La pasion
que tu sentimiento guía
encendió la fantasía

primero que el corazon.
¡Pero ay de aquella que siente
un amor que nace artero
en el corazon primero...
y turba despues la mente!
¡Tormento desgarrador...
pero intenso, oculto, ardiente,
que consume lentamente
con incansable rigor!
¡Ah! ¡por mucho que encareces
tus dolores, aún no sabes
que hay otros... mucho más graves,
hija, que los que padeces!

ANA. ¡Madre mia! (*Abrazándola.*)

REINA. ¡Desdichada!
¿lloras? ¡llanto singular!
¿De qué tiene que llorar
la mujer... *cuando es honrada*?
Alza la frente serena,
seca el llanto que en tí corre...
No hay pesar que no se borre
ante el placer de ser buena.
Mírame yo, que lo soy,
con mi corazon altivo,
ya ves qué orgullosa vivo...
¡ya ves... qué tranquila estoy!

ESCENA X.

DICHAS. EL REY.

LUIS. ¿Ana?

LAS DOS. ¡El rey! (*Estremeciendose.*)

LUIS. En busca vuestra
va recorriendo el jardin
para hallaros, el Delfin.
No es bueno que su maestra
le abandone ni un instante.

¡Es un niño! Id enseguida.

NA. Al punto. (*Aparte.*) ¡Alma mia, olvida!

EINA. ¡Calla, corazon amante! (*Aparte.*)

ESCENA XI.

EL REY y LA REINA.

UIS. ¡Es singular! ¿no advertís
la tristeza pertináz
que se revela en la faz
de la princesa?

EINA. (*Con ironía.*) ¿Sentís
verla... de ese modo?

UIS. Creo
que algun pesar interior
la aflige... y de su dolor
saber la causa deseo.

EINA. Débil, no sabe ocultar
su inclinacion. La morada
solitaria y apartada
que nos haceis habitar,
engendra en su corazon
la triste melancolía. (*Pausa.*)

UIS. Raya, señora, en mania
vuestra incauta obstinacion...
Os cansa ver estos muros,
y de ellos salir quereis,
pretestando que teneis
precision de aires más puros.
Accedo á lo que pedís,
y cuando en Loches os alojo,
contestais... que vuestro antojo
era volver á París!
Pretension inesperada
que mucho me maravilla,
cuando sabeis que la Villa
hace tiempo está sitiada.

Si el ejército agresor
asaltase la muralla,
¿quereis vos de una batalla
esponeros al furor?
Evitarlo es mi deber,
y... á lo ménos por ahora...
de este castillo, señora,
que salgais no puede ser.

REINA. ¡Y he de verme siempre aquí.
encerrada, prisionera,
porque mi marido quiera
tenerme léjos de sí!
Injusticia tan odiosa
sufrir en calma no puedo.
¿Es, señor, que os causo miedo...
ó que odiais á vuestra esposa?

LUIS. ¡Señora!

REINA. Tengo razon
para hablaros de esta suerte.
¡Este castillo es un fuerte
que me sirve de prision!...

LUIS. Si para acatar mi ley
hoy vuestro orgullo ofendido
no da obediencia al marido...
¡os lo mando como rey!
¡Vuestra rebelde jactancia
ninguna razon apoya,
la duquesa de Saboya...
es mujer del rey de Francia!

REINA. ¡Es verdad!

LUIS. ¡Sin exhalar
reproche alguno su boca,
ante su señor... le toca
obedecer... y callar!
Ahora salios de aquí;
me estorba vuestra presencia.

REINA (Tranquila está mi conciencia...
¡Dios me la conserve así!) (*Váse.*)

ESCENA XII.

EL REY y á poco TRISTAN.

S. ¿Rebelion?.. poco á fé mia
me conoce esa mujer...
y es raro... ¿Se quiere ver
más sujeta todavía? (*Golpes en la puerta secreta.*)
Es Tristan. (*Observa la escena y abre á Tristan.*)
¿Cuándo has llegado?
STAN. Hace rato.
S. ¿Quién estaba
aquí cuando tú viniste?
STAN El Duque.
S. ¿Solo?
STAN. Sí.
S. Habla.
¿Qué nuevas hay?
STAN. Los liejeses,
llenos de impaciencia, aguardan
órden vuestra para dar
fin á la tregua.
S. Ni hay causa...
ni fuera cuerdo romper
las hostilidades.
STAN. Traman
apoderarse de Tongres
en la primera jornada.
S. Es que... Cárlos de Borgoña
manda las fuerzas contrarias,
y si se enoja... mi buen
pariente... temo que haga ..
una de las suyas.
STAN. Bien,
pero si antes... se le aplaca...
no hay que temerle.
S. ¿Y qué medio

se puede emplear? Cuando haya
alguno... yo no lo veo.

TRISTAN. Se busca...

LUIS. Cómo...

TRISTAN. Y se halla. (*Pausa.*)

LUIS. Esplícate, pero pronto...
y con claridad.

TRISTAN. ¿Lo manda...
mi rey?

LUIS. Sí. ¿Qué ocurre? ¡Vamos!

TRISTAN. Señor, la princesa Ana,
vuestra hija, está hace tiempo
locamente enamorada
de Cárlos el de Borgoña.

LUIS. ¡¡Qué dices!!

TRISTAN. ¡La verdad franca
como pedís!

LUIS. ¿Quién te ha dicho?...

TRISTAN. Ella misma, en esta sala,
hace media hora. Creyóse
tal vez... no ser escuchada..
y hablando con él á solas
me abrió sin pensarlo el alma.

LUIS. ¿Y... él?

TRISTAN. El la adora, hasta el punto
que ha jurado aquí en voz alta
que por llamarla su esposa,
diera su vida... su alma...
¡su corona!..

LUIS. *¡¡Su corona!!*..
Tal vez con esas palabras
pretende el vil seducir
á la princesa!..

TRISTAN. No; la ama
con un cariño inocente,
pero profundo; que data
de tres años á esta fecha.

LUIS. ¡Antes de que se casara!..

TRISTAN. Antes.

LUIS. ¡Ya! Pero tratábamos
de la guerra.

TRISTAN. Sí.

LUIS. Pensabas
que era prudente... seguir
otra vez esta campaña.

TRISTAN. Sí.

LUIS. Mandar á los de Lieja...

TRISTAN. Tropas capitaneadas
por el señor de Baujen...
jefe ilustre de la casa
de Borbon... ¡y yerno vuestro!

LUIS. ¡Ya!...

TRISTAN. Si en la accion empeñada
contra Borgoña... ¿quién sabe?
¡la suerte inconstante y vária
le destinaba... á morir
á los golpes de una lanza...
enemiga!..

LUIS. ¡Pues!

TRISTAN. Entonces...
libre la princesa...

LUIS. Falta
que si... *por casualidad*...
sucediese lo que acabas
de... vaticinar, me fuera
conveniente, á la demanda
acceder del de Borgoña.
Hacer entrar en mi casa...
en mi familia... á ese hombre
turbulento...

TRISTAN. No llegaba
mi intencion hasta ese estremo.
Con darles una esperanza...
él los medios buscaria
de terminar esta infausta
contienda... que tantos duelos

cuesta á las lises de Francia!..
y vuestra hija, ya libre
de un esposo... á quien no ama,
se vería más feliz
de lo que es hoy por desgracia.

LUIS. ¡Es verdad!

TRISTAN. ¡Era un bien grande
señor, para nuestra pátria...
y para vuestra familia!
(*El rey se encoge de hombros como dudoso.*
¡por ser tan útil la hazaña,
debe complacer á Dios!

LUIS. Lo meditaré... con calma.
¿No hay más nuevas?

TRISTAN. Ninguna más por ahora.

LUIS. ¡Bastantes son! El buen Cárlos
de Borgoña!.. ¡mi hija Ana!..
¡y él, que diera... su corona...
por ella!.. (*Seña de asentimiento de Tristan.*)
¡Necio!.. ¡quién lanza
promesa de tal especie...
sino un loco!

TRISTAN A tanto raya
su amor...

LUIS. El amor es tonto,
y en intrigas cortesanas
los tontos son escalones
por donde suben y bajan
los discretos.—¡Pobre Pedro
de Borbon! ¡Qué suerte infáusta
le espera... si se realiza
tu vaticinio!—¿Da lástima
verdad? ¡Un hombre valiente,
leal!..

TRISTAN. ¿Pero quién repara
en un hombre... cuando un pueblo
entero... muriendo salva?

LUIS. ¡Es verdad!—*Voy á rezar;*

la oracion da fuerza al alma
y refresca el pensamiento.
Espérame aquí, no salgas...
para nada... del castillo.

TRISTAN. Está bien.

(Dando un paso atras. El rey se dirije á la izquierda.)

LUIS. (Si no me engañan
mis cálculos... y Dios quiere
protejerme en la demanda,
antes de un mes, la Borgoña
pertenece al rey de Francia.)

(Entra en la capilla y baja el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Palacio de Perona. Sala del Consejo adornada para la ceremonia, escaños, un reclinatorio con un crucifijo grande y una imágen de San Ló.—Puerta al foro y á los lados en primer término.—Ventana en segundo término derecha.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

OLIVEROS, CAMPOBASSO, ENRIQUE, BORGOÑONES.

OLIVEROS. Quien manda, manda, señores.
Esta ley es enojosa
al que obedece por fuerza;
nunca al que mandar le toca.
CAMPOBASSO. Eso es verdad.
OLIVEROS. Por lo tanto,
venturoso del que logra,
habiendo nacido súbdito,
un puesto que le coloca
á la altura del que manda.
¿No es así?
(A Campobasso yéndose á pasear por la escena con él. Enrique y los Borgoñones quedan en el foro.)
CAMPOBASSO. Razon que os sobra
teneis; mas vuestra razon
es á veces peligrosa.
Pies de plomo son preciso
en ocasiones no pocas
para seguir sin tropiezos

por esa senda de gloria.
Cruzamos un tiempo, amigo,
en que al punto que zozobra
la nave de nuestra suerte,
queda convertida... en horca!

OLIVEROS. No; quien como yo confia
en su suerte protectora...

CAMPOBASSO. La suerte, como mujer,
es voluble.

OLIVEROS. Quien os oiga
espresaros de tal modo,
juzgará por vuestras propias
palabras, que fué Fortuna
con vos poco generosa.

CAMPOBASSO. No puedo de sus favores
quejarme; pero aunque pródiga
conmigo se haya mostrado,
debo sostener que es loca.
Nada como los combates
enseña al hombre la historia
de sus contínuos vaivenes,
sus desaires... y la poca
fé que se debe tener
en su rueda veleidosa.

OLIVEROS. Hasta ahí no llego. Jamás
conocí, si no teórica
mente, los lances de guerra.
El ingenio y la lisonja,
armas ciertas y terribles
en la diplomacia sorda,
me elevaron á este rango,
dejándome de la forma
que veis; hecho un caballero.

CAMPOBASSO. Mucho os distingue y os honra
esa cruz de San Miguel.

OLIVEROS. Por mi consejo creóla
el Rey. Era natural
que adornase mi persona.

CAMPOBASSO. ¿Por vuestro consejo?
OLIVEROS. Si!
Buscando andaba una cosa
con que dominar sin ruido
á... varias gentes indómitas.
Creó esta órden: en ella,
condicion obligatoria
hace que para su brillo,
quien se cruce reconozca
por absoluto señor
en palabras como en obras
á su jefe.... y ese jefe
es el Rey de Francia.
CAMPOBASSO. Ahora
comprendo......
OLIVEROS. Si comprendeis,
cerrad amigo la boca,
que esta razon es... como antes
me dijísteis, peligrosa.
CAMPOBASSO. Es verdad.
OLIVEROS. Y permitid
que vaya, si no os enoja,
al cuarto del Rey. Me espera,
y sabeis que le incomoda
esperar.
CAMPOBASSO. Ya no os detengo.
OLIVEROS. A Dios pues.
CAMPOBASSO. Id en buen hora.

ESCENA II.

DICHOS, menos OLIVEROS.

ENRIQUE. ¿Sois amigo suyo? *(Acercándose con los Borgoñones.)*
CAMPOBASSO. Soilo
de todo aquel que me otorga
su amistad.
ENRIQUE. Hay amistades,

Campobasso, que desdoran.

CAMPOBASSO. El que obra bien, solamente,
no compromete su honra.

ENRIQUE. Y decidme; ¿qué opinais
de la magnífica escolta
con que el señor Rey de Francia
se ha presentado en Perona?

CAMPOBASSO. Opino que á un Soberano
debe parecerle corta.

ENRIQUE. Recelos inspira el Rey;
siempre fué malo é hipócrita.

CAMPOBASSO. Os advierto que su estancia
es esa. Que no nos oiga.

ESCENA III.

DICHOS, COMINES, que ha oido los últimos versos.

COMINES. Prudente ha sido el consejo.
Observadlo, que os importa.
Y porque seguir podais
en esa murmuradora
plática que sosteníais,
id á otra estancia más propia
para hablar de estos asuntos,
donde las paredes sordas
no puedan llevar el eco
de vuestra voz á las otras.

CAMPOBASSO. Decis bien. Vamos de aquí.

COMINES. Sí, sí, marchad sin demora;
y cuidad de las palabras,
que á veces estan de sobra.

*(Los acompaña hasta la puerta y cuando está solo, vá á llama[r]
á la del Rey.)*

ESCENA IV.

COMINES, el REY, OLIVEROS.

COMINES. ¿Señor? *(Llamando.)*
LUIS. *(Saliendo.)* Comines. ¿Qué nuevas
me traes?
COMINES. Falta media hora
escasa para que vengan
al Consejo, y ya están prontas
á llegar las dignidades
que han de celebrarlo.
LUIS. Acorta
las razones. Todo eso
ya lo sabia.
COMINES. Aun ignora
vuestra Alteza, sin embargo,
la resolucion que toman
todos ellos, decididos
á no ceder ni una sola
de sus condiciones.
LUIS. ¡Ah!
Condiciones... onerosas
¿tal vez?
COMINES. ¡Tal vez!
LUIS. Si son tales
que el brillo de mi corona
pueden empañar...
COMINES. No tanto.
LUIS. Entonces... si no desdoran
mi dignidad... es muy fácil
concederlas. *(Con hipocresía.)*
COMINES. Hay entre otras
muchas, la de que jureis
por la cruz de la Victoria,
imponer á vuestros súbditos
obediencia á la persona

del Duque y á sus Estados.

LUIS. No hallo nada que se oponga.

COMINES. Que entre Cárlos de Guiena,
vuestro hermano y vos, se rompa
el tratado que le obliga
á entregaros como propias
las tierras y fortalezas
de Normandia.

LUIS. Si importa
tanto á su interés.... ¿Hay más?

COMINES. Que saqueis á vuestra esposa
del solitario castillo
donde há tanto tiempo mora,
y que habite junto á vos
en la córte; ó si os estorba
su presencia en vuestro reino,
la hagais volver á Saboya,
junto á su padre.

LUIS. Eso fuera
indisponerme con Roma.

COMINES. No os queda, pues, otro medio
que uniros con ella.

LUIS. Y osan
en asuntos de familia...

COMINES. La dignidad de Carlota,
reina de Francia, les mueve
á poner como forzosa
esta condicion.

LUIS. Veremos.

COMINES. Meditadlo bien. Heróica
decision necesitais,
pero ceder os importa.

LUIS. Mi consejo vá conmigo.
Por lo tanto son ociosas
esas palabras. Suprímelas.

COMINES. Si tampoco os acomodan,
las retiro... Ya os previne
y me voy.

UIS. Cuando dispongan
la Junta, pronto me tienen.
OMINES. Está bien.
UIS. Vete en buen hora.

ESCENA V.

El Rey, Oliveros.

UIS. Sigue.
LIVEROS. Hablé con Campobasso.
Es hombre de corazon,
pero de poca instruccion
y de ingénio muy escaso.
Le marqué indirectamente
las ventajas que obtendria
si con nosotros se unia...
y me escuchó indiferente.
UIS. ¿Con orgullo?
LIVEROS. Nó, señor:
pero sí con desenfado.
Aprecia, como soldado,
más que su vida, su honor.
A Cárlos pleito homenage
prestó para esta contienda,
y no es factible que venda
á quien juró vasallage.
UIS. ¡Bah! Si le ofreces más
de lo que tiene, sucumbe.
No hay lealtad que no derrumbe
una dádiva.
LIVEROS. Quizás.
UIS. Es así. Todo consiste
en ser el ofrecimiento
mayor: si queda contento
de la oferta, no resiste.
Vuelve á hablarle.
LIVEROS. Volveré.

Luis. Con resolucion entera;
y ofrécele... cuanto quiera.

Oliveros. ¿Cuanto quiera?

Luis. (*Encogiendo los hombros.*) Sí.

Oliveros. Lo haré.
Despues... cuando el dia llegue
de cumplir... será preciso
salir de este compromiso...

Luis. Lo que importa, es que se entregue.
Despues... ¡Dios dirá!

(*Echando una mirada al cinturon de Oliveros, y retirándose á ventana donde se asoma.*)

Oliveros. (*Sonriendo y acariciando el puñal.*) Eso es cierto,
Señor: de mi cuenta corre. (*Pausa.*)

Luis. ¿Qué torre es esa? (*Mirando al campo.*)

Oliveros. La torre
célebre donde Heriberto,
el Conde de Vermandois,
á Cárlos el Simple puso
prisionero.

Luis. Aunque confuso,
se distingue desde acá
el edificio sombrío.

Oliveros. Media bien poca distancia.

Luis. ¡Allí murió un rey de Francia!
¡Allí un ascendiente mio
perdió su vida y corona
por la traicion detestable
de un vasallo miserable!...
—¡Y está cerca de Perona (*Estremeciéndose.*)
esa fortaleza; ¡mira!...

Oliveros. Sí en verdad; corto es el trecho.

Luis. Cuando lo pienso... en el pecho
salta el corazon... ¡de ira!
¡Allí, en oscuro aposento,
el señor, el soberano...,
prisionero por la mano
de un vasallo turbulento!

—Vírgen de Ebrun poderosa
cuya memoria bendigo;
ayudadme, séd conmigo
en esta lucha enojosa.
—Me infunde cierto terror...
¡Cierta rábia! (*Fijando la vista en Oliveros que al oir la palabra terror le ha mirado con estrañeza.*)

OLIVEROS. Desechad...

LUIS. ¡Y hablabas de la lealtad
de un vasallo á su señor!...
¡La lealtad!... ¡Falta que exista
en el mundo! Mira... allí...
¡Si me sucediera á mí!...
Sí... Vámonos; esa vista
me descompone. (*Apartándose de la ventana.*)

UN PAGE. (*Anunciando.*) ¡El Consejo!

LUIS. ¡Al fin!—Dios mio, inspiradme
en mis dudas... ¡y ayudadme!—
—Ponte á mi lado. (*A Oliveros.*)

OLIVEROS. No os dejo.

ESCENA VI.

DICHOS, EL DUQUE CÁRLOS, CAMPOBASSO, HENRIQUE, dignatarios de Borgoña, Inglaterra y Bretaña; prelados, nobles y caballeros franceses. Pages en el fondo y escuderos.

CÁRLOS. ¡Salud, rey de Francia!

LUIS. Seais bien venidos,
los dignos prohombres de ajena nacion.

CARLOS. En junta solemne nos ves reunidos
tu gusto cumpliendo cual era razon.

LUIS. Hablad pues.

CARLOS. En nombre de Dios, de Inglaterra,
Bretaña y Borgoña, que envian á vos
las altas personas honor de su tierra,
mi voz os dirijo por ellas y nós.
Yo, Príncipe augusto; yo, grande entre grandes;

yo, Duque de Gueldres, Lorena, Limburgo,
Brabante y Borgoña; yo, Conde de Flandes;
Señor de la Frisia, de Artois y Luxemburgo;
me quejo en justicia de vos, Rey de Francia.
Los súbditos vuestros, cual gentes falaces,
sin fé, sin respetos, con torpe arrogancia,
asaltan mis tierras, quebrantan sus paces.

LUIS. No soy responsable. Por hechos ajenos
¿qué culpas, qué cargos me pueden hacer?

CÁRLOS. Si vos no lo hicísteis, debiérais al ménos
tratar de evitarlo: teneis el poder.

LUIS. Si es esa la causa que os tiene ofendido,
sereis satisfecho y el mal cesará.
Pero... y si el mandato no fuese cumplido,
¿será culpa mia?

CARLOS. Tal vez lo será.

LUIS. ¿Por qué?

CÁRLOS. Siempre fuísteis la causa indirecta
del daño que Francia buscó para mí.

LUIS. Medid vuestras frases.

CARLOS. Medida es bien recta
en nombre de todos hablaros así.
Si hallais que no es cierto, las obras lo digan:
poned á esos nobles por freno el rigor,
y al ver que sus hechos las leyes castigan,
caerá confundido su ciego rencor.

LUIS. Haré un escarmiento.

CARLOS. No basta, es preciso
que aquí y ante todos, si sois justo rey,
firmeis un tratado, formal compromiso,
que os haga forzoso cumplir con la ley.

LUIS. Con dar mi palabra teneis buen seguro.

CÁRLOS. Si habeis de cumplirla, ¿por qué resistis
firmar la promesa? ¡Pensad el apuro
en que hoy por mis tropas se encuentra París!

LUIS ¡No admito amenazas!

CÁRLOS. Ni yo transacciones.
Lo dicho está dicho. Pensadlo, señor,

que ántes que entremos en otras cuestiones,
fallar debeis esta, con todo rigor.

UIS. ¡Fallada, pues, quede!

ÁRLOS. ¡Dejad vuestra silla,
salid del recinto que cubre el dosel,
ante ese sagrado doblad la rodilla
y haced juramento la mano sobre él!

(Señalando el reclinatorio. El Rey se levanta y mira fijamente á los nobles que permanecen impasibles.)

UIS. ¿Quereislo así todos?

ODOS. *(Ménos los franceses.)* ¡Sí!

LIV. Y FRAN. ¡¡Nó!!

ARLOS. ¿Quién se opone?

LIVER·S. Quien sale en defensa de Luis de Valois.

ÁRLOS. ¡Sois Francia: la junta, silencio os impone!
(Oliveros fija la vista en el semblante del Rey.)

UIS. ¿No hay, pues, otro medio?

ÁRLOS. ¡Nó!

DOS. ¡Nó!

UIS. *(Despues de una pausa.)* ¡Bien está!

(Llega lentamente hasta el reclinatorio; se arrodilla y tiende la mano en accion de jurar. Todos se levantan. Solemnidad.)

ÁRLOS. Jurad en el nombre del Padre y el Hijo.
Jurad por la imágen clavada en la Cruz
de aquel que á los hombres muriendo bendijo
por dar á sus almas de amor santa luz,
que hareis desde ahora cumplir el tratado,
por todos los medios que pendan de vos.

UIS. ¡Lo juro!

ÁRLOS. Los cielos os han escuchado.
Cumplid... si faltárais castígueoslo Dios.

MINES. ¡Señor! *(Presentándose en el foro con un page.)*

RLOS. ¿Qué sucede?

MINES. Trayendo un mensaje
que á vos solamente se os puede entregar,
un noble guerrero seguido de un page,
hablaros demanda.

UIS. (¿Qué es esto?) *(Aparte.)*

CÁRLOS. (*Á Comines.*) Házle entrar.
COMINES. Suplica impaciente, porque un solo punto
perder no quisiera, vayais vos á él.
CÁRLOS. ¡Yo!...
COMINES. Y es, segun dicen, tan grave el asunto,
que no ha permitido bajar del corcel.
Herido en un hombro y en sangre manchado,
apenas os vea, de aquí vá á partir.
CÁRLOS. Señores; mensaje será delicado.
Si dais vuestra vénia, lo iré á recibir.
VARIOS Id pues.
CÁRLOS. Es forzoso. Guiadme. (*Al paje que ha sal*
con Comines. Vánse los dos por el foro.)
LUIS. (*Aparte.*) Si fuera...
Vé; indaga... (*Aparte á Oliveros: Comines obse*
este aparte del Rey.)
OLIVEROS. (En seguida.) (*Aparte al Rey.*)
LUIS. (*Para sí y con recelo.*) (¡Herido! Quizá
OLIVEROS. Seguidme, señores. Sepamos que altera
la junta solemne.
(*A los nobles.—Comines adivinando la intencion les dice señalan*
al foro.)
COMINES. Venid.
(*Salen todos por el foro detras de Comines, hablando entre sí. En la confusion se presenta Tristan en la puerta, entra en la esc sin ser notado, y queda á un lado del foro.*)
LUIS. (*Con ansiedad.*) (¿Qué será?...

ESCENA VII.

El REY, TRISTAN, en el foro.

LUIS. ¡Interrumpirnos así!...
¡Un mensaje!... y tanto afan...
Temo. .
TRISTAN. ¡Señor! (*bajando rápidamente.*)
LUIS. ¡Quien!! ¡Tristan!!!
¡Tan pronto!! ¿Qué pasa? ¡dí!
TRISTAN. Que ya estais obedecido.

UIS. Baujeu...

RISTAN. Se hallaba impaciente,
y reuniendo su gente
salió al campo.

UIS. ¡Me han perdido!

RISTAN. Yo lo traté de evitar,
diciendo á sus campeones
que nuevas disposiciones
era preciso esperar.
Mas vuestro yerno altanero
les habló de tales modos,
que sin atenderme, todos
desnudaron el acero.
Y á rienda suelta el corcel,
y al grito de... ¡Francia!... ¡Francia!...
salieron con arrogancia
como centellas tras él.
Les seguí; de allí á un momento
trabóse el combate rudo;
cada lanza, cada escudo
saltó en pedazos al viento.
Entre aquella confusion,
tendí la vista afanoso,
y ví á lo lejos airoso
flotando nuestro pendon.
Corrí hácia el sitio ligero,
blandiendo al aire la espada,
y halleme en lucha cerrada
á Baujeu con un guerrero.
Cayó el Borgoñon debajo,
Baujeu se irguió con fiereza...
pero al alzar la cabeza,
¡se la cercené de un tajo!

UIS. ¡Bien!... ¿Qué más?

RISTAN. El Borgoñon
se alzó con semblante fiero;
fué en busca de su escudero
y cabalgó en un bridon.

Tomó al escape la via
de Perona... ¡yo detrás!
Iba volando... ¡y yo más
por si alcanzarle podia!
Pero su alazan brioso,
menos rendido que el mio,
saltaba ardiente y bravío
del mismo viento celoso.
Llegamos aquí rendidos
el uno del otro en pos,
á un tiempo casi los dos,
como rayos desprendidos.
Muerta, al fin de su carrera,
cayó mi cabalgadura;
yo abandoné la montura
y aquí con planta ligera
me entré sin más detencion;
mientras los dos personajes
relataban á los pajes
el motivo de su accion.

LUIS. ¡Ira de Dios!... ¿Y á qué fué
romper con tal impaciencia?
¡Me ha perdido la imprudencia
de ese maldito Baujeu!

TRISTAN. ¡Cara la pagó no obstante!

LUIS. ¿Qué importa que la pagara,
si á mí me saldrá más cara?
¡Oh!... tal vez en este instante
sabe Cárlos el suceso
de la batalla, se enoja...
la gente que traigo es floja...
él puede más... ¡y estoy preso!

TRISTAN. ¡Aun no! Cuando hableis los dos,
advertidle que se engaña.

LUIS. ¡Cómo!

TRISTAN. Decid que esta hazaña
no la autorizábais vos.

LUIS. Eso no basta.

RISTAN. Conmigo
lo podeis atestiguar.
Yo puedo un lance contar
del que habré sido testigo.
Refiero de vuestro yerno
la muerte... y esto, señor,
calma todo su furor.

IS. No adviertes... ¡voto al infierno!...
—¡Jesús!—¿es inútil ya?
¿ese hombre que has perseguido
al anunciar lo ocurrido
la verdad le contará?

ISTAN. No, la lid fué de tal suerte,
que al morir el de Borbon,
su contrario el Borgoñon
no vió quien le daba muerte.

IS. ¡¡Dios nos ayude!!

ISTAN. ¡Alentad!

IS. Si sale bien nuestro intento,
me voy sin perder momento
de esta maldita ciudad.

ISTAN. Y puesto en salvo una vez
en Dios y mi alma lo juro;
caro pagará este apuro
el de Borgoña ¡pardiez! (*Con ira.*)

IS. ¿Le odias?

ISTAN. ¡Con rencor profundo!
¡más que vos mismo, señor!
Sí; le tengo tanto horror...
¡que no cabe ya en el mundo!

IS. ¿Por qué?

ISTAN. Es muy antiguo en mí;
lo sabreis más adelante.
Pensemos en este instante
solo en salvaros.

IS. Sí, sí...
¿quién entra? (*Volviéndose de pronto, con un grito de terror.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, OLIVEROS.

OLIVEROS. Soy yo.
LUIS. ¡Oliveros!
llega; ¿qué sabes? ¿qué has visto?
¡cuéntalo pronto!
OLIVEROS. ¡Por Cristo
que no sé qué responderos!
LUIS. Cárlos...
OLIVEROS. Abajo se halla.
El mensajero ha partido,
despues de haber referido
los lances de una batalla.
El duque, ciego de enojos
contra vos y Francia entera,
jura una venganza fiera
brotando llamas sus ojos.
LUIS. Pero... ¿qué ha sabido? ¿Qué?...
OLIVEROS. Lo que os he dicho y no más.
LUIS. ¿No le han hablado quizás
de la muerte de Baujeu?
OLIVEROS. No, señor.
LUIS. ¿Estás seguro?
OLIVEROS. Respondo de ello.
LUIS. ¡Ay! respira,
¡corazon!
OLIVEROS. Pero en su ira
feroz, algun mal auguró.
LUIS. Calla. (*Con aspereza: Oliveros se inclina y se unos cuantos pasos atrás. Tristan se adelanta el rey y le dice en voz baja:*)
TRISTAN. Ya lo veis: la suerte,
señor, aun no os abandona.
¡Recordad bien!... ¡Su corona
dijo con ánimo fuerte

que daria por su amor!
¡Su corona!

UIS. Sí; me acuerdo.

RISTAN. Y añadió: «¡por Ana, pierdo
contento vida y honor!»

UIS. Sí, sí.

RISTAN. Que guarde sigilo
á Oliveros encargad.

UIS. Basta.—Acércate. (*A Oliveros.*)

LIVEROS. Mandad.

UIS A tu discrecion, tranquilo
me entrego. Si de tu lábio,
sobre la muerte ocurrida
sale una frase, tu vida
me responde del agrávio.

LIVEROS. Perded cuidado; mi boca
será muda.

UIS. ¡Ni una frase!

LIVEROS. Aunque la piel me costase,
callaré como una roca.

UIS. Ya estás advertido. Anda
y cuidado... ó ¡ay de tí!

ESCENA IX.

ICHOS, COMINES y soldados, que se quedan en el foro á la parte de dentro.

UIS. ¿Quién?

LIVEROS. Comines.

UIS. ¡Vos aqui!

OMINES. El duque, señor, me manda
hablaros.

UIS. Y bien; ¿qué quiere
de mí?

OMINES. Para contestar,
á solas hemos de estar;
pues encargó que no hubiere
ninguno... (*Señalando á Tristan.*)

LUIS. ¿Y... esos?...
(*Reparando en los guardias que están en el foro.*)
COMINES. Están
guardando vuestra persona.
Sois prisionero en Perona.
LUIS. ¡¡Yo!!
TRISTAN. ¡Desacato! (*Poniendo mano á la espada.*)
LUIS. (*Conteniéndole.*) ¡Tristan!—
—¿Por qué? (*A Comines.*)
COMINES. No puedo, en presencia
de nadie, hablar.
LUIS. (*A Tristan.*) Sal de aquí.
COMINES. Y esperadme por ahí
que acabe la conferencia.
He de hablaros.
TRISTAN. (*Pausa.*) Cerca estoy.
(*Vánse Tristan y Oliveros por el foro.*

ESCENA X.

EL REY, COMINES, los guardias.

LUIS. ¿Qué es, en fin, lo que sucede
¿Cómo ¡á mí! prenderme puede...
aquel de quien dueño soy?
¿Qué desacato villano
es este que me rodea,
para que esclavo se vea
de *su siervo, un Soberano*?
¡Sin más consideracion,
esta hazaña... singular,
se puede calificar
con el nombre de traicion!
COMINES. Ni disculpo... ni condeno,
porque hacerlo no me toca:
solo sí puede mi boca
revelar á Luis Onceno
la causa de este mandato

que hoy á cumplir... se me obliga.

LUIS. Será más justo que diga
vuestro lábio... ¡desacato!

COMINES. En buen hora si quereis,
pero escuchadme un instante.
Teneis, oh señor, delante
un abismo que no veis.
Vuestros soldados liejeses,
en combate inesperado,
á los nuestros han causado
un cúmulo de reveses.
Gente atrevida ó bisoña
turbó sin razon la paz.
¡No saben de que es capaz
Cárlos duque de Borgoña!
El, os culpa á vos del hecho
con que ofenderle han osado,
y hasta mirarse vengado
no quedará satisfecho.

LUIS. ¡Vengarse... de mí!

COMINES. Eso intenta.
No le exaspereis por Dios:
si la justicia está en vos,
él la fuerza representa.
Y si no le demostrais
altivez, puede, señor,
que aplacando su furor,
de entre sus manos salgais
libre. (*Movimiento del Rey.*)
Sé cuanto os irrita
que os dé consejo ninguno;
mas esto es inoportuno
en quien hoy lo necesita.
—A solas con vos os dejo,
y junto á esa puerta están
Oliveros y Tristan.
¡Meditad bien un consejo!
(*Váse cerrando la puerta.*)

ESCENA XI.

EL REY, solo en la escena.

¡Consejos!... ¡Libertad! es lo que ahora
necesito no más; verme lejano
de estos sitios... ¡El aire que respiro
me ahoga! ¡me asesina!... ¡Cárlos!... ¡Cárlos!...
¡Yo en su poder!... ¿Y cómo de este trance
podré salir en bien? ¿Cómo me salvo?
¡Oh! ¡Virgen de Clery! ¡madre y señora!
perdona mis errores: ¡sé en mi amparo!
tú eres buena... ¡muy buena! ¡yo te imploro
por tu nombre divino que idolatro;
y pues todo lo puedes, dame un medio!
¡Cárlos me vá á juzgar! ¿Qué es lo que hago?
(*Pausa.*)—Implorar su piedad... ¡sería inútil!
—¡Ay! ¡mis fuerzas se agotan! un helado
sudor baña mi rostro:... necesito
respirar otro ambiente.
(*Vá á la ventana y abre.*)
¡Ah! ¡Cielo santo!

ESCENA XII.

EL REY y EL DUQUE.

CARLOS. Que ninguno penetre en esta Cámara.
LUIS. (*Aparte*) (¡El és! ¡Serenidad! ¡Es necesario!)
(*El Duque cierra la puerta del foro y queda unos momentos mira fijamente al Rey, que afronta su mirada con serenidad. Ensegu baja precipitadamente diciendo:*)
CARLOS. ¿Sabes bien lo que has hecho? ¿Lo recuerdas?
LUIS. Nada, de lo que juzgas en tu daño.
CARLOS. ¡Infame! (*Furioso lanzándose á él,*)
LUIS. ¡Cárlos!
(*Encojiéndose el rey. Pausa larga.*)

ARLOS. ¿Y osas todavía
arrostrar mis miradas, desgraciado?
¿No me conoces bien?
UIS. ¡Fuerzas me presta
la inocencia; por eso aquí levanto
mi frente altiva!
ÁRLOS. Ya esperaba, inícuo,
esa disculpa torpe de tus lábios.
Pero en vano desmientes lo que has hecho.
Esta hazaña postrera, marca el plazo
de tus alevosías. ¡Luis de Francia,
vas á morir, y por mi propia mano!
UIS. ¡Piedad!
ÁRLOS. Reza y disponte. Llegó el dia
en que yo libre al mundo de un tirano.
UIS. ¡Compasion! (*Arrodillándose.*)
ÁRLOS. ¡Nunca! Reza... ó por mi madre,
que sin conciencia, ni oracion te mato!
UIS. ¡Qué vas á hacer, oh Cárlos! ¡En tus iras
no adviertes de ese crímen los estragos!
¡Soy padre!... y si me matas... ¡á mis hijos...
envuelves en el duelo y el quebranto!
ÁRLOS. ¡¡Ana!! (*Aparte y deteniéndose.*)
UIS. ¡Por ellos tu rigor modera!
No quieras que el acento despiadado...
¡de mis hijas!... contínuo te persiga,
sobre tu frente con horror lanzando
su impía maldicion... que á Dios irrite,
y... ¡sobre ellas!... ¡la suya arroje airado!
ARLOS. ¡Es verdad! ¡Es verdad! (*Retirándose hácia atrás.*)
UIS. ¡Cede! (*Aparte.*)
(*En este momento deja caer los brazos Cárlos, completamente abatido. El Rey se hiergue sonriendo.*)
¡¡Ya es mio!!
ARLOS. ¡Un ángel salvador vino en tu amparo!
Si nó... tu vida miserable y torpe
¡se hubiera roto al golpe de mi brazo!
¡Te perdono... mas eres mi cautivo!

LUIS. ¿Y si te pruebo con patentes datos
que estoy libre de culpa?

CARLOS. Y si es mentira,
¿cómo lo probarás?

LUIS. En el cercano
aposento se encuentra mi preboste.

CARLOS. ¿Tristan?

LUIS. Tristan, que el lance ha presenciado
y vino tras el otro mensajero
para enterarme á mí. Puedes llamarlo.

CARLOS. Temblad los dos si alucinarme intentas.
¿Tristan?

TRISTAN. ¿Llamais, señor? (*Presentándose en el foro.*)

CÁRLOS. (*A los guardias.*) Abridle paso.

ESCENA XIII.

DICHOS, TRISTAN. Los guardias en el foro.

CÁRLOS. ¡Entra!

TRISTAN. (*Bajando.*) ¿Qué me quereis?

CÁRLOS. De tus palabras
depende aquí la salvacion de entrambos.
¿Vienes de Lieja?

TRISTAN. Sí.

CARLOS. ¿Qué ha sucedido?
¿Por qué rompen la tregua sus soldados?
¿Quién despertó su enojo?

TRISTAN. La impaciencia
de salir á lidiar; su ardor fanático.

CARLOS. ¿Sin órden superior y en paz conmigo?

TRISTAN. Sí.

CARLOS. No es posible.

TRISTAN. Fuelo sin embargo.

CARLOS. ¿Tú me respondes de ello?

TRISTAN. Con mi vida...

LUIS. ¿Lo ves?

CARLOS. Aun nó. Refiéreme al contado

los pormenores del suceso.

RISTAN. ¡Triste
fué el suceso en verdad! ¡Ardiente el ánimo
de aquellos imprudentes capitanes,
hartos ya de la tregua y el descanso,
salieron á la lid. Los de Borgoña
se sorprendieron del violento asalto;
mas vueltos en su acuerdo, á la defensa
sus afiladas armas aprestaron.
¡El señor de Baujeu... murió en la lucha!

JIS Y CARLOS. ¡¡Baujeu!! *(Con sorpresa.)*

RISTAN. A mi vista: combatiendo bravo
con los vuestros. El golpe de una espada
partió su yelmo y penetró en el cráneo
del caballero, que cayó sin vida
desde el corcel al suelo, desplomado.

ARLOS. *(Con un grito del alma.)*
¡Ay! ¡Que del Cielo las doradas puertas
miró abrirse, de gozo enagenado!...
Que una aurora de paz y de alegría
rompe las nieblas del oscuro caos
en que vagaba mi alma sin ventura...
¡que ya vivo!... ¡ya aliento!

UIS. (*Observándole y aparte.*) ¡Me he salvado!

ARLOS. (*Con resolucion, dirigiéndose al Rey.*)
Tu inocencia se encuentra bien probada.

UIS. ¿Soy libre pues?

ARLOS. Espera. El areópago
de nobles que Bretaña é Inglaterra
para deliberar nos enviaron,
es preciso que escuche tus disculpas.
Si juras por la cruz de Carlo Magno,
ante ellos reunidos en consejo,
venir conmigo á Lieja, y tremolando
la enseña de Borgoña en la pelea
combatir por mi causa: si el tratado
de paz firmas al punto, serás libre;
si nó... que ellos te juzguen, y yo parto.

Elige.

LUIS. Firmaré.

CÁRLOS. ¡Gracias al Cielo!
Señores, acudid. A todos llamo.

ESCENA XIV.

DICHOS, COMINES, OLIVEROS, CAMPOBASSO, ENRIQUE, guardias escoce del Rey, soldados de Borgoña y todos los nobles del Consejo. Cuadro.

CARLOS. El digno rey de Francia Luis Onceno,
para mostrar á vos los dignatarios
de Europa, su inocencía en la alevosa
traicion que contra mí se ha conjurado,
quiere firmar el pliego que presenta
á la asamblea. (*Rumor general.*)
Aun hay más: quiere probarnos
su adhesion desde ahora. Con los suyos
parte á Lieja en seguida, y yo á su lado,
para imponer castigo á los rebeldes
que sus órdenes justas no acataron.
Por eso aquí os convoca la voz mia.
¿Aprobais su conducta?

LOS NOBLES. (*Con solemnidad.*) ¡¡La aprobamos!!

CARLOS. Venga el pliego.

(*Un page se adelanta trayendo el pliego en una bandeja.*)

LUIS. (*Levantándose.*) ¡Así sea!

CARLOS. ¡Y el tiempo no perdam
—¡Borgoñones! ¡El génio de la guerra
vuelve á blandir sus destructores rayos;
al aire los aceros vengadores,
á Francia den admiracion y pasmo!
¡Se insulta á nuestros pueblos; los liejeses
de la jurada paz haciendo escarnio,
han vertido la sangre de Borgoña
sin piedad como tigres inhumanos;
han arrojado al aire con desprecio
nuestro altivo pendon, roto en pedazos!...

¡Venganza!... ¡En el revuelto torbellino
de la pelea, el escuadron contrario
caiga sin vida sobre el súcio polvo,
hunda su frente con terrible espanto!
La atronadora voz de las batallas,
el choque de las armas en los cascos,
los rugidos de cólera, los ayes
y el fuerte relinchar de los caballos,
arrastre el aire en remolino inmenso;
vuele del mundo á los confines anchos...
y repita de nuevo en sus oidos
¡cómo se venga el borgoñon bizarro!

UIS. Con él nosotros, en sangrienta lucha,
por nuestro honor purísimo volvamos.
¡Hijos invictos de la heróica Francia!
(*Con intencion mirando á Cárlos de reojo.*)
¡á la lid!

LIV. TRIST. Y ESCO. ¡A la lid!

(*Los soldados franceses y borgoñones desnudan el acero.*)

UIS. (*Con ironía*). ¡A combatir por Cárlos!

'ojiéndose del brazo de Cárlos. Los dos se dirijen al foro seguidos de Tristan y Oliveros.—Telon rapidísimo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala en el Palacio, en París.

ESCENA PRIMERA.

La Reina en el sillon, Cotier á su lado de pié. Es de dia.

Cottier. ¿Qué sentís?
Reina. Melancolia.
Una profunda tristeza
que se aumenta cada dia:
muchas veces desvaría
mi vacilante cabeza.
Cottier. Observo en vuestra mirada
más tranquilidad: el pulso
pierde su fuerza agitada
y late menos convulso,
que hace dias. No hallo nada
que nos pudiera alarmar.
Reina. ¡Sí, mi fuerza se aniquila!
Pero me siento aliviar
de mis tormentos al par;
estoy mucho más tranquila.
Cottier. Ese cambio lisonjero
me satisface.
Reina. No en vano
tu afecto noble y sincero
me sirvió de consejero.

Todo lo debo á tu mano
generosa.

COTTIER. Yo he cumplido
con mi deber de conciencia.
Feliz yo si he conseguido
que vuestra fatal dolencia
por mi causa haya cedido.

REINA. No lo dudes. Por mi bien
me confié á tu hidalguía;
fuiste mi único sosten,
y al par que el cuerpo, tambien
has curado el alma mia.
Ya el ánimo satisfecho
tranquilamente reposa:
duerme callado en mi pecho
aquel amor, ya deshecho
por la madre y por la esposa.
Hoy Cárlos no es para mí
más que un hijo. Sin recelo
su vuelta al castillo ví;
y desde que habita aquí
¡siento en el alma un consuelo!...
Sin embargo, alguna vez,
cuando le tengo delante,
se despierta en mí la amante,
y una mortal palidez
cubre todo mi semblante.
Pero al fijar mi razon
en la vehemente pasion
que mi Ana en él ha encontrado,
vuelve á latir sosegado
de nuevo mi corazon.
Sí; la victoria es segura,
¡no lo dudes! ¡Es locura
creer que de mi hija fuera
¡yo rival! ¡Y qué ventura
dá pensar de esta manera!

COTTIER. Dios los haga más dichosos
que hasta aquí fueron los dos.

REINA. Ruégale tambien á Dios
que al hacerlos venturosos
no me olvide.

COTTIER. Tambien vos
lo sereis. Viendo el contento
en sus ojos retratado,
con un mismo pensamiento
gozareis.

REINA. Dios sea loado...
y no desoiga tu acento.

ESCENA II.

DICHOS, ANA y EL DELFIN.

ANA. ¿Madre?

REINA. (*Besándola.*) ¡Hija mia!

DELFIN. ¿Señora?

ANA. ¿Cómo está el Rey?

COTTIER. Su salud,
aunque débil, no empeora.

DELFIN. ¿Y el peligro?

COTTIER. Por ahora
cesó.

DELFIN. ¡Con cuánta inquietud
nos ha tenido Cottier!

COTTIER. Desechadla, no hay temor.

ANA. ¿Pero el desmayo, qué fué?

COTTIER. En suma nada: el vapor
de la comida. Le hallé
cuando el banquete acababa,
perdiendo casi el sentido;
pero á tiempo socorrido,
volvió en sí.

DELFIN. ¡Qué malo estaba!
Yo quedé sobrecojido
de espanto, al verle caer.

COTTIER. ¿Y sus encargos?

DELFIN. Ya están

todos. Al amanecer,
Oliveros y Tristan
salieron á recorrer
los contornos, de órden mia,
volviendo inmediatamente:
de modo que al medio dia
tendremos aquí la gente
de toda la cercanía.
Tambien al salir la aurora
envié á Pedro Bordey,
Prior de Nuestra Señora
de Sales, carta del Rey,
al convento donde mora;
para que haga una oracion
á la Vírgen, por su vida,
y otra peregrinacion.
Tambien ha sido pedida
en Reims, para la uncion,
la Santa Ampolla.

OTTIER. No puede
ungirse sin la licencia
del Papa.

ELFIN. Pero la Sede
le ruega con impaciencia.
¡Verás cómo la concede!

OTTIER. No lo dudo.

ELFIN. ¿Qué hace ahora?
¿Há mucho que no le vés?

OTTIER. Muy poco más de una hora.

ELFIN. ¡La impaciencia me devora!
—Vé á ver cómo está.

OTTIER. Despues.

ELFIN. Nó, yo te lo ruego; anda.
Suplicadle vos conmigo. *(A la Reina.)*

OTTIER. Y si se enoja, ¿qué digo?

ELFIN. ¡Dile... que su hijo te manda,
por no poder ir contigo! *(Aflijido.)*
¿Vacilas? ¡Eres cruel!...
¡Y tanto cómo te quiero!

¿Tienes el alma de hiel?
Madre mia, id vos con él:
de vuestro influjo lo espero
todo.

REINA. Preciso será
complacerle. (*A Cottier levantándose*.)

COTTIER. Vamos.

DELFIN. ¡Viva!
¡si tú eres muy bueno!

COTTIER. ¡Yá!

DELFIN. De aquí á un rato, iré yo allá:
¡procura que me reciba!
(Vánse la Reina y Cottier.)

ESCENA III.

ANA, EL DELFIN.

DELFIN. ¿Nó te alegra, como á mí,
saber que hoy ha mejorado?

ANA. ¿Pues nó he de alegrarme? ¡Sí!

DELFIN. Parece que estás... así,
sobresaltada.

ANA. El cuidado
natural que nos inspira...

DELFIN. ¡Vamos! ¡Sé franca!

ANA. ¿Tal vez
presumes que esto es mentira?

DELFIN. ¿Tu amor filial? ¡Nó, pardiez!
Pero, hermana, si se mira
con alguna detencion
tu semblante angelical,
dice que hay otra afeccion,
á más de ese amor filial,
oculta en tu corazon.

ANA. ¿Cuál otra puede caber
hoy en mí?

DELFIN. No es, á mi ver,
lo que pasa, inconveniente.

Pero sé que una mujer...
jamás habla francamente.

NA. ¡Oiga! ¿Quién te lo enseñó?

ELFIN Tú misma.

NA. No lo recuerdo.

ELFIN. ¿Te has figurado que yo
soy tan niño... ó soy tan lerdo,
que miro sin ver? ¡Pues nó!

NA. ¿Y qué has visto?

ELFIN. Que le quieres.

NA. ¿A quién?

ELFIN. Al Duque.

NA. ¡Deliras!

ELFIN. ¿Niegas?

NA. ¡Y tanto!

ELFIN. Al fin eres
mujer. Por algo, ser es
femenino las mentiras.

A. Hombre hizo al engaño; y veo
que te engañas.

LFIN. Puede ser.
Pero como no lo creo,
formulemos un torneo
entre el hombre y la mujer.

A. ¿Para qué? (*Esquivándose.*)

LFIN. Para obligarte
á que me hables sin reparo...
no pretendas excusarte,
que hé resuelto no dejarte
hasta ver el lance claro.

A. Y bien; si eso que imaginas
fuese cierto, ¿qué de estraño
tendria?

LFIN. ¿Te determinas
á hablar? ¡Luego no me engaño!

A. Quiero saber si acriminas
en mí, tan sencilla accion.

FIN. ¿Acriminar? ¡qué bobada!
ni para hacerlo hay razon...

ni es justo que en su alborada
no irradie tu corazon.
Déjale latir ardiente
con el fuego juvenil,
y de tu lábio riente
lleve el perfumado ambiente
su aroma en suspiros mil.
¡Amar! ¡Nada hay más bueno!
Que es la vida sin amor,
fuente sin agua y con cieno;
flor sin frutos y mar lleno
del huracan destructor.

ANA. ¡Bien lo esplicas!

DELFIN. Bien demuestra
tu mirada celestial
que es vida del alma nuestra;
¿y con tan sábia maestra
pudiera esplicarlo mal?
Además, bien lo merece
quien supo lograr tu afecto,
y esa eleccion te enaltece.
Jóven, gentil, bravo y recto,
digno de todo parece.
Héroe ayer, hoy desgraciado
por la fortuna traidora,
y en las lides esforzado
sobre sus laureles llora
su gloria el simpar soldado.
Y antes que en amargo duelo
mire su ilusion marchita
y llegue á dudar del cielo,
déle tu amor un consuelo...
y la fé que necesita.
¿Qué accion más digna?

ANA. ¡Es verdad!
Tu cariño la sanciona
y es mi mayor vanidad.
¡Perdona, hermano, perdona,
si no hablé con claridad!

DELFIN. Tu falta de confianza
me pudo tener quejoso;
mas la disculpa te alcanza,
pues tu afecto cariñoso
viene á inclinar la balanza.
Ahora, voy al aposento
de nuestro padre un momento.
Si quieres que aquí te envie
á tu amador... ¡Se sonrie! (*Aparte.*)
¡Vendrá... y verás qué contento!

ANA. No seas loco.

DELFIN. Sí prefieres
que nada le diga...

ANA. Yo...

DELFIN. ¡Tú, sí! Con que... ¿vamos, quieres?
Cuando callan las mujeres,
nunca responden que nó. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ANA.

Tiene razon: es en vano
que oculte mi sentimiento,
hoy que libre como el viento
logra el corazon ufano
sentir sin remordimiento.
Hoy que mecida al arrullo
de esperanza lisonjera,
me adormezco en su murmullo;
porque puedo con orgullo
alzar mi frente altanera.
Luché, vencí; en galardon
Dios quiso darme esta palma
como premio y bendicion:
¡muéstrate cual eres, alma!
¡late feliz, corazon!

ESCENA V.

ANA, TRISTAN.

TRISTAN. ¡Ella! Llegó el instante de hablar claro.
Cárlos hoy de su fama desmerece,
y aquel brillante y luminoso faro
á la luz de mi estrella palidece.
¡Hoy sus glorias al lado de las mias
son pequeñas, y el aire del olvido
las vá dejando pálidas y frias!
No hay mejor ocasion... y me decido.
—¿Princesa? (*Bajando al proscenio.*)

ANA. ¿Quién? Tristan.

TRISTAN. ¡Humilde esclavo
que admira en vos la bondad y la belleza
con que el cielo os dotó: yo así le alabo
adorando en sus hechos su grandeza!

ANA. ¡Lisonjero venís!

TRISTAN. Corto tributo,
para el que mereceis fué sin embargo.

ANA. Mirad que visto luto.

TRISTAN. Disculpa tengo que rechace el cargo
severo, que me haceis.

ANA. (*Sin acritud.*) No os he pedido
disculpas.

TRISTAN. Pero dároslas me toca:
si pequé de importuno ó atrevido,
debe la falta disculpar mi boca.

ANA. Años há que no os miro tan galante,
Tristan: ¿qué cambio es este tan estraño?

TRISTAN. ¡Si algun cambio hay en mí, no es de este instante!
¡lo callo por mi mal, hace ya un año!

ANA. Si es un secreto...

TRISTAN. Para vos lo ha sido...
porque mirais con harta indiferencia
á quien callando os adoró rendido;
¡á quien sin vos desprecia la existencia!

ANA. (*Admirada.*) ¡Tristan! (*Con acritud.*)
TRISTAN. ¡Si os ofendí... perdon, señora!
ANA. ¡No os juzgaba con tal atrevimiento!
TRISTAN. ¿De atrevido culpais al que os adora?
¿Pues nó es acaso libre el pensamiento?
ANA. Debiérais más respetos á la viuda
de Pedro de Borbon: á la Princesa,
hija de vuestro Rey; y guardar muda
la importuna pasion... que tanto os pesa.
(*El Duque aparece en el foro.*)
TRISTAN. Nunca falté al respeto ni al decoro
que le debe á una dama el caballero.
Al deciros: «Princesa, yo os adoro»...
ni á vos, ni al mismo Rey, ¿qué agravio infiero?

ESCENA VI.

DICHOS, EL DUQUE.

CÁRLOS. Comprenderlo debiste, y no imprudente
llegar con osadía manifiesta
á quien tan alto junto á tí se ostente.
TRISTAN. ¿Quién os pide, señor, una respuesta?
CÁRLOS. ¿Qué dices, desgraciado? (*Con viveza.*)
ANA. ¡Cárlos, tente!
TRISTAN. Que aquí, Duque, no estamos en Perona;
y donde Luis Onceno es soberano
es mayor que la vuestra, mi persona.
Reponed ese orgullo que ya es vano.
CÁRLOS. ¡Infeliz! (*Poniendo mano á la espada.*)
ANA. Basta ya.
TRISTAN. ¡Podeis de osada
mi conducta tachar! Yo en su presencia,
nunca altanero requerí la espada.
CÁRLOS. Por eso... no castigo tu insolencia
TRISTAN. ¡Si tanto afán teneis de dar castigo
á quien porque no os teme no se humilla,
lejos de este lugar, solo conmigo,
buscadme... y lavareis vuestra mancilla!

CARLOS. ¡Sin tardanza!

ANA. (*Conteniéndolos.*) ¡Tristan! Si Luis Onceno,
que es aquí vuestro Rey, no está presente,
yo en su nombre os ordeno
que dobleis ante mí, la altiva frente.
—Perdono el desacato
con que osásteis en mí poner los ojos;
pero cumplid callando mi mandato,
ó temed de mi padre los enojos.

TRISTAN. ¡Ay! si supiera el Rey que en una estancia
de Amboise, hace ya un año,
en vida de su esposo, Ana de Francia
oyó frases de amor... y de constancia...
sin esquivarlas con semblante uraño!

LOS DOS. ¿Qué dice?

TRISTAN. ¡Ay del culpable
que oyendo sólo á su pasion impura,
atentó á vuestro honor!

ANA. ¡Dios...

CÁRLOS ¡Miserable!...

TRISTAN. ¡Calmad ese furor! Fuera locura
exponerse con él á que mi lábio
por vengar el ultraje recibido...
diera cuenta al monarca de este agravio.

CÁRLOS. ¡Tristan!... ¡Tristan!... (*Reconcentrado.*)

ANA. ¡Este hombre me ha perdido!

TRISTAN. Nada temais: ninguno este secreto
sabe... si nó la reina... ¡vuestra madre!
Ella no ha de decirlo, y yo os prometo
callarlo... sobre todo, á vuestro padre.
¡Os amo!... y el amor me hará discreto.

CÁRLOS. ¡Sella la boca de una vez, infame,
ó tiembla al agotar toda mi calma
que mi cólera fuera se derrame...
y te arranque el secreto con el alma!

TRISTAN. Accion... digna de un alma generosa...
¡como la vuestra!

CÁRLOS. ¡¡Basta!!

TRISTAN. (*A Ana.*) ¡Ese es el hombre

que vos amais! ¡que tal cariño os debe!...
Pero juro á mi nombre
que si á ultrajarme nada más se atreve,
doy parte al Rey de lo que está pasando;
y Cárlos... y la Reina... y vos, señora,
¡su furia sentireis!... Idlo pensando,
que yo os dejo tranquilos por ahora. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ANA Y CÁRLOS.

NA. ¡¡Oiste!!
ÁRLOS. ¡Si!... ¡y me admiro
de mi espantosa calma!
¿Qué fuerza oculta en mí cuando te miro,
con férreos lazos me sujeta el alma?
¿No soy aquel que un dia
causando al orbe admiracion y espanto,
con fiera é indomable valentía
hizo de su furor alarde tanto?
¡Ah! ¡no! ¡si el mismo fuera,
ese inmundo reptil que se levanta
con audacia altanera,
un solo golpe de mi mano hundiera
deteniendo el aliento en su garganta!
IA. Mi amor aliviará tu desventura;
mi amor... ¡más grande que la misma gloria!
RLOS. ¡Oh dulce criatura!
¡cuánto á ese amor le debo!
¡Mil veces ya perdido en la pelea
sin esperanza ya de la victoria,
alzábase de nuevo
la idea de tu amor en mi memoria...
y con doble rigor y bizarría,
rayos lanzando mi tajante espada,
otra vez valeroso combatía
sin desmayar un punto en la jornada!
Mil veces ciego en el combate rudo,

cuando á morir lancéme temerario...
¡tu dulce imágen me sirvió de escudo
contra el acero del feroz contrario!

ANA. Sí; ¡y hoy que te abandona la fortuna,
será mi amor más grande y más vehemente!
Lejos de tí la pena que importuna.
¡Torne la dicha á iluminar tu frente!
¡Cuanto en gloria te falte, asi otro tanto
crecerá mi cariño en recompensa,
eclipsando esta dicha con su encanto
la gloria de los ángeles inmensa!

ESCENA VIII.

DICHOS, EL REY.

(*Ha aparecido ocho versos antes con Tristan en la puerta del for este último le ha señalado á Cárlos y á la Princesa y se ha vuel á retirar. El Rey baja lentamente hasta colocarse entre los d y dice:*)

LUIS. Pláceme á la verdad tanto cariño.
(*Profunda ironía.*)

ANA. ¡Cielos! (*Con sorpresa.*)

CÁRLOS. ¡Señor!...

LUIS. Al fin, es mi pariente:
nada más natural que vuestro pecho
le tribute el afecto consiguiente
que la sangre reclama con derecho.
Pero he de hablarle á solas de un asunto
de Estado, y os suplico
que nos dejeis un punto.

ANA. Yo...

LUIS. ¡Silencio! Marchaos. (*Con aspereza.*)

ANA. No replico.
(*Aparte.*) Mas de mi madre implorare la ayuda,
que nada temo si su amor me escuda. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL REY, EL DUQUE y TRISTAN que vuelve á aparecer en el foro.

UIS. Con que... ¡os amais!
(*Yendo á sentarse junto á la mesa.*)
ÁRLOS. ¡Con cariño
que raya en idolatria!
UIS. ¡Y tú!... ¿Cárlos de Borgoña,
puedes amar á una hija
del Rey de Francia?
ARLOS. ¿Qué causa
puede haber que tal impida?
UIS. ¡Tienes muy mala memoria!
Mas, por fortuna, la mia
es mejor. ¿Y há mucho tiempo
que os amais? (*Con sarcasmo.*)
RLOS. (*Despues de vacilar un rato.*) ¡Mucho!
UIS. ¿Quién iba
á sospechar?... ¿Sobre cuánto?
RLOS. Señor...
UIS. Quiero que me digas
la verdad. (*Con dulzura.*)
RLOS. Nunca mi lábio
pudo con una mentira.
Años hace que yo la amo
y es mi fé correspondida:
¡años hace que en el alma
guardo su imágen divina!
IS. ¡Infelices! ¡Ella es viuda
há un año no más! En vida
de su marido...
RLOS. ¿Qué importa,
si ella en nada le ofendía;
si como un ángel, estaba
de todo pecado límpia?
IS. No esperaba yo otra cosa
de la que llamo hija mía.

Pero si la amabas tanto,
con ese fuego que pintas,
si ella pagaba tu afecto
con una pasion tan viva,
¿cómo esplicas tu conducta
pasada? ¿cómo la esplicas? *(Con avidez.)*

CÁRLOS. Nada en mi conducta existe
que esta pasion contradiga.
La llama de amor ardiente
dentro del pecho encendida,
me abrasaba las entrañas
con su fuego. ¡Siempre fija
la idea en mi pensamiento
de que en el mundo existia
un hombre que disfrutaba
las seductoras caricias
de aquella dama!... ¡Tortura
que las del infierno envidian!
Loco de dolor y celos,
queriendo en vano esa espina
arrancar del corazon,
cuyo martirio crecia
cada vez más... me lancé,
como la pantera herida,
contra ese mundo, implacable,
ansiando saciar mis iras.

LUIS. Y por eso... á mí .. en Perona...
¿no lo recuerdas? ¡Un dia,
con furor desenfrenado
levantaste la cuchilla
sobre mi frente, resuelto
á dar por tu mano misma
fin á mi existencia!

CÁRLOS. *(Estremeciéndose)* ¡Cielos!

LUIS. Y en vano con voz sumisa
te demandaba piedad...
«¡Reza pronto! repetias,
»¡ó sin oracion te mato!...»
¡Cárlos! ¿tan pronto lo olvidas?

CÁRLOS. *(Levantándose de repente.)*
¿Eres hiena ó eres hombre?
LUIS. Soy un Rey... cuya justicia
por miserables rebeldes
se vió un tiempo escarnecida,
y hoy se levanta de nuevo
castigando su osadía.
CÁRLOS. No, no, Rey; eres un tigre...
ó una ponzoñosa víbora.
LUIS. Y qué más puede pedir
quien altanero la pisa,
si al verse libre del yugo
la desprecia... y se retira
sin clavarle su aguijon.
Si tu vives todavía...
y en mi poder... y mi mano
tus maldades no castiga...
¿qué más quieres?
CARLOS. *(Ciego de furor.)* ¡Basta... basta...
ó del furor que respira
mi corazon, no respondo!...
LUIS. *(Intimidado por el gesto de Cárlos.)*
¡Tristan! ¡aquí! *(Tristan baja á colocarse delante del Rey. Al verle Cárlos dá un grito desentonado echando mano á la espada: Tristan hace lo mismo preparándose á la defensa: el Rey se oculta con la espalda de Tristan quedando encogido enteramente. Pausa.)*
CARLOS. ¡Oh!...—¡Maldecida
la primera luz que ví! *(El «¡oh!» lanzándose á Tristan: lo demás despues de una pausa y bajando al proscenio desesperado.—El Rey saca la cabeza por detrás de Tristan mirando á Cárlos con recelo.*
LUIS. ¡Sufre... como yo sufria;
que ya es hora de que purgues
tus falsedades inícuas!
Y entiende bien que los Reyes,
sobre la tierra que habitas,
son imágenes de aquel

que nos rije desde arriba;
y el que sus leyes no acata
ni en su presencia se inclina...
lleva el eterno anatema
sobre su frente maldita! (*Asiéndose fuertemente de brazo de Tristan y marchándose los dos rápidamente por el foro, sin apartar el Rey la mirada d Cárlos, hasta que desaparece.)*

ESCENA X.

EL DUQUE; á poco LA REINA y ANA.

¿Qué me resta? ¡Mi corona
ducal... cubierta de espinas!
¡mi gloria... que vá extinguiendo
el aire de la desdicha:
un amor... desesperado,
una esperanza... marchita,
y el porvenir... que tan sólo
crudos martirios me brinda!
Muramos pues... y en la muerte
busquemos la paz precisa. (*Al dirigirse desesperad hácia el foro se presentan la Reina y Ana. Cárlo se detiene de pronto mirando fijamente á esta última.*)

ANA. ¿Cárlos?
CARLOS. ¡Ella!
REINA. ¿Qué os ha dicho
mi esposo?
ANA. ¿Por qué me miras
así? ¿Qué tienes?
CARLOS. (*Rompiendo en sollozos.*) ¡Ay, Ana!
¡Que el alma se me hace trizas!
¡Que estoy sufriendo un tormento,
sin fuerzas que lo resistan!
REINA. ¿El Rey se ha negado?
CARLOS. A todo.
ANA. ¡Dios santo!...
CARLOS. Su alma mezquina

aun conserva los rencores
que un tiempo nos desunian.
¡Ha jurado que jamás
mi pasion veré cumplida:
me ha lanzado cien insultos
sangrientos, que mis megillas,
de furor y de vergüenza
han teñido en rojas tintas!
¡Y yo escuché sus palabras
con calma... y de mis pupilas
no salió un rayo encendido
que le trocára en cenizas!
Ese Tristan...

LAS DOS. ¡Tristan!

CARLOS. Sí.
El es, no más quien le incita
á esta accion. ¡Oh!... Dios le guarde...

REINA. Ya sé por Ana su indigna
conducta, su atrevimiento:
¡Ese verdugo, mancilla
de la humanidad, osar
con tan torpe altanería
poner los ojos en ella!

ESCENA XI.

DICHOS: COTTIER que ha salido momentos ante

COTTIER. ¿Qué decís?

REINA. ¡Ah! Dios te envia.
¡Cottier! ¿Y mi esposo?

COTTIER. No vengo
de verle. ¿Mas qué deciais?
Tristan...

REINA. (*A Ana.*) El puede saberlo,
por que es de todas mis cuitas
confidente. Sí, Cottier:
á tanto su audácia altiva
llegó.

COTTIER. ¡Requerir de amores
á la Princesa!

CARLOS. Y decirla...
Delante de mí... que al Rey
nuestro amor descubriria,
si yo intentaba por ella
dar castigo á su perfidia.

REINA. Pero si el Rey sabe ya
que os amais, salen fallidas
sus amenazas.

ANA. Es cierto.

REINA. Ademas, yo su falsía
manifestaré á mi esposo,
y vereis como castiga
la falta.

COTTIER. Mal conoceis
á Tristan. Yo no lo haría.

CARLOS. ¿Por temor á su venganza?
¿Juzgais vos que me intimida?

COTTIER. Nó. Porque cuando él dá un paso
como ese, sus garantías
tendrá.

CARLOS. ANA. ¿Cuáles?

COTTIER. Quizá el Rey
en secreto le autoriza
por fines particulares
á obrar así. No osaria
de otra manera esponerse
de Luis Onceno á las iras.
Ese Tristan es sagáz.

REINA. Es verdad.

CARLOS. ¡Oh! ¡Trama inicua!

ANA. Ayudadnos vos, Cottier.

REINA. Sí, amigo mio; imagina
un medio. Tú como nadie
conoces al Rey: medita.

COTTIER. Mi pobre ingénio, señora,
tiene aquí poca valía.
Sin embargo interpondré

mi influencia, aunque mezquina,
con el Rey, para que ceda.

NA. ¡Gracias!

EINA. Que Dios te bendiga.

ESCENA XII.

Dichos: El Rey del brazo de Tristan.

UIS. ¡Magníficos servidores!

ODOS. ¡Ah! *(Quedando confundidos. Pausa.)*

UIS. No me puedo quejar.
Algo vale... no ignorar
que se vive entre traidores.

OTTIER. ¿Lo decís por mí?

UIS. ¡Malvado!
¿Y osa tu audácia insolente? ..

OTTIER. Antes de humillar la frente
quiero saber mi pecado.

UIS. Pues oye. Cuando la fé
de un Monarca se confia
á un siervo, como la mia
te he confiado, Cottier;
y este siervo, á un enemigo
de su señor dando amparo,
le vende sin más reparo,
como tú has hecho conmigo;
es un infame traidor,
un ser sin ley ni conciencia
que mancha con imprudencia
su fé... su vida... y su honor!
Falta al dueño sin testigo
y como un vil se desdora.
Ese es tu crímen. Ahora,
¿quieres saber tu castigo?

OTTIER. Decidlo.

IIS. Atado de pies
y manos, y por encierro
en una jaula de hierro,

donde veas á través
de las rejas la ciudad,
y otros hombres más dichosos
que en tu presencia gozosos
disfrutan de libertad;
y desesperado al ver
aquel numeroso enjambre,
y sufriendo sed... y hambre,
próximo á desfallecer;
pasarás eternamente
sujeto tu vida entera,
sin hallar uno siquiera
que aliviar tu mal intente.

COTTIER. ¿Y cuándo pensais cumplir
esa amenaza?

LUIS. ¿Braveas?
Muy pronto te haré que seas
humilde: vas á sentir
mi poder. ¡Hola! (*Llamando.*)

ANA. (*Echándose á los pies del Rey.*) ¡Ah señor!

REINA. ¡Compasion! ¡sed más humano!

CÁRLOS. ¡El que ponga en él su mano
tiemble mi justo furor!

COTTIER. Dejadle: no tengais miedo
por mí; son frases ligeras.
No puede cumplir sus fieras
amenazas.

LUIS. ¿Que no puedo?

COTTIER. ¿No advertís, desventurado,
que al separarnos los dos
quedais condenado vos
á muerte?

LUIS. (*Con terror.*) ¡Qué!... ¡Condenado!...

COTTIER. ¡No advertís que no hay doctor
que vuestra naturaleza
conozca, con la fijeza
que yo! ¿Y ese torcedor
que consume vuestra vida
y os mantiene en tal estado,

para el que no lo ha estudiado
es una causa escondida?
¡Que si yo me llego á ver
por vos, señor, prisionero,
querré la muerte primero
que mi secreto vender!
¿Y que la horrenda captura
con que me ofreceis ahora,
en un dia... ¡en una hora!
os abre la sepultura?

IS. ¡En una hora?

TTIER. ¡Si tal!
Por vuestra fortuna avara
se os conocen en la cara
los estragos que hace el mal.
¡Y si á separarme acierto..,
un punto... de vuestra estancia,
no hay remedio, Luis de Francia,
podeis contaros por muerto!

IS. ¡Jesús!
(Cayendo desmayado en brazos de Ana y la Reina.)

A. ¡Padre!

INA. ¡Virgen mia!

RLOS. ¿Qué habeis hecho? *(A Cottier.)*

TTIER. No hay cuidado.
Es un vahido, causado
por el terror que sentía.
(Conducen al Rey al sillon que está junto á la mesa.)
Dejadle que le dé el viento,
que respire. Abrid allí.
(Ana vá á abrir la ventana y vuelve junto á su padre. Despues de unos momentos de angustioso silencio el Rey levanta la cabeza. Tristan ha ido á colocarse en un lado del proscenio, con la vista fija en el Rey.)

S. ¡Ay!

TIER. Mirad; ya vuelve en sí.

S. ¡Qué angustia!

COTTIER. (*Al Rey.*) Cobrad aliento.
Esto no es nada.
LUIS. ¡Cottier!
COTTIER. Ya veis qué efectos tan caros
os produce el enojaros
de ese modo.
LUIS. ¡Ya lo sé!
¡Ingrato!
COTTIER. ¡Más lo sois vos;
que ultrajais á quien os cuida...
sosteniendo vuestra vida!
¡Castigo ha sido de Dios!
LUIS. ¿Y es bien que de esa manera
me vendas?
COTTIER. A nadie vendo.
LUIS. A mí: si tal; protegiendo
la conspiracion rastrera
de mi familia. ¿Qué honores
les debes; qué bienes, dí,
para que olvides así
mi amistad... y mis favores?
COTTIER. Ni de favores me pago
que gané con mi derecho,
ni es más que en vuestro provecho,
señor, todo lo que hago.
LUIS. ¿En mi provecho?
COTTIER. Si tal.
Procuro por vuestro bien
añadir otro sosten
que os puede aliviar el mal.
LUIS. ¡Cómo aliviar! (*Con sorpresa.*)
COTTIER. Justamente.
Tended en torno la vista
y no es fácil que resista
vuestra alma el cuadro presente.
Ya veis; la hija, la esposa...
y el que juzgais enemigo,
cuidando de vos conmigo.
LUIS. ¡Solicitud enojosa!

¡No estoy tan malo! *(Con aspereza.)*

COTTIER. Vamos, está visto
que vos no quereis curaros.

LUIS. Sí quiero.

COTTIER. Pues no hay más modo
de hacerlo que de esta suerte,
ó acelerar vuestra muerte
atropellándolo todo.

LUIS. ¡Eso no! Pero... ¿ya ves?
una boda... fuera impía:
el Duque de Normandía,
mi hermano menor, há un mes
escaso que ha muerto. Cárlos
y otros señores feudales,
al saber los funerales
han venido á presenciarlos
aquí... conmigo.... Y en estas
circunstancias... y este estado,
dos parientes del finado
¿quieres que celebren fiestas
de boda?

OTTIER. No es tan urgente
Pero si dais el permiso,
pasado el tiempo preciso
del luto...

UIS. Eso es diferente.

OTTIER. ¿Accedeis? *(El Rey pasea la mirada alrededor de la escena, hasta encontrarse con la de Tristan. Luego se vuelve y dice.)*

UIS. Sí.

NA. ¡Ah, padre mio!

ARLOS. ¡Señor!

EINA. ¡Gracias! *(Aparte á Cottier estrechándole fuertemente la mano.)*

UIS. Ven aquí,
Cárlos; más cerca de mí.

ARLOS. ¿No es sueño? ¿no es desvarío?

NA. ¡Oh placer inesperado!

UIS. Aunque tu fama guerrera

no es ya la que un tiempo era...
y estás desacreditado....
(*Con tono áspero. Cárlos se estremece.*)
no importa: tú lograrás,
combatiendo con bravura,
volver de nuevo á la altura
que ocupaste... años atrás.

CARLOS. ¡Oh! ¡sí por Dios, no lo dudes!
Esto ensalzará, señor,
en el campo mi valor
y en la pátria mis virtudes.
Por ella, sólo por ella
con ardor combatiré,
y muy pronto lograré
vencer á mi mala estrella.
El fuego que en mí retoña
ensalzará en su constancia
junto á las lises de Francia
la roja Cruz de Borgoña.
Será mi grito en la lid,
¡San Dionisio y San Andrés!...
¡Y con él traeré á tus piés,
como invencible adalid,
más tesoros que la mar
en sus abismos encierra;
más laureles que la tierra
puede en cien años brotar!

LUIS. ¡Mucho ofrece tu ardimiento!

CARLOS. Pero mucho más se alcanza
cuando la fé y la esperanza
prestan su divino aliento.

LUIS. Pues bien: para ver cumplida
tu esperanza, ¿cuándo vás
á dar principio?

CARLOS. ¡Si dás
tu asentimiento en seguida!

REINA. (*Aparte.*) ¡Cielos!

ANA. ¿Tan pronto?

CÁRLOS. ¡Sí, sí!

¡Ya el deseo me devora!
¡Quiero mi Cruz vencedora
levantar sobre Nancy!
Dar á sus muros asalto
en la primera campaña,
y dejar con esta hazaña
mi régio pendon más alto.

ÁRLOS. Esta es mi mano. (*Estrechando la de Tristan.*)

UIS. Muy bien.
Ahora... dejadme un momento
reposar aquí. Me siento
fatigado.

ÁRLOS. Yo tambien
necesito mi partida
preparar sin detencion.

UIS. Con que en fin, tu decision...

ARLOS. Es de marchar en seguida.

UIS. Vé pues.

ARLOS. Que Dios en su gloria
te bendiga, ¡oh Rey!

UIS. Y á tí
quiera otorgarte en Nancy
pronta y segura victoria.

RLOS. Así sea. (*Dirigiéndose al foro. De pronto se encuentra frente á frente con Ana, la mira fijamente unos momentos y lanzando una esclamacion de alegría desaparece por el foro.*)

IS. (*A su hija.*) Ya estás viendo
cuánto te quiero.

A. ¡Ah, señor!

IS. Compénsame... con tu amor,
lo que por tí... estoy haciendo.

A. Eterno será.

IS. Cottier,
¿tienes cumplido tu gusto?

TTIER. Ahora sois grande y sois justo.

IS. ¿Y... estás contento?

TTIER. Sí á fé.

IS. Me alegro: sabes que yo...

te quiero. Puedes marcharte
con ellas... sin alejarte
mucho de este sitio.

COTTIER. No
me alejaré.

LUIS. Pues... adios.

ANA. ¡Madre! (*Ya en la puerta.*)

REINA. Vamos, hija mia. (*Salen por el foro segu-das de Cottier. El Rey se queda mirando fija-mente hácia la puerta.*)

LUIS. *Si á serme inútil un dia*
llegáras... ¡Guárdete Dios!

ESCENA XIII.

EL REY y TRISTAN.

LUIS. Ven. (*Tristan dá un paso hácia adelante.*)
Más cerca. (*Tristan se coloca á una distanci-conveniente.*)
¡Aquí... á mi lado!

TRISTAN. Mandad. (*Colocándose junto al Rey.*)

LUIS. Ya me oiste.

TRISTAN. Sí.

LUIS. Cárlos vá á marchar de aquí...
á la guerra. ¿Tú has estado
en esa ciudad... alguna
vez?

TRISTAN. ¿En Nancy? Sí, señor.

LUIS. ¿Qué tal?

TRISTAN. Gente de valor
es toda; como ninguna.

LUIS. ¿Terca?

TRISTAN. Mucho.

LUIS. ¿Y se hará fuerte
resistiendo á su contrario?

TRISTAN Luchará si es necesario
sin rendirse, hasta la muerte.

LUIS. ¿Con cuánto ejército irá

Cárlos?

'RISTAN. Con poco.

ıUIS. ¡Lo siento!

'RISTAN Sufre derrotas sin cuento
de algunos meses acá.
Su padre Felipe el Bueno,
al pasar á mejor vida,
dejó una hueste lucida,
numerosa... y por el freno
de la disciplina, recta:
pero Cárlos la ha diezmado;
¡y hoy la tropa del Ducado
es débil... y es insurrecta!

UIS. ¡Qué lástima! ¿Y quién vá al frente?

RISTAN. Campobasso.

UIS. ¿Tan leal
como siempre?

RISTAN. Ese es el mal:
que hoy está muy diferente
de hace un año. Algun traidor
sagáz... le alucina acaso...
por que ya no es Campobasso
tan fiel para su señor.

UIS. ¡Qué infamia! ¿Opinas que debo
descubrir su alevosia
al Duque?

RISTAN. ¡Nó! Eso sería
poner al pobre mancebo
en un compromiso.

UIS. Sí;
¿pero entonces qué se hace
con él?

RISTAN. Si mejor os place...
antes que para Nancy
parta con Cárlos... yo puedo
hablar á ese hombre...

IS. ¡Es verdad!

ISTAN. Invocaré... su lealtad...

IS. ¡Hazlo!... porque tengo miedo

de que ese traidor intente...
¡contra la preciosa vida
de Cárlos... *si se descuida*!

TRISTAN. Pronto dejaré corriente
el asunto.

LUIS. Sin demora. (*Pausa: el Rey despues de uno
momentos de inquietud se vuelve rápidamente háci
Tristan y le dice:*)
—¿Pero tú, *me has entendido*?

TRISTAN. Yo... no sé si habré incurrido
en error! (*Verdaderamente dudoso.*)

LUIS. ¡Qué torpe! (*Echándole una mirada de int
ligencia, Tristan le comprende, sonrie satisfecho
dice acariciando la espada con la mano izquierda*

TRISTAN. *Ahora.*

LUIS. ¡Bien, *compadre*! Sin tardanza,
habla á Campobasso.

TRISTAN. Voy.
(*Aparte.*) Gracias al infierno que hoy
tomo cumplida venganza. (*Váse.*)

ESCENA XIV.

EL REY solo.

(*Se levanta del sillon y vá á arrodillarse en accion de orar ante u
crucifijo colgado en la pared. De pronto se levanta y dice:*)

Nó. Me parece que Dios
vá á rechazar esta idea.
Busquemos... alguien... que sea
mediador, entre los dos. (*Se quita la gorra, la coloc
sobre la mesa, busca antes las medallas y despues d
fijarse en una se arrodilla y reza.*)
¡Vírgen de Ebrun; madre mia!
Tú que ves mi corazon,
comprenderás la intencion
recta y santa que me guia.
Pruébale á Dios, que me vé
desde el Altísimo Trono,

que de su gloria en abono
cuanto hice en mi vida, fué.
¡Salva al triste pecador
que de tí todo lo espera,
evitándole que muera...
cuando vive por tu amor!

ESCENA XV.

EL REY, LA REINA.

Carlota sale por el foro, se dirije á donde está el Rey y se arrodilla á sus pies.)

EINA. ¡Perdon, señor!
UIS. ¿Qué sucede?
(Volviéndose muy poco á poco.)
EINA. Perdon os pido.
UIS. ¡De qué!
EINA. De una injusticia; de un crímen
de mi conciencia.
UIS. ¿Cuál es?
EINA. Hace muchos años, ella
de vuestra conducta juez,
severa para con vos,
os acusaba de ser
mal padre... ¡Perdon! ahora
conozco que me engañé.
UIS. ¿De veras?
EINA. Y arrepentida
pido que me perdoneis.
UIS. ¿De veras?
EINA. Este el solo
lenitivo... ¡y el primer
favor en toda mi vida
que demando á vuestros pies!
¡concedédmelos, señor!
UIS. ¡Yo!...
EINA. Y en cambio, disponed
de mi vida.

LUIS. Vuestro dueño
soy; por lo tanto, podeis
excusar esas inútiles
ofertas.

REINA. ¡Señor! Ya sé
que al obedeceros, cumplo
con un sagrado deber;
mas quien nada puede daros,
como dijísteis muy bien,
aun puede su tierna ayuda
y su oracion ofrecer
al doliente, á quien le sirve
de báculo en su vejez
el cariñoso cuidado
de esta mísera mujer.

LUIS. ¡Eso sí!... Yo mi perdon
os concedo; pero haced
que en pago á vuestra virtud
y á mis bondades tambien,
el cielo, siempre piadoso
con los que ruegan, me dé
la salvacion.

REINA. Si á mis preces
quiere Dios corresponder,
yo á fuerza de llanto y súplicas
del Eterno lograré
que os salve el alma y el cuerpo.

LUIS. No tal; no le importuneis
de esa manera, pidiéndole
tantas cosas á la vez:
que salve el cuerpo; *que el alma,*
tiempo de sobra tendré...

REINA. De hoy más, señor, mi ropaje
burdo sayal ha de ser;
penderá de mi cintura
tosco y nudoso cordel;
tendida la cabellera
sin trenza y desnudo el pié,
iré á postrarme de hinojos

ante la imágen del Ser
infinito. A mis rodillas
piedras serán escabel;
dará mi plegaria impulso
un cilicío con que haré
brotar sangre de mi cuerpo
con insistencia cruel,
y la austera penitencia
logre de Dios obtener
que se salve nuestra vida...
¡*y la suya*!

LUIS. ¡La de quién!

REINA. ¡La... del que será mi hijo...
y el vuestro!

LUIS. Yo hé menester
vuestras santas oraciones,
por desgracia más que él...
y no quiero compartirlas.
Todo aquello que haceis
será por mí!... nada más;
¡y rezad mucho!.. el deber
de cristiana y el de esposa,
os obliga: ¿lo entendeis,
señora? ¡Tengo derecho,
y os lo mando así!

REINA. ¡Está bien!

LUIS. Además... puede que fuera
inútil... rogar por él!..

REINA. ¡Dios mio!.. ¡Qué decís!

LUIS. ¡Nada!

REINA. ¿Inútil? ¡Por qué!

LUIS. Porque
Dios no debe apadrinar
esa lucha: téngome
para mí que le repugna
eso de mirar correr
tanta sangre... inútilmente,
se entiende, que, cuando es
castigando á un malhechor

á quien condena la ley,
ó á un judío... ó á un rebelde
á su señor!—Pero ver
que se matan de ese modo
millares de hombres de bien
por tan escaso motivo, debe
desagradarle.

REINA. Y creeis
que Cárlos...

LUIS. ¡Cárlos! ¡Ah! ¡nó!
¡Cárlos!..

REINA. ¡Vivirá!... (*Pausa.*)

LUIS. No sé.
Eso... al porvenir.

REINA. ¡Dios mio,
Dios mio!... ¡Empiezo á temer!

ESCENA XVI.

DICHOS, EL DELFIN.

DELFIN. ¡Padre, madre!

LUIS. Que pasa.

DELFIN. Oís el ruido.

CARLOS. ¡Concluye!

DELFIN. Coaligados en la plaza
los reformistas hácia aquí han venido.

CARLOS. ¡Cielos! ¿Y mi hija? (*Váse corriendo.*)

LUIS. Dí.

DELFIN. No bien la noche
se dibujó á lo lejos en Oriente,
cuando esa turba en rebelion abierta
al palacio llegó secretamente
y comenzó á gritar junto á la puerta.

LUIS. ¿Pero qué hace mi gente?

DELFIN. Prevenidos están: ya los aceros
blandiéndose en la noche centellean,
y Tristan y Oliveros
órdenes vuestras recibir desean.
Miradlos.

ESCENA XVII.

DICHOS, OLIVEROS, TRISTAN y SOLDADOS.

RISTAN. ¡Ah señor! Es necesario
conjurar esa infame rebeldía;
vuestro poder amenazó el contrario
al ocultar su luz el claro dia.
UIS. Esos herejes.
RISTAN. Sí.
UIS. Que al punto salgan
mis soldados: la tea flameadora,
la espada, y á matar esos rebeldes;
mis órdenes cumplid y no les valgan
heréticos alardes. Que la noche
de S. Bartolomé tenga en la historia
fiero recuerdo, inmarcesible gloria.
LIVEROS. ¿Y yo, señor?
UIS. Al lado mio.
(Llamando.) Oliveros. Tristan. Un arma; quiero
probar desde hoy al universo entero
que no ha menguado con la edad del brio.
RISTAN. Tomad.
UIS. Que en esta noche
de S. Bartolomé, noche de espanto
para el que vil la religion más santa
llenar desea de ignominia y llanto
cual venenosa sierpe se levanta,
¡hurrá, soldados! bien. Hurrá mil veces.
Más muertes, más horror, quiero anegarme
en tan maldita sangre, santas preces
para el Eterno son sus alaridos;
tú, S. Bartolomé, santo del dia,
tú llenarás mi trono *de alegria:*
y tú quizás mañana
tornes á aniquilar esa villana
secta de rebelion y de herejía·
had que esta noche cruel,

tenga en la historia
fiero recuerdo, inmarcesible gloria.
Un arma quiero.

TRISTAN. ¿Y cuál, señor?

LUIS. ¡Mi lanza y mi tizona.

OLIVEROS. Es para vuestra edad carga pesada.

LUIS. Pues yo quiero matar.

OLIVEROS. Tengo una idea...

LUIS. Habla, responde, sí.

OLIVEROS. Abandonada
de vuestra proteccion, un arma existe
que presentó un judío, pobre y fea,
puede en esta ocasion, dar un castigo
á esa infiel multitud que alza la tea
de hereje religion: ¡arma de *fuego*!

LUIS. ¿De fuego dices? Tráela al instante
que ardo en cólera ciego
de castigar con arma fulminante
tan feroz osadía.
¡Loor á su inventor!

TRISTAN. Tomad.

LUIS. La desprecié creyéndola en un dia
una vana invencion. (*Dispara.*) Hoy es certera.
Valiente arquero. (*A un soldado.*)
Llega y ayúdame. (*Le dá otro.*) (*El Rey vá á la ve*
tana y le dispara.)
El otro. (*Mientras dispara el uno carga el arque*
el otro. Carlota y Ana aparecen en la puerta y qu
dan horrorizadas: dentro crece la griteria.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, CARLOTA y ANA.

DELFIN. Mi madre.

CARLOTA. Crece el rumor.

LUIS. La fé me alienta.
¡Mirad: muerto otro hereje!

TRISTAN. Y van cediendo:

darán nuestros soldados buena cuenta
de esa canalla vil y turbulenta.

LUIS. Partir la gloria con valor pretendo.

OLIVEROS. ¡Dispara!... no descansa vuestra mano;
otro más.

LUIS. Mirad allí lejano
el rojizo fulgar y la columna
de humo que en el espacio se levanta.

TRISTAN. ¡Un incendio!...

LUIS. Holocáusto que se eleva
y al alto cielo en nuestro nombre lleva
una hecatombe de la causa santa.

OLIVEROS. Ya se aleja el rumor.

TRISTAN. Van desbandados.

LUIS. ¡Mis valientes, mis ínclitos soldados,
los hicieron huir!..

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, EL DUQUE y soldados despavoridos.

DUQUE. Y ya que los rebeldes son vencidos,
y en fuego y sangre ahogada su osadía
encontrará la luz del nuevo dia,
dictadme vuestras órdenes.

LUIS. Al punto
parte de la ciudad.

ANA. ¡Ah!

LUIS. Que triunfante
te mire yo volver, Nancy vencido
y el que es hoy tierna amante,
podria mirarse ante el altar unido
con lazo indisoluble á la Princesa.

DUQUE. Yo vendré á reclamarte la promesa.
Ana, adios.

LUIS. *(A Tristan.) Tú!... con él.*

TRISTAN. *Perded cuidado!...*

DUQUE. Ruégale á Dios, y vencerá el soldado.
Vamos. *(Váse con los suyos y Tristan.)*

ANA. Salva su vida,
Señor Dios de los cielos. (*Arrodillándose.*)

DELFIN. (*¡Qué valiente!*)

CARLOTA. ¡Protegedle, Señor Omnipotente!

LUIS. Y nosotros sigamos la batida. (*A los soldados: gran de animacion. El ruido se aleja y siguen la campanas.*)

OLIVEROS. ¡Mandad!

LUIS. Venga en mi auxilio la sin par fiereza
que á tantos héroes al combate guia
y vuestros pies aplasten la cabeza
de la serpiente vil de la herejía.

CUADRO. Se dirige al foro y baja rápido el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ılon régio en el castillo de Plessis-les-Tours, adornado con sencillez y severidad.—Cuadros de Santos en las paredes.—Puerta á la izquierda que dá á la habitacion del Rey.—Ventana á la derecha.—Galería en el foro.—A la izquierda del proscenio mesa con tapete y sillon de baqueta al lado.—A la derecha junto á la ventana un reclinatorio, escaños, etc. Al levantarse el telon se oye dentro el órgano y canto religioso de las monjas.

ESCENA PRIMERA.

ı REINA, de pié, apoyada en el respaldo del sillon con la vista fija en el suelo.—ANA arrodillada ante el reclinatorio con las manos juntas en accion de orar.

)RO DENTRO. Señor Dios de los cielos,
del mundo Soberano:
alienta á un Rey anciano
que es padre de su grey.
Escucha de sus hijos
la súplica ferviente
pidiendo humildemente
la vida de su Rey.
¡No desoigas
nuestra voz:
Salva á Luis,
benigno Dios! (*Cesa el canto: el órgano sigue, acompañando la oracion siguiente de Ana.*)

IA. ¡Santa María,
Hija del cielo!
¡Madre de Dios,
ruega por nos!

¡Tú, madre mia,
que eres consuelo
del afligido y triste pecador!
¡Oh Vírgen inmaculada!
¡Sin hiel paloma!
¡Flor pura esmaltada,
místico aroma
esparces de tus pétalos sagrados
con lágrimas regados
de puro y santo amor!
¡Salva á mi padre, mísero anciano,
que en tí espera y adora!
¡Tiende tu mano
sobre el que implora
de tu bondad la vida y el favor!
¡Otórgale, Señora,
la salud y el alivio salvador! (*Cesa la música. A*
se levanta.

REINA. Suba al cielo tu oracion
y Dios la acoja en su seno.

ANA. Las oraciones del bueno
siempre compensadas son.

REINA. ¿Confias?

ANA. El alma mia
vive de su confianza:
si perdiera la esperanza
mi dolor me mataria.

REINA. ¿Con tan acendrado amor
quieres á tu padre?

ANA. ¡Ay, madre!
¡que además de ser un padre
le debo mi bien mayor!
Deponiendo sus rencores,
mandó á Cárlos á Nancy:
si vuelve digno de mí, (*Muy marcado.*)
bendecirá mis amores.
¿Nó he de quererle? Si un dia
su injusta severidad
condenó á mi voluntad,

que tanto por él sufria;
si mi destino fatal,
con el contínuo tormento
apagó por un momento
mi constante amor filial,
él me obligó. ¡Lo he llorado
arrepentida despues!...
¡Ay! ¡tan fácil como es
amar para ser amado!

REINA. ¡Es verdad! Amor consigue,
quien amor por otro siente;
pero un amor diferente:
que no hay corazon que obligue
á sentir con su virtud,
afecto que satisfaga.
¡El amor que al amor paga,
es tan solo gratitud!

ANA. ¡Madre, observo en vuestro acento
más honda melancolía!
¿Qué teneis?

REINA. ¡No sé, hija mia!
Un triste presentimiento
se alberga en mi corazon
y por momentos acrece.
¡Cuanto miro, me parece
triste... y no sé la razon! (*Dando señales de estravío mental.*)

ANA. Desechad esa quimera
como yo la deseché.
Vos lo habeis dicho: la fé
es la mejor compañera.
¡Y juzgo, cuando os contemplo
rendir el ánimo fuerte,
que la que consejos vierte
obra mal, si no dá ejemplo!...
¡Perdonad!

ESCENA II.

DICHOS: COTTIER por la izquierda.

COTTIER. ¡Aquí las dos!
REINA. Llenas de viva impaciencia.
ANA. ¿Cómo está el Rey?
COTTIER. Su dolencia
crece. ¿Habeis rogado á Dios
por él?
REINA. Há cortos instantes.
COTTIER. Bien hicísteis.
ANA. Es decir...
COTTIER. Que no hay más que sucumbir.
Síntomas muy alarmantes
en sus facciones advierto
que revelan su agonía
interior... Mas todavía
no puedo hablaros de cierto.
ANA. ¿Teneis alguna esperanza?
COTTIER. Puede haberla.
REINA. Dios te ayude.
COTTIER. Por mucho que yo lo dude,
veremos si el santo alcanza
lo que la ciencia no puede.
REINA. Dicen que es muy milagroso
ese humilde religioso.
COTTIER. La fama que le precede
es inmensa: pero dar
á una planta corrompida
nueva sávia, nueva vida...
Mucho milagro ha de obrar.
ANA. ¿Quién sabe? ¡Todo es posible
para el que la luz creó
y en medio de ella quedó
permaneciendo invisible!
COTTIER. Si él quiere tender su mano
sobre el enfermo afligido,
claro es que será cumplido

su decreto soberano.
Hoy mismo sin detencion
se hará la prueba... y veremos

EINA. Confiemos.

OTTIER. Confiemos.
Una peregrinacion
por el Delfin conducida,
ha salido á recibir
al santo, que vá á venir,
segun parece, en seguida.
Los Prelados principales
fueron á hacerle el honor
de esperarle. Es portador
tambien de los Corporales
de San Pedro: los envia
el Santo Padre con él.

EINA. Muy bueno será y muy fiel
cuando el Papa le confia
tal sagrado.

TTIER. ¡Y tardan ya!
¡El Monarca está impaciente!

A. ¡Pobre padre!

TTIER. No es prudente
en el estado en que está
dejar que de esa manera
se inquiete, y yo me he venido
á ver...

A. ¿Oís? Suena ruido
de gentes por allá fuera. (*Subiendo al foro.*)

TTIER. Es verdad: ¿serán tal vez?...

A. Sí, sí, mirad: el Delfin
viene con ellos.

INA. ¡Al fin!

TTIER. ¡Llegan á tiempo, pardiez!

ESCENA III.

Dichos: San Francisco de Paula.—El Delfin.—Oliveros.—Tr tan.— Nobles franceses.— Soldados.—Guardias escoceses.— Prelados. Monjes.—Pajes.—Escuderos, etc., etc.

Delfin. En esta sala, señor,
esperad unos instantes.
Voy á anunciar cuanto antes
vuestro arribo salvador
á mi padre el soberano,
que os aguardará impaciente.

Francisco. Id, pues.

Delfin. Inmediatamente
vendré con él. Vuestra mano. *(San Francisco le la mano que él besa.)*
Entrad conmigo, Oliveros. *(Entran los dos en habitacion del Rey. Ana se arrodilla á los pies santo.)*

Ana. Dejad, señor, á una hija
desdichada, que os dirija
su triste voz, y ofreceros
pueda eterna gratitud
por el bien que vais á hacer
al padre que la dió el ser,
volviéndole la salud.

Reina. *(Arrodillándose al otro lado.)*
Dejad tambien á la esposa
que en vos espera y confia,
besar en tan fausto dia
vuestra mano milagrosa.

Francisco. Hermanas, alzad del suelo
y volved á Dios los ojos:
nadie debe estar de hinojos
sino ante el Señor del Cielo.
Yo, solitario ermitaño,
que nada del mundo sé,
llevo por guia la fé
sobre este país estraño.

Humilde como creyente,
considero mi impotencia;
y el que así me reverencia,
cubre de rubor mi frente.
Nó: guardad esos loores
con que más me avergonzais.
Justo es que los ofrezcais
al Señor de los Señores.
Al Artífice divino
que dá la muerte y la vida,
á esa potencia, escondida
del aire entre el torbellino:
á esa inmensidad, que vaga
hasta la infinita altura,
que es sombra eterna y oscura,
y es luz que nunca se apaga!
Él, con su inmenso poder;
con su justicia inefable,
os dará el bien perdurable
de que dignos podais ser.

EINA. Si en la fé con que se ruegue
vive el milagro, señor,
Dios que vé nuestro fervor
no es dable que el bien nos niegue.

RANCISCO. Así lo creo. ¿Quién es
el médico de Su Alteza?

OTTIER. Quien desnuda su cabeza,
para besar vuestros pies. (*Arrodillándose.*)

RANCISCO. Alzad. Dadme pormenores
de esa escondida dolencia.

OTTIER. Es un mal de la conciencia,
que no curan los doctores.
Hizo la sábia natura,
por ley de compensacion,
de una misma condicion
la planta y la criatura.
Hijo el hombre de la tierra,
para el mal que le quebranta
existe siempre una planta

que en su jugo el bien encierra.
Tal de mi ciencia es la base.
Con firme solicitud,
no hubo planta de virtud
que dar al Rey no probase.
Pero todas por igual,
en su peligro, al doliente,
le sirvieron solamente
de rémora temporal.
Sólo un poder superior,
sólo una sabiduría
de más fuerza que la mia,
como es la de Dios, señor,
puede alumbrar este caos.
Vos, mensagero del cielo,
que el bien sembrais en el suelo,
de esta mision encargaos.
Yo os cedo desde este punto
mi puesto, con fé tan ciega,
como que os hago la entrega...
¡nó de un hombre.... de un difunto! (*Bajando l voz. El santo queda pensativo unos momentos.*)

FRANCISCO. Si en mí cupiera la duda,
dudára del resultado;
pero al que es desconfiado,
Dios pocas veces le ayuda.
A probar desde ahora voy.

ANA. ¡Ah, señor! ¡qué alma tan fiel!

FRANCISCO. No soy, señor, hija de él:
Francisco de Paula soy.

ESCENA IV.

DICHOS: EL REY apoyado en EL DELFIN y OLIVEROS.

COTTIER. ¡El Rey! (*Señalándole.*)

FRANCISCO. ¡Cielos! (*Con acento lastimero al ver el sem blante del Rey.*)

LUIS. ¡Padre mio!

¡mi vida! ¡mi salvador! (*Desprendiéndose de los brazos del Delfin y Oliveros y echándose á los pies del Santo.*)
¡Válgame vuestro favor!
¡En vos nada más confio!
Si quereis, podeis curarme:
sí, padre, lo sé de fijo.
¡Por la Vírgen..., por su hijo,
decid que vais á salvarme!

RANCISCO. A intentarlo vine aquí:
cumplirlo... le toca á Dios.

UIS. Sí; *pero os envia á vos*
para que lo hagais. (*Con aspereza.*)

RANCISCO. ¡A mí!...

UIS. No lo negueis; todo el mundo
dá vuestro poder por cierto:
¿el que resucita un muerto
no dá vida á un moribundo?
¡Sí, sí, lo podeis hacer!... (*Con conviccion. Transicion repentina.*)
y en seguida; sin tardanza.

RANCISCO. Mucho vale esa esperanza
tan segura al parecer.

UIS. Dejadnos solos, señores;
salid de este aposento. (*Al Santo.*)
Os voy á hacer al momento
confesion de mis errores.

ANCISCO. ¡Cómo! á mí...

UIS. Sí, sí, en seguida.

ANCISCO. No soy clérigo: escusad...

IS. Pues bien, es mi voluntad...
y quiero verla cumplida.

ANCISCO. Pero, señor...

IS. Y ahora mismo.
Dejadnos todos. Cottier,
sal tambien.
(*Todos se van por el foro silenciosamente.*)

ANCISCO. (*Aparte y mirando al Rey.*) ¡*Buena es la fé;*
PERO MALO EL FANATISMO!

ESCENA V.

El Rey y San Francisco.

Luis. Tomad asiento, padre, y empecemos.

Francisco. Si os empeñais, aunque me juzgo indigno,
oiré la confesion de vuestra boca.

Luis. ¡Por el Señor que la escucheis benigno!
Mi humilde voz vuestra piedad invoca...
Pero nó los momentos malgastemos. *(Pausa.)*

Francisco. Comenzad, que os escucho. (*Impaciente, pero c*
reticencia.)
Pecador que me llamas (*Sentándose en el sillon.*
Rey se arrodilla á sus pies.)
á este acto bendito tan sagrado;
¿de qué te tienes que acusar?

Luis. De mucho.
Es decir, de deslices naturales...
forzosos muchas veces...
pero que por pecados los condena
la santa religion... ¡los más veniales!

Francisco. Si son como encareces,
fácil es perdonarlos.

Luis. Todo es posible á la bondad inmensa
de Dios. (*En tono de reconvencion.*)

Francisco. Dí, pues, tus faltas.

Luis. (*Despues de una pausa.*) No me atrevo.

Francisco. ¡Tan grandes son!...

Luis. ¡Nó, nó!

Francisco. ¿Pues qué te arredra?

Luis. ¡Es que... no sé por donde dar principio!

Francisco. Vuelve los ojos á tu edad pasada,
recuerda los azares de tu vida,
y hallarás la memoria estraviada
de tu primera falta cometida.

Luis. Siendo muy jóven... la razon de Estado
me obligó á dar mi mano á la Princesa
Margarita de Escocia. Yo era un niño...
¡y amaba á otra mujer!

RANCISCO. No es falta esa,
si tu deber cumpliste de casado
sin faltar á la fé y á la promesa
que hiciste ante el altar.

UIS. ¡Al poco tiempo,
la Princesa... murió! Dios en su gloria
la tenga.

RANCISCO. ¿De qué muerte?

UIS. De tristeza
porque yo la trataba con desvío.

RANCISCO. ¡Cielos!

UIS. ¡Pero era un niño! mi cabeza
no dominaba al sentimiento mio:
no abrigaba bastante fortaleza
para disimular: los cuatro lustros
contaba apenas!...

RANCISCO. ¡Sigue, desdichado!

UIS. Yo... tenia... un hermano, que era Duque
de Guinea, Champaña y Normandia.
Cuando la Francia ardia
en guerra desigual contra Inglaterra,
me ofreció darme ayuda en esa guerra...
¡Y me engañó vilmente!
¡porque lejos de unirse á nuestra causa,
como era su deber, hizo presente
al Rey Eduardo nuestra mútua liga,
y se negó á ayudarme el fementido!

RANCISCC. ¿Y tú?

UIS. Yo... calculándome perdido
si lograr no podia
la ayuda de Guinea y Normandia,
como mi hermano me negó esa ayuda...
hice un violento esfuerzo... (*Sin atreverse á seguir.*

RANCISCO. ¡Y le mandaste asesinar sin duda! (*Con exaltacion.*

UIS. Eso dicen... Mas ¡ay! ¡si entre mis manos
tener pudiera á los que tal propalan!

RANCISCO. ¿Pero es verdad? (*Con exaltacion.*)

UIS. No hay nadie que lo pueda
probar.

FRANCISCO. ¿Pero... es verdad? (*Con doble exaltacio*
LUIS. Sí.
FRANCISCO. ¡Basta, basta!
¡No puedo más! ¡Ah! ¡Dios te perdone!...
¡mal hijo, mal esposo y mal hermano!
¡hunde en tierra tu frente!
¡Del cielo el anatema soberano
caerá sobre tu ser eternamente!
LUIS. ¡Padre, perdon! ¡miradme á vuestras plantas
postrado, suplicante!
¡Tened piedad de mí: dadme la vida:
dadme... tiempo que baste á arrepentirme!
¡Un año, nada más... para que pida
perdon de mis errores!
FRANCISCO. ¡Mísero! (*Completamente conmovido.*)
LUIS. Si supiérais los dolores
horribles que padezco,
veríais que merezco
piedad. ¡Dadme... dos años solamente!
FRANCISCO. ¡Tanto amor te merece una existencia
de crímenes sacrílegos cargada!
LUIS. ¡No es la vida, señor: es la conciencia
que grita avergonzada!
Mas... si vuestra indulgencia
me otorga... estos cinco años que deseo...
estos diez años, padre,
yo por mi alma os juro
hacer para la enmienda cuanto os cuadre.
¡Un milagro, señor!
FRANCISCO. ¡Oh ruin miseria!
¡Contra el alma tan fuerte,
y tan débil despues contra la muerte!
LUIS. ¡Ay! (*Aterrorizado.*)
FRANCISCO. ¡Reza, pobre loco!
¡Borra con la oracion tu enorme culpa!
Este será el remedio más seguro.

ESCENA VI.

DICHOS, COTTIER y EL DELFIN.

TTIER. Señor, si dais vuestra venia;
tiene el Preboste un mensaje
para vos, y debe ser,
segun parece, importante
que lo sepais en seguida.
Como no pueden los pajes
penetrar en esta sala,
háme rogado que entrase
á avisároslo, y con él
la Princesa Ana.

IS. (*Con disgusto.*) ¿Nó sabes
sobre poco más ó ménos?

TTIER Segun yo le oí esplicarse,
son noticias de Nancy.

IS. ¿De Nancy?... Dile que pase.
¡Cárlos!... ¡Me habia olvidado..
hasta de ese hombre! (*Cottier ha hecho una seña en el foro, donde aparecen Tristan, la Reina y Ana.*)

ESCENA VII.

DICHOS, TRISTAN, LA REINA y ANA.

IS. (*A Tristan.*) Adelante. (*Bajan los tres.*)

ISTAN. Señor; de una triste nueva
que á vuestra familia atañe,
soy, por mi mala fortuna,
mensajero en este instante.
Por eso mismo... he rogado
á la Princesa... y su madre...
la Reina, que para oirla,
hasta aquí me acompañasen. (*Con intencion.*)
Si me permitís...

IS. Concluye.

A. (¡Tiemblo solo de escucharle!)

REINA. (¡Qué será!) (*Con angustia desesperada.*)

TRISTAN. Varios correos
han llegado á todo escape
con nuevas de la batalla
de Nancy. ¡Cuentan el lance
con los colores más tristes!

LUIS. ¿Qué, se ha perdido el combate?

TRISTAN. Renato juntó por fin
su ejército formidable,
y entró en Nancy, proclamado
por todos sus habitantes.
Cárlos, vuestro augusto primo,
noble Duque de Brabante,
Limburgo y Lorena; Conde
de Holanda, Namur y Flandes;
sin atender los consejos
de prudentes capitanes,
marchó contra los esguízaros,
impaciente de corage;
por su desgracia, señor,
no quiso el cielo ayudarle. (*Con ironía.*)
Una tempestad deshecha
que se desgajaba á mares
hizo pantano el terreno
y embazó los alazanes.
Quedó sin vida en el campo
la flor de sus generales,
y el de Bandemaut con su tropa
volvió á la ciudad triunfante.
Completamente batido
Campobasso, al retirarse
buscó al Duque, inútilmente...

ANA Y DELFIN. ¡Cielos!...

REINA. (*Con desvarío.*) ¡Dios mio! ¡amparadme!

TRISTAN. ¡Cuando ya desesperaban
todos ellos de encontrarle,
creyéndole prisionero,
sobre un campo de zarzales
cubierto de espesa nieve

congelada por el aire
de las montañas... hallaron
mutilado su cadáver!

TODOS. ¡Ah!... (*Ana cae desmayada en brazos de San Francisco y el Delfin. La Reina dá un grito ahogado, se agarra fuertemente á un brazo del sillon y fija la vista en el techo quedando inmóvil hasta la escena siguiente. Tristan sonrie: Cottier le mira con desprecio y el Rey se hiergue con un movimiento brusco.*)

REINA. ¡¡Jesús!!

LUIS. (*Aparte.*) (¡Ya lo esperaba!)
Doloroso es tu mensaje.

FRANCISCO. ¡Acaso, vos, de esa terrible historia
no conoceis el fin! Yo... no la ignoro;
y al evocarla, su infeliz memoria
arranca de mis párpados el lloro.
Era una noche nebulosa, triste,
zumbaba el trueno, refulgente rayo
inundaba de luz el firmamento;
los árboles en lánguido desmayo
doblaban su cerviz al ronco viento
y en furioso oleaje
gemidos arrancaban al ramaje;
natura sollozaba
un alevoso crímen cometido, á Dios clamaba
castigo para aquel que vil artero
asesinó á tan noble caballero
en medio de esta noche pavorosa.
Cual cumple á mi deber prestaba auxilio
á víctimas sin cuento que ambiciosa
codicia de los hombres en la tierra
el espantoso rastro de la guerra
dejaba por doquier: tristes heridos
exhalando á los vientos sus gemidos,
su sangre y su dolor. Espesa nieve
llenaba el suelo con su yerta alfombra
cual si quisiera el cielo
que de luto y horror cubre su sombra
echar sobre tan gran crimen denso velo;

en trance tal escúchase un quejido
casi detrás de mí, torné la vista
y á la luz de la luna misteriosa
cual funeraria lámpara
ví una mano agitarse temblorosa;
me acerqué, contemplé, miré aterrado:
¡oh qué hallazgo fatal! D. Cárlos era
que con acento triste, entrecortado,
pedia confesion. La parca fiera
le arrebataba hácia la tumba impía.
¡Padre! ¡padre, perdon, me repetia,
perdono á aquel que poderoso y fuerte
en las garras me lanza de la muerte!
¡Ah! si le hubiérais visto
con el rostro á los golpes magullado,
no conociérais en tan frio espectro
al ínclito soldado,
al bravo capitan, al fiel amante;
sí de Dios inspirados al instante
nó os viérais de repente
al contemplar la lumbre refulgente
del mágico diamante
que brillaba en el pecho del valiente!

REY Y TRIST. ¡Un diamante!

FRANCISCO. Sí á fé. Piedra preciosa
que un mísero pastor de la India trajo
y que el Duque compró: al verle supe
que aquella piedra, ambicion del hombre
y que yo digo alcanzará gran nombre
el *diamante Sancy*, es el testigo
de un crímen cometido, impune, oscuro,
y que refleja en su oriente puro
al ser ornato de potentes Reyes.
que un Rey quitó la vida y fué enemigo
de su amigo leal, y al ser su amigo
defensor de su pátria y de sus leyes
en su pecho á la fé dió noble abrigo.
Desgraciado D. Cárlos. De mi boca
vais á escuchar las últimas palabras

que el héroe dijo. Tú, infeliz, que labras
mi muerte de este modo,
y que con ánsia loca
por gozar una vida de ventura
tus timbres *llenas de sangriento lodo.*
¡Te perdono! al tocar mi sepultura:
prepárate á sufrir tanta amargura
como amenaza derrocar tu trono,
mas á mi triste encono
¡desdichado de tí, nó te perdono!
Tú formaste mis bellas ilusiones
que alentaran mi amor fingiendo; ¡oh tigre
que anhelabas realzase tus pendones!
¡Nó te perdono, nó, tal cobardía!
¡Nó te perdono, Rey, ¡oh nó! un dia
cuando desciendas á la tumba fria
te llamarán traidor y mi corona
que ventura fatal te proporciona
y que manchada con mi sangre tienes;
dirán que la robaste tú á mis sienes
y yo te la arrancaré. Será la prenda
vendida cual ofrenda
á la que adoro tanto
por la que vierto mi postrera lágrima
y al cielo elevo mi amoroso llanto!
(*Aquí el actor tiene que espresar en Luis Onceno un momento terrible.*)
¡Señor! señor ¡oh, sí, velad por ella;
escuchad en mi muerte mi querella,
mi vida, mi esperanza,
era mi gloria, ¡venturosa estrella
que hasta mi tumba irradia la bonanza!
Y... acabó de espirar. Hora ¡hijos mios!
De rodillas, por él alzad al cielo
una oracion que sirve de consuelo
al que tenga manchada su conciencia.
¡Oh buen Dios! ¡oh buen Dios, tened clemencia!
(*Todos caen de rodillas ménos el Rey Luis y su favorito Tristan. El Rey mientras habla el santo*

fija los ojos espantados por doquier. Repara e
Tristan y dice intimándole con la mano.)

¡De rodillas! ¿no ves que yo me postro?

(*El Preboste se pone de rodillas; el Rey Luis po*
á poco hace lo mismo mientras el santo habl
Procúrese en el lenguaje de San Francisco u
intencion mística de suyo particular.)

Y yo que soy tu miserable siervo
elevo á tí mi sollozante rostro.
¡Compasion! ¡compasion! nó de tu mano
vibres el rayo destructor, detente
que el que en los cielos es el soberano
es para el pecador grande y clemente. (*Queda u*
corto momento abismado en hondas reflexiones.
Rey Luis se levanta; el santo tiende la mano
señal de absolver.)

DELFIN. ¡Dios mio! (*Socorriendo á Ana.*)

COTTIER. (*Aparte y mirando á Tristan.*) (¡Hiena implacabl
—¡A tal Rey, tales vasallos!)

DELFIN. ¡Cottier, por Dios, ayudadme!

COTTIER. Sacadla de aquí.

TRISTAN. (¡Venganza!)

FRANCISCO. ¡Infeliz Princesa!... (*Se la llevan entre los tres.*
Rey les sigue con la vista y repara en Trist
que permanece inmóvil.)

LUIS. Salte
con ellos; déjame solo.

TRISTAN. Señor... (*Pretendiendo hablarle.*)

LUIS. (*Interrumpiéndole.*) Y espera á que llame. (*Trist*
queda admirado al reparar en la sequedad c
que le habla el Rey: este añade con imperio.)
¡Fuera!..

TRISTAN. (¡Qué es esto!) (*Aparte, sin darse cuenta*
lo que le pasa; y váse pausadamente por el for

ESCENA VIII.

EL REY y LA REINA. Luego EL DELFIN.

LUIS. ¡Me ahogo! ¡Cuánto sufro!
¡Se trastorna mi mente! ¡Un frio hiela
mi corazon, y á mi cerebro sube
el fuego abrasador que aquí se alberga!
¡Qué espantoso suplicio! (*Pausa corta.*)

DELFIN. (*Saliendo rápidamente.*) ¡¡Padre mio!!

LUIS. ¿Padre? ¿Quién es? (*Sobrecogido.*)
¡La sangre se me hiela! (*Cae desvanecido sobre el sillon.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, SAN FRANCISCO, COTTIER, TRISTAN, OLIVEROS con las guardias escocesa y francesa; *un paje* que trae en una bandeja cubierta, la corona y el cetro de Francia y baja á colocarse detrás del DELFIN, el cual sigue á los pies del Rey: Doctores, Cortesanos y todos los personajes de las escenas segunda y tercera de este acto.— *Cuadro general.* Se oye el órgano tocando muy piano y voces lejanas que entonan una salmodía que dura hasta despues de bajar el telon. Música en la orquesta.

REINA. ¡Cottier! ¡piedad!

COTTIER. (*A San Francisco.*) ¡Señor, vos solamente
sois necesario aquí! Su hora postrera
llegó.

FRANCISCO. ¡Dios en su seno le reciba! (*Acercándose: el Rey vuelve en sí.*)

LUIS. ¿Quién es? ¡Ah! ¡Padre! ¡Vuestra gracia excelsa
imploro en este instante formidable!
¡Perdonad mis delitos!... ¡mis flaquezas!...
¡bendecidme... absolvedme!... (*Impaciente.*)

FRANCISCO. ¿Estás contrito?

LUIS. ¡¡¡Sí, Padre; sí!!!

FRANCISCO. ¡Que sobre tí descienda
la bendicion del cielo con la mia,
perdonando su gracia tus ofensas! (*Le bendice: el Rey se tranquiliza.*)

Perdona tú tambien las que te hicieron...
¡y bendice á tu hijo!

LUIS. (*Volviéndose para bendecir al Delfin y deteniéndose de pronto.*)
Si supiera
que hasta no bendecirle por mi mano
el cielo conservaba mi existencia...

FRANCISCO. ¡Pecador! ¡teme á Dios!... (*Con acento terrible.*)

LUIS. (*Poseido de terror al oir al santo, estiende las manos con rapidez y bendice al Delfin.*)
¡¡Ya está bendito!! (*Mirando á San Francisco: al volver la vista hácia el Delfin repara en el paje que está detrás con la corona.*)
¡Ah!... ¡mi corona!. . ¡dádmela!... ¡con ella
quiero morir!... sentirla entre mis manos...
ya que no tiene fuerzas mi cabeza... (*El Delfin se vuelve para tomar la corona de la bandeja: el Rey dá un grito dominante.*)
¡¡Nó!! ¡nó la toques!... ¡Dádmela! (*Al paje que se la entrega: el Rey toma la corona y la oprime con ambas manos.*)
¡¡¡Aun es mia!!!
—¡Pronto no lo será!.. ¡Suerte funesta!...
¿Y mi hija? ¿nó está? ¡Ah! ¡desdichado!
¡no me acordaba ya!... no puedo verla...
¡Ese tiene la culpa!... ¡Ya lo sabes;
castígale!...

FRANCISCO. ¡Señor!... (*Suplicante.*)

LUIS. (*Con aspereza á San Francisco.*) ¡Es una hiena!
(*Pausa corta.*)
—¡Carlota!... ¡pobre madre!... tú en mi nombre...
pídela mi perdon!

REINA. ¡Ah!...

LUIS. (*Incorporándose y besándola en la frente.*)
¡Para ella
es este beso!... ¡el último!... (*Estremecimiento.*)
¡Dios mio!...
¡Vírgen Santa; ayudadme! (*Con espanto al sentir morir: la voz se vá extinguiendo por completo.*)

¡Ah!... mi... voz... tiem...bla...
¡Hijo! ruega... te mando... (*Hace un esfuerzo: su cuerpo se contrae y cae desplomado sobre el sillon. La Reina y el Delfin le miran espantados, le tocan y convencidos de que está muerto dán un grito desgarrador y caen llorando sobre el cadáver.*)

REINA Y DEL. ¡¡¡Ah!!! (*Cottier examina detenidamente el cuerpo del Rey: frunce el ceño; le coloca la mano sobre el corazon, y sin variar esta postura, vuelve la cara hácia los cortesanos y dice con gravedad.*)

COTTIER. ¡El Rey ha muerto!
(*Todos inclinan la cabeza: Cottier le arranca la corona de entre las manos crispadas y la suspende en el aire sobre la cabeza del Delfin.*)
¡Viva el Rey!. . (*En voz baja y solemne.*)

TODOS. ¡Viva el Rey! (*Más bajo que Cottier. San Francisco en medio de la escena vá cayendo de rodillas paulatinamente alzando al cielo la vista y las manos, y dice en tono místico.*)

FRANCISCO. ¡Señor!... ¡clemencia!...

CUADRO GENERAL. El órgano, el canto religioso y la melodía de la orquesta, se empiezan á oir más fuertes que durante toda la escena anterior: el telon empieza á bajar todo lo más despacio que sea posible.

FIN DEL DRAMA.